

Pùblicasocial 11

# La integración excluyente

Experiencias, discursos y  
representaciones de  
la pobreza urbana en México

## Pública social

---

A través de esta colección se ofrece un canal de difusión para las investigaciones que se elaboran al interior de las universidades e instituciones públicas del país, partiendo de la convicción de que dicho quehacer intelectual sólo está completo y tiene razón de ser cuando se comparten sus resultados con la comunidad. El conocimiento como fin último no tiene sentido, su razón es hacer mejor la vida de las comunidades y del país en general, contribuyendo a que haya un intercambio de ideas que ayude a construir una sociedad informada y madura, mediante la discusión de las ideas en la que tengan cabida todos los ciudadanos, es decir utilizando los espacios públicos.

Con la colección *Pública Social* se busca darle visibilidad a trabajos elaborados entorno a las problemáticas sociales de un país multicultural conformado por un sinnúmero de realidades que la mayoría de los mexicanos no saben que existen para ponerlos en la palestra de la discusión.

María Cristina Bayón

# La integración excluyente

Experiencias, discursos y  
representaciones de  
la pobreza urbana en México



México, 2015

**HV4051.A5**

**B311**

BAYÓN, María Cristina

La integración excluyente. Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México / María Cristina Bayón. — Primera edición. — México : UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales : Bonilla Artigas Editores, 2015.

180 p. ; 15x23 cms. —ilustraciones, cuadros, fotografías, mapas. —

(Colección Pública-Social; No. 11)

ISBN: 978-607-8348-88-6

1. Pobreza urbana — México.
2. Marginación social — México—
3. Chimalhuacán (Estado de México : Municipio).
- I. Título.

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto, de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo Editorial de las Colecciones de Libros del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del legítimo titular de los derechos.

Primera edición: agosto de 2015.  
D.R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Sociales  
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F.

Bonilla Artigas Editores, S. A. de C. V.  
Cerro Tres Marías, núm. 354,  
Col. Campestre Churubusco,  
C.P. 04200, México, D. F.

Coordinación editorial: Berenise Hernández Alanís y Juan Benito Artigas  
Cuidado de la edición: Adriana Guadarrama Olivera  
Portada: Teresita Rodríguez Love

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-8348-88-6

A Gonzalo y Felipe



# Contenido

<b>Agradecimientos .....</b>	<b>13</b>
------------------------------	-----------

## **Introducción**

<i>La integración excluyente</i> y la construcción social de la pobreza .....	18
Las dimensiones de la pobreza: biografías, espacios y discursos .....	20
Metodología .....	23
Organización del libro.....	26

## **Capítulo 1**

<b><i>La integración excluyente. Periferias lejanas,</i> concentración de desventajas y desigualdad .....</b>	<b>31</b>
---	-----------

La ciudad y sus pobres: del acceso a la <i>integración excluyente</i> .....	32
La geografía de la pobreza metropolitana .....	35
Chimalhuacán: <i>la ciudad pendiente</i> .....	47



## Capítulo 2

<b>Las trayectorias de la pobreza. Desventajas acumuladas, desigualdades multiplicadas.....</b>	<b>53</b>
Las biografías de la pobreza: <i>historias contadas e historias vividas</i> .....	55
El punto de partida: el hogar de origen y la experiencia de la infancia.....	56
La escuela: desigualdad, mitos y realidades.....	60
Los sentidos de la escuela: expectativas, logros y frustraciones.....	67
El trabajo: la dignidad que nunca llega.....	74
La migración: <i>el otro lado</i> , única fuente de mejoramiento (temporario).....	81
<i>Cuando querer no es poder</i> : la precariedad como destino.....	86

## Capítulo 3

<b>Los espacios de la pobreza. Experiencias de lugar, estructura de oportunidades y fragmentación urbana.....</b>	<b>89</b>
El barrio como contexto: ensanchando las brechas, consolidando la fragmentación.....	92
La pobreza institucionalizada: servicios para los pobres, pobres servicios.....	94
Inseguridad y desconfianza: mis vecinos, <i>los otros</i> .....	106
El barrio como comunidad: las redes sociales de los pobres.....	114
<i>Cuando desaparecen los ciudadanos</i> : clientelismo, cacicazgos y control del territorio.....	120
La experiencia urbana de la <i>no-ciudad</i> .....	123

## Capítulo 4

<b>Las representaciones de la pobreza y la construcción de la otredad. Discursos, estigmas y fronteras morales.....</b>	<b>125</b>
Desmontando los mitos, desmoralizando la pobreza.....	129
<i>Construyendo al otro</i> : pobreza, estigmas y desigualdad.....	132

<i>Aquí no hay pobres: fronteras morales y límites simbólicos</i> en espacios de concentración de desventajas .....	134
La demonización de las periferias pobres: estigmas territoriales y aislamiento social .....	142
Descalificación, violencia simbólica y vida cotidiana .....	149
<b>Conclusiones. La construcción social de la pobreza</b> <b>y la legitimación de la desigualdad .....</b>	<b>151</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>161</b>
<b>Índice de cuadros.....</b>	<b>177</b>
<b>Índice de mapas.....</b>	<b>178</b>



## Agradecimientos

Este libro es el resultado de una investigación de más de cinco años, orientada a comprender la pobreza y la desigualdad urbanas desde una perspectiva sociológica, indagando en los vínculos entre las dimensiones materiales, espaciales, simbólicas y relacionales. El esfuerzo por comprender las trayectorias, lugares, experiencias, representaciones y discursos de la pobreza ha estado signado por un intenso proceso de revisión y reflexión teóricas, que fueron abriendo diversas lecturas sobre los datos empíricos.

Si bien se trató de una investigación individual, difícilmente hubiera podido transitar por ella y finalizarla sin el apoyo de numerosas personas e instituciones, hacia las que quiero expresar un profundo agradecimiento.

Al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, al que me siento muy honrada de pertenecer, por ser un espacio académico abierto, plural y democrático, donde el rigor académico convive con la crítica y el compromiso social.

La estancia sabática que realicé como investigadora visitante en el Latin American Centre (LAC) de la Universidad de Oxford, en Inglaterra, me permitió sistematizar información, ampliar mis horizontes teóricos y bibliográficos en las magníficas bibliotecas de esa

universidad, y me brindó un ambiente privilegiado para concentrarme en escribir este libro. Gracias a todos los colegas del LAC por su calidez, apoyo y comentarios.

El año que estuve en Oxford conté con el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), en el marco del Programa de Estancias Posdoctorales y Sabáticas en el Extranjero, para la consolidación de grupos de investigación, entre agosto de 2012 y 2013. Durante esa estancia sabática también recibí el apoyo de la Dirección General de Asuntos para el Personal Académico (DGAPA) de la Universidad Nacional Autónoma de México. Agradezco a Conacyt y a la UNAM por el apoyo financiero brindado, cuyo producto es precisamente este libro.

Mi más sincero y especial agradecimiento a la gente de Chimalhuacán —localidad del área metropolitana de la ciudad de México donde realicé las entrevistas que nutrieron este trabajo—, por permitirme entrar a sus casas y compartir de manera abierta y sincera sus historias y experiencias de vida, sus sufrimientos y frustraciones, sus luchas y expectativas, los (muchas veces amargos) recuerdos de su infancia, los cruces *al otro lado*, sus sentimientos contradictorios hacia el lugar y la sociedad en que viven. He procurado ser fiel a sus relatos, evitando complicidades y victimizaciones.

Un agradecimiento muy especial a Rafael Hernández, quien fue un asistente invaluable en la realización del trabajo de campo, por su conocimiento y empatía hacia Chimalhuacán y su gente. Sin su ayuda, el trabajo de campo no hubiera sido posible.

A Vicente Moctezuma y a Valeria Cuervo, por su rigurosa y comprometida asistencia en el análisis de entrevistas, sistematización fotográfica y de información periodística, así como el diseño de mapas.

Finalmente, un profundo y sincero agradecimiento a Gonzalo Saraví, colega y compañero, por su estímulo, apoyo y confianza en mi trabajo, porque su humildad y generosidad intelectual nos ha permitido compartir sin competir; por los caminos recorridos.

## Introducción

*No lamentar, no reír, no detestar, sino comprender.  
De nada serviría que el sociólogo hiciese suyo el  
precepto spinoziano si no fuera capaz de brindar  
los medios de respetarlo.*

PIERRE BOURDIEU (1999)

La pobreza es un problema “común” y extendido —aunque en diverso grado— en las sociedades latinoamericanas, en general, y en la mexicana, en particular. Millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños padecen múltiples privaciones en el campo y en la ciudad. Numerosos son también los académicos, miembros de agencias gubernamentales y organismos internacionales que observan, describen y miden la pobreza (y a los pobres). Desde hace casi dos décadas, en varios países de la región se han desarrollado programas sociales considerados “exitosos” para “combatir” el problema, en un contexto en el que, simultáneamente, las brechas en el acceso a oportunidades de vida se constituían en abismos sociales entre sectores privilegiados y desfavorecidos.

La reemergencia, en el escenario neoliberal, de un discurso criminalizador y culpabilizador de la pobreza, ha ido acompañada por la densificación espacial de desventajas en ciertas áreas de las ciudades,

a la par de una fuerte estigmatización de las periferias más desfavorecidas y sus residentes. Junto a una reducción de los niveles de pobreza en términos de ingresos, la pobreza se institucionalizó (Roberts, 2006) en servicios de muy baja calidad —como escuelas, hospitales, transporte público, infraestructura urbana, vivienda, guarderías, etcétera— destinados a *los pobres*. Mientras tanto, los sectores más favorecidos se recluyeron en sus burbujas de privilegio (espacios residenciales, escuelas, universidades, hospitales y centros comerciales) diseñadas *sólo* para *ellos*. Puesto que la pobreza se relaciona con la distribución de recursos y oportunidades, difícilmente puede ser entendida al margen de la desigualdad, la riqueza y el privilegio.

La privación y el privilegio, señala Scott (1994), son términos complementarios que indican un alejamiento de los estilos de vida considerados “normales” en una sociedad particular; mientras que la privación es la condición de vida de los pobres, el privilegio constituye la condición de vida de los ricos. Ambos términos no sólo indican los extremos inferiores y superiores de la distribución del ingreso, sino condiciones sociales polarizadas, generadas por la confrontación entre la esfera pública de la ciudadanía y el modo en que opera la economía (*ibid.*). Estas condiciones sociales polarizadas tienen dimensiones materiales y simbólicas, cuyas relaciones e implicaciones para la convivencia social requieren ser investigadas. Además de preguntarnos por las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos y medir sus carencias, necesitamos indagar los modos particulares en que estas condiciones son experimentadas y problematizadas.

Dadas sus implicaciones en los debates políticos y en las respuestas para enfrentar el problema, las actitudes hacia la pobreza —valores, marcos, narrativas e imágenes—, han sido reconocidas de manera incipiente como prioritarias en la agenda de investigación sobre el tema. Durante los últimos años y en diversos contextos nacionales y de provisión de bienestar, se evidencia un marcado endurecimiento de las actitudes públicas hacia la pobreza, que se expresa, entre otros aspectos, en la culpabilización de los individuos por su situación y la estigmatización de los pobres, en general, y de los receptores de pro-

gramas sociales, en particular (Sutherland *et al.*, 2013; Peacock *et al.*, 2014; Small *et al.*, 2010).

Lejos de limitarse a una cuestión “técnica”, la definición de la pobreza es una construcción social que emerge en contextos sociohistóricos y espaciales específicos. Es un concepto político ampliamente discutido y con efectos prácticos, que afecta la distribución de recursos en una sociedad particular e inspira políticas y programas sociales (Lister, 2004). Una comprensión sociológica exige desenmascarar el efecto de naturalización que subyace a las jerarquías y distancias sociales, mediante el cual, como señala Bourdieu (1999), las diferencias producidas por la lógica histórica parecen surgidas de la naturaleza de las cosas. Así, la injusticia se mantiene por un conjunto de creencias que la extienden y reproducen, haciendo aparecer como “naturales” concepciones que son construidas socialmente. La pobreza difícilmente podrá erradicarse mientras exista una alta tolerancia social tanto a ésta, como al enriquecimiento y al consumo ostentoso de los más ricos (Dorling, 2011). En tanto que construcción social, la pobreza involucra no sólo a los pobres, sino al conjunto de las clases sociales y sus relaciones; no se refiere sólo a las carencias de muchos, sino a los múltiples privilegios de unos pocos; incluye tanto a las políticas como a los políticos, sus creencias, prejuicios y valores.

Sin embargo, es una verdad “incómoda” hablar de la alta tolerancia de nuestras sociedades a la pobreza y la desigualdad social. Hemos aprendido a *convivir* con un problema que *siempre* ha estado allí; es parte de nuestra *normalidad* cotidiana, de la *naturaleza* de las cosas. Esta tolerancia contribuye a que, en países como México, “coexistan” en una ¿misma? sociedad más de 50 millones de pobres (la mitad de la población) con algunos de los hombres más ricos del planeta. Como señala Castel (1997), cuando los umbrales de tolerancia de una sociedad a la invalidación social son muy altos, la pertenencia a un mismo conjunto social está en duda.

Es preciso *desnormalizar* y *desmoralizar* la pobreza y el discurso en torno a ésta; transformarla en objeto de reflexión sociológica; aprehender su carácter socialmente construido. Esto no supone ignorar su indiscutible base material, sino incorporar, junto al análisis de las



dimensiones materiales, las dimensiones simbólicas y relacionales que contribuyen a crearla, mantenerla y reproducirla. El trabajo etnográfico en un área de alta concentración de pobreza de la ciudad de México, que nutre el análisis que se presenta en este libro, se orienta precisamente a desmontar los mitos, estereotipos y estigmas sobre la pobreza y los pobres, explorando las relaciones entre las dimensiones materiales, relacionales y simbólicas; entre las desigualdades de trayectorias, de lugar y de clase; entre el espacio físico y el espacio social. Es un esfuerzo por comprender, desde perspectivas complejas y renovadas, los sentidos y formas que asume la experiencia de la pobreza urbana en el México contemporáneo y sus implicaciones para la convivencia social.

### **La *integración excluyente* y la construcción social de la pobreza**

El carácter relacional de la pobreza, aunque frecuentemente ignorado en los estudios sobre el tema, no es, por cierto, un “hallazgo” sociológico reciente. En su artículo pionero titulado “El pobre”, publicado en 1908, Simmel destaca que lo sociológicamente pertinente no es la pobreza como tal, sino la relación de interdependencia entre la población que se designa como pobre y la sociedad de la que forma parte. La pobreza no puede definirse en sí misma como un estado cuantitativo, sino en relación con la reacción social que resulta de una situación específica.

El pobre como categoría sociológica no es el que sufre determinadas deficiencias y privaciones, sino el que recibe socorros o debiera recibirlos según las normas sociales vigentes. Si bien el pobre no es sólo pobre, sino también ciudadano, el hecho de participar en la asistencia no como sujeto con fines propios, sino como objeto en los objetivos globales del Estado, lo hace distinto del ciudadano acomodado [...] La *singular exclusión* de que es objeto el pobre por parte de la comunidad que lo socorre es lo característico del papel que des-

## INTRODUCCIÓN

empeña *dentro* de la sociedad, como un miembro de ella en situación particular (Simmel, 1986 [1908]: 488-491).<sup>1</sup>

Así, la pobreza no sólo es relativa, sino que está construida socialmente, su sentido es el que le da la sociedad. Los pobres no están fuera sino dentro de la sociedad, pero en una situación desfavorable, como ciudadanos de segunda clase (Roberts, 2004; Sen, 2000). Es precisamente esa inclusión desfavorable, tanto en términos materiales —acceso a oportunidades de vida y calidad de las mismas— como simbólicos —representaciones, discursos y estereotipos que se construyen sobre los pobres y sus lugares—, lo que nos conduce a utilizar un concepto aparentemente contradictorio —el de *integración excluyente*—, para referirnos a la forma que asume la “pertenencia” social de los más desfavorecidos. La pobreza puede ser entendida como una acumulación de formas interrelacionadas de exclusión que se extienden a diversas áreas de la vida individual y colectiva, separando a los sectores desfavorecidos de los patrones de vida socialmente aceptados; así, la brecha que impide a los pobres una participación social plena no puede ser cerrada por ellos mismos (Vranken, 2009). Se trata, pues, de un problema social, de un asunto público que, como nos recuerda C. Wright Mills en *La imaginación sociológica*, no puede ser resuelto por el individuo, puesto que trasciende su ambiente local y el ámbito de su vida interior (1961: 28). No constituye un problema de “los pobres”, *sus* valores, *su* comportamiento o *su* cultura; es un problema social de carácter estructural que remite a la inequidad en la distribución de la riqueza, los recursos y las oportunidades.

La injusticia y la desigualdad social, sin embargo, se diluyen ante un discurso dominante conservador y moralizante que acompaña a la utopía del mercado y a las políticas que de ésta emergen. A la par de un ensanchamiento de las brechas sociales, este discurso exacerba los prejuicios y estereotipos que alimentan el temor y el desprecio de las clases privilegiadas hacia los sectores pobres, erosionando las bases de la solidaridad y la convivencia social. La pobreza deja de ser un problema estructural

<sup>1</sup> Las cursivas son mías.

para constituirse en un problema de moral individual. *Los pobres*, en la cosmovisión neoliberal, no son quienes residen en periferias alejadas y segregadas, con escuelas y hospitales pobremente equipados, trabajando largas jornadas en empleos precarios y mal pagados, sino que “emergen” como promiscuos, irresponsables, tramposos, violentos y delincuentes, dependientes de los programas sociales y con una débil ética del trabajo.

El discurso público de la pobreza se constituye de esta manera en un persistente ejercicio de violencia simbólica, esa forma sutil de dominación mediante la cual las clases o grupos que concentran el poder, los recursos y las capacidades, logran imponer sus preferencias, prácticas y significados particulares como legítimos, naturales y autoritativos, ocultando las relaciones de poder que están en la base de esta imposición (Bourdieu y Passeron, 1970; Lamont y Lareau, 1988).

### **Las dimensiones de la pobreza: biografías, espacios y discursos**

Lejos de ignorar sus dimensiones materiales y estructurales, el análisis de la pobreza como una construcción social permite entender que el impacto e influencia de estas dimensiones están mediadas por significados, representaciones y discursos que moldean la experiencia de la misma y los modos en que la sociedad se relaciona con ésta.

El debate contemporáneo sobre la pobreza ha permitido avanzar en la comprensión de su carácter multidimensional y dinámico, y sus relaciones con la polarización, la diferenciación y la desigualdad social.<sup>2</sup> La pobreza no es una situación estática limitada a la carencia

<sup>2</sup> Si bien el análisis de las diversas conceptualizaciones de la pobreza excede los objetivos de este libro, es importante mencionar —aunque de manera muy sintética, esquemática y no exhaustiva— algunas de las principales contribuciones que han alimentado este debate. Al respecto, resaltan los aportes de Townsend (1979, 1993) sobre el carácter relativo de la pobreza, tanto en lo que respecta al contexto sociohistórico, como a los umbrales de bienestar mínimos necesarios para garantizar la participación en la sociedad de pertenencia. La perspectiva de las capacidades de Sen (1995, 2000), traslada el eje del análisis de la pobreza y la desigualdad de los medios (como el ingreso) a los fines (funcionamientos)

de ingresos —u otro tipo de recursos— en un momento particular, sino un proceso, una trayectoria marcada por rupturas, desfases e interrupciones, por desventajas que se acumulan durante la experiencia biográfica y que pueden conducir a una progresiva fractura de los lazos que tejen la relación individuo-sociedad.<sup>3</sup> Dicha fractura remite

---

que los individuos valoran y persiguen, y a las libertades (capacidades) necesarias para poder satisfacerlos. Dichas libertades están condicionadas por dimensiones estructurales (instituciones sociales, políticas y económicas) que limitan y restringen las opciones y oportunidades de los individuos para ejercer su agencia; no se trata sólo del nivel de realización, sino de la libertad u oportunidad real para realizarse, lo que exige un mínimo de bienestar. Los conceptos de vulnerabilidad, activos y estructura de oportunidades, se instalan en el cruce del nivel microsocioal —de individuos y hogares—, y el macrosocioal —de los órdenes institucionales—; la vulnerabilidad es considerada como un producto tanto de los activos de los hogares (disposición y control o movilización de los recursos materiales y simbólicos disponibles), como de las características de la estructura de oportunidades de acceso al bienestar, asociadas al funcionamiento del Estado, el mercado y la comunidad, haciendo evidentes las raíces estructurales de las situaciones de vulnerabilidad (Kaztman, 1999, 2002; Moser, 1998). Finalmente, el debate en torno a la exclusión subraya la dimensión relacional del problema; tematizada por algunos autores como desafiación (Castel, 1997) y por otros como descalificación social (Paugam, 1991), se centra en la emergencia y confluencia de diversos procesos que conducen al debilitamiento de los lazos que mantienen y definen en una sociedad la condición de pertenencia. Burchardt, Le Grand y Pichaud (2002: 9) proponen un diagrama de “cebolla” para ilustrar el carácter complejo y dinámico de esta perspectiva. Si la cebolla es cortada verticalmente, el enfoque de la exclusión permite un análisis dinámico (relación entre influencias y experiencias pasadas y presentes); si es cortada horizontalmente pueden analizarse la relación entre diversas dimensiones o esferas (individual, familiar, comunitaria, etcétera).

<sup>3</sup> El concepto de ventajas y desventajas acumulativas fue acuñado por Robert Merton en 1968 en su trabajo sobre la estratificación de las carreras científicas, y contribuye a la comprensión de la pobreza y la desigualdad como procesos en los que se articulan múltiples dimensiones durante la trayectoria biográfica. Merton sostiene que, dentro de una misma cohorte de científicos, las desigualdades tienden a incrementarse en el curso de las trayectorias, al enlazarse con desigualdades previas. La idea central es que la ventaja (o desventaja) de un individuo o grupo se acrecienta (es decir, se acumula) a través del tiempo (Di Prete y Eirich, 2006). Posteriormente, Paugam (1995) hace referencia al concepto de desventajas acumulativas en su análisis sobre la descalificación social en Francia, en donde utiliza el concepto “espiral de precariedad” (*spiral of precariousness*), para dar cuenta, mediante un análisis de correlación, de los vínculos entre la situación de empleo y otras dimensiones de la vida económica y social (familia, ingresos, condiciones de vida y contactos sociales), sugiriendo que diversas situaciones de precariedad ocupacional pueden conducir a procesos de exclusión social.

al vínculo social y nos conduce a interrogarnos sobre la noción misma de pobreza, sus aspectos materiales y simbólicos, sus espacios y lugares, al modo en que *los pobres* son construidos como categoría social. La dimensión material está ligada a carencias en los medios de subsistencia que conducen a circuitos de privación o empobrecedores (Estivill, 2003), relacionados con la precariedad ocupacional y con otras dimensiones de la vida económica y social (orígenes familiares, baja o deficiente escolarización y formación profesional, ausencia de empleo, trabajo precario o estacional, alimentación deficiente, bajos ingresos, vivienda insalubre o en mal estado, mala salud y enfermedades crónicas o repetitivas, falta de prestaciones sociales, dificultades de acceso a los servicios públicos, etcétera), lo que lleva a ciertos grupos más vulnerables a experimentar procesos de exclusión social. Dicha exclusión social constituye una acumulación de procesos confluyentes con rupturas sucesivas que, arrancando del corazón de la economía, la política y la sociedad, van alejando e “inferiorizando” a personas, grupos, comunidades y territorios respecto de los centros de poder, los recursos y los valores dominantes (*ibid.*).

En este libro me concentro en tres dimensiones que considero particularmente relevantes para entender el carácter socialmente construido de la pobreza: la dimensión biográfica, la dimensión espacial y la dimensión simbólica.

La dimensión biográfica permite dar cuenta del carácter dinámico de la pobreza y de procesos de acumulación de desventajas durante la experiencia biográfica, explorando la articulación entre historia y biografía, entre las dimensiones materiales y simbólicas, entre las historias vividas y las historias contadas. Como observan Rustin y Chamberlayne (2002), los modos particulares en que los sujetos describen sus experiencias —su historia contada—, es tan revelador como los hechos literales que describen, puesto que hacen evidentes los modos de pensar y sentir que la sociedad construye y normaliza para sus miembros.

La dimensión espacial nos remite a la geografía de la pobreza, a la concentración de desventajas en espacios de relegación y a los obstáculos crecientes y acumulativos que enfrentan los residentes de áreas

de pobreza homogénea para superar su situación de privación. La distribución de la población en el espacio, el nivel de concentración de determinados grupos en ciertas áreas de la ciudad y/o el grado de homogeneidad social de éstas, dan cuenta no sólo de procesos de diferenciación, sino de las expresiones que asume la desigualdad, y tal vez de procesos de exclusión (Saraví, 2006). Nos obliga a dirigir la mirada hacia la constitución y cristalización de ámbitos diferenciados y homogéneos de sociabilidad, donde los puntos de “encuentro” entre diferentes sectores sociales son cada vez más escasos.

La dimensión simbólica es probablemente la menos explorada en los estudios sobre la pobreza. Tradicionalmente centrados en el análisis descriptivo de la carencia de recursos y condiciones de vida de los grupos más desfavorecidos, rara vez se preguntan por los modos particulares en que estas condiciones son problematizadas. Esta dimensión analítica, que en los últimos años se ha incorporado de manera más activa en la agenda de investigación sobre el tema, se orienta a explorar los diversos significados que se construyen para interpretar la propia experiencia de vida o para crear fronteras simbólicas o morales entre *nosotros* y los *otros* (Charles, 2008), procurando trascender los estereotipos y estigmas que alimentó el concepto de la cultura de la pobreza, desarrollado por Lewis en 1970. En suma, se trata de dar cuenta de los procesos a través de los cuales se construyen, divulgan e internalizan los estereotipos negativos y los estigmas que pesan sobre los pobres y sus lugares, y que sistemática y cotidianamente construyen al pobre como *el otro*. El análisis de estas tres dimensiones (biográfica, espacial y simbólica) y sus relaciones, permite comprender el carácter dinámico, espacialmente moldeado y socialmente construido de la pobreza.

### Metodología

Como se señaló previamente, el análisis sociológico de la pobreza supone considerar tanto su carácter multidimensional y dinámico, como los modos en que la sociedad se relaciona con ésta. La indiscutible

base material de la pobreza y su persistencia, difícilmente pueden ser entendidas sin su contraparte simbólica, que se expresa en experiencias, representaciones y discursos. A tal fin, la metodología utilizada combinó diversas técnicas y fuentes de datos: entrevistas en profundidad, artículos sobre el lugar publicados en la prensa escrita, registro fotográfico, fuentes censales y estadísticas oficiales.

Respecto a la información estadística, el análisis se orientó básicamente a presentar un panorama general de la fragmentación urbana y la concentración espacial de desventajas en la ciudad de México, así como su extensión e intensidad en la localidad estudiada. Las fuentes utilizadas fueron los censos de 2000 y 2010 y las mediciones oficiales de pobreza por municipio realizadas por el Coneval (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social). Con base en la información disponible se diseñaron mapas de pobreza, rezago social y vulnerabilidad de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) que evidencian tanto la desigualdad y la fragmentación urbanas, como la mayor concentración de desventajas en el oriente de la ciudad. Además, se seleccionaron algunos indicadores sociodemográficos clave (composición de la población por edad, nivel educativo, acceso a servicios, etcétera) a fin de ubicar a Chimalhuacán en el oriente, comparando sus condiciones sociales con municipios más consolidados de este área (como Nezahualcóyotl e Iztapalapa) y con respecto al Distrito Federal en su conjunto.

En la investigación se privilegiaron las narrativas, puesto que nos permiten conocer cómo las estructuras distribuyen poder y desventajas, y desentrañar cómo los individuos se ven a sí mismos en relación con otros y otorgan sentido a sus experiencias, constreñimientos y oportunidades. La investigación cualitativa permite mostrar las realidades detrás de los datos; revela la complejidad de la vida cotidiana de los sectores más desfavorecidos, evidenciando las profundas raíces de la pobreza, a la par que abre toda una nueva caja de preguntas e interrogantes que contribuyen a una mejor comprensión del problema (Small *et al.*, 2010; Vranken, 2009).

En este sentido, las entrevistas en profundidad con residentes de Chimalhuacán se orientaron a explorar trayectorias de vida, experien-

## INTRODUCCIÓN

cias y percepciones. A su vez, las trayectorias biográficas permitieron indagar procesos de acumulación de desventajas durante el curso de vida, así como el carácter persistente de la pobreza y su transmisión intergeneracional; las experiencias y percepciones contribuyeron a entender los modos en que se “vive” y se “piensa” la pobreza en estos espacios. En relación con la dimensión espacial, se exploraron diversos aspectos de la experiencia del lugar: percepciones propias y de *los de afuera*; cambios experimentados en la colonia; relaciones con los vecinos; redes sociales y fuentes de apoyo; inseguridad y violencia; acceso a servicios, y uso del tiempo libre. Además de las entrevistas con los residentes del lugar, se realizaron entrevistas con actores locales (directores de escuelas primarias y centros de desarrollo comunitario, así como algunos funcionarios municipales), centradas en sus percepciones sobre la zona, los cambios experimentados en los últimos años y la visión que “desde fuera” se tiene del lugar, a fin de contrastarlas con las percepciones de los residentes. Se realizaron en total 36 entrevistas (31 con residentes y cinco con actores locales) y el trabajo de campo se llevó a cabo entre noviembre de 2007 y mayo de 2008. Se trató de una muestra teórica (Glaser y Strauss, 1967) y la selección de los entrevistados, a través de la técnica de “bola de nieve”, fue intencional —no probabilística—, procurando incluir diversos perfiles en términos de género, edad, nivel educativo, ocupación, posición en el hogar y colonia de residencia, a fin de explorar en qué medida estos diferentes perfiles expresan diversas perspectivas y experiencias (véase cuadro 2).<sup>4</sup> El contacto con los entrevistados se realizó a través de directores de escuelas primarias y de personas conocidas residentes en el municipio, lo que nos permitió ir construyendo redes para acceder a los entrevistados. Sus nombres fueron cambiados, respetando el anonimato y la confidencialidad de la información proporcionada. Las entrevistas se realizaron en la casa de los

<sup>4</sup> El muestreo teórico es un proceso de recolección de datos mediante el cual, de manera simultánea, el investigador recolecta, codifica y analiza los datos, y con base en las categorías emergentes de este proceso, decide qué tipo de datos recolectar en la siguiente etapa. Esto supone que las decisiones referentes a la muestra se realizan sobre bases analíticas que se desarrollan durante el curso de la investigación (Glaser y Strauss, 1967).



entrevistados y en escuelas; fueron individuales y grabadas, con una duración promedio de 90 minutos, y posteriormente transcritas para su análisis, que se realizó con el *software* cualitativo NVivo. Durante el trabajo de campo, además de las entrevistas, recorrimos diversas colonias del municipio visitando escuelas, centros de salud, tianguis y tiraderos de basura, y se realizó un registro fotográfico.

La construcción mediática de las imágenes del lugar y los estigmas territoriales se analizó a través de las notas periodísticas sobre la localidad estudiada, aparecidas en dos periódicos de cobertura nacional (*La Jornada* y *El Universal*). El rastreo abarcó un periodo de 12 años (1999-2011), a fin de indagar sobre las imágenes del lugar difundidas en el mismo periodo que se realizó el trabajo de campo, y un periodo anterior y posterior al mismo, con el objetivo de explorar cambios y continuidades, y contrastarlas con los relatos de los entrevistados. Entre 1999 y 2011 se contabilizaron 265 notas periodísticas, que se agruparon de acuerdo a los tres ejes temáticos más frecuentes: deficiencias en la provisión de servicios, inseguridad y conflictos entre grupos caciquiles locales.

La metodología utilizada evidencia la importancia de triangular diferentes abordajes y técnicas de recolección y análisis de datos, para estudiar un fenómeno con múltiples dimensiones como el que aquí abordamos.

## Organización del libro

Los capítulos de este libro pretenden dar cuenta de las diversas dimensiones del problema y sus relaciones, a partir de las experiencias y narrativas de los propios sujetos.

El primer capítulo se orienta a dar cuenta de las transformaciones urbanas y dinámicas socioespaciales experimentadas en las últimas décadas, que han hecho de la ciudad un espacio más hostil para los grupos de menores ingresos. Se explora cómo estas transformaciones han conducido a cambios en las perspectivas y enfoques sobre la pobreza urbana. Luego, a fin de dar cuenta de las dimensiones

materiales del problema y de contextualizar las narrativas analizadas en los siguientes capítulos, se presenta un panorama general de la fragmentación urbana y la concentración espacial de desventajas en la ciudad de México, particularmente en la zona oriente, así como su extensión e intensidad en la localidad estudiada.

El segundo capítulo se centra en la dimensión biográfica, donde se analizan las trayectorias de vida de los entrevistados, evidenciando el carácter dinámico y acumulativo de la privación y la utilidad del método sociobiográfico para su análisis. Partiendo del hogar de origen, se exploran las experiencias de la infancia, la escuela, el trabajo, la familia y la migración, en el contexto de una estructura de oportunidades marcadamente restringida que limita las posibilidades de escapar de situaciones de desventaja. Las historias de vida muestran, de manera contundente, que el “voluntarismo” o *écharle ganas* ciertamente no alcanza para escapar de la pobreza en un contexto donde el origen social parece constituirse en un destino.

El tercer capítulo se centra en la dimensión espacial de la pobreza, particularmente en la experiencia del lugar, analizando al espacio local de residencia (el barrio, la colonia, etcétera) como comunidad y como contexto, dimensiones que se traslapan y condicionan mutuamente en la vida cotidiana de sus residentes. Su distinción, en términos analíticos, permite dar cuenta de los aspectos estructurales, relacionales y simbólicos del espacio para comprender las formas, significados y experiencias que asume la privación en áreas periféricas de pobreza homogénea y fuerte concentración de desventajas. El acceso a diversas oportunidades —como la educación, el empleo, la participación política, los servicios públicos— así como la cantidad y calidad de las redes sociales disponibles, están fuertemente ligadas a y condicionadas por la dimensión espacial —el barrio o vecindario—, que nos permite entender la interacción entre los diversos procesos y recursos disponibles a nivel local.

En el cuarto capítulo, donde se aborda la dimensión simbólica, se indagan los procesos y mecanismos sociales a través de los cuales los pobres son construidos como *los otros*, y sus implicaciones para la experiencia de la pobreza y la convivencia social, examinando en qué

medida las representaciones dominantes sobre la privación contribuyen a legitimar, consolidar y reproducir las distancias sociales. Se explora la construcción mediática de estigmas territoriales y los modos en que los residentes de estos espacios procesan y responden a éstos.

Finalmente, en las conclusiones se recuperan los principales hallazgos del trabajo en relación con las diversas dimensiones de análisis, y se resalta la relevancia de las evidencias etnográficas para desmontar y desarticular un discurso público de la pobreza, que a la par que criminaliza y culpabiliza a los más desfavorecidos, legitima la desigualdad y la concentración de los privilegios (materiales y simbólicos). Se destacan las implicaciones que la conjunción de la culpabilización de la pobreza y la legitimación y tolerancia a la desigualdad tienen para la convivencia social. Se plantea la necesidad de recuperar un discurso y una práctica de derechos que permita transformar la actual sociedad de los extremos en una sociedad de semejantes.

Cuadro 1  
Perfil de los entrevistados

Núm. de entrevista	Nombre (ficticio)	Sexo	Edad	Nivel educativo	Estado civil	Núm. de hijos	Ocupación	Colonia
1	Adriana	M	26	Universitaria	Soltera	0	Estudiante	San Agustín
2	Miguel	H	21	Secundaria incompleta	Soltero	0	Desempleado	Copalera
3	Virginia	M	40	Secundaria completa	Casada	2	Comercio informal	Sta. María Nativitas
4	Marina	M	35	Secundaria incompleta	Casada	4	Comercio informal	Sta. María Nativitas
5	Lupita	M	41	Primaria completa	Casada	3	Ama de casa	Sta. María Nativitas
6	Lucía	M	48	Primaria completa	Separada	3	Ama de casa	Lomas de Totolco
7	Pedro	H	25	Secundaria completa	Casado	2	Albañil	Sta. María Nativitas
8	Graciela	M	28	Secundaria completa	Casada	2	Ama de casa	Acuitlapilco
9	Silvia	M	38	Secundaria completa	Casada	3	Ama de casa	Acuitlapilco
10	Javier	H	52	Primaria incompleta	Casado	5	Obrero cartonero	Rancho las Nieves
11	Santiago	H	33	Universitario	Casado	3	Albañil	Acuitlapilco
12	Juan	H	59	Primaria incompleta	Casado	5	Desempleado	Copalera
13	Armando	H	47	Secundaria completa	Casado	3	Aflador	Copalera
14	Martín	H	28	Secundaria incompleta	Separado	3	Chofer bicitaxi	Lomas de Totolco
15	Sonia	M	34	Secundaria completa	Casada	3	Ama de casa	Lomas de Totolco
16	Francisco	H	33	Secundaria incompleta	Casado	3	Obrero fábrica de tabique	Copalera
17	Juana	M	37	Primaria completa	Casada	3	Ama de casa	Lomas de Totolco
18	Esther	M	40	Primaria completa	Soltera	0	Comercio informal	Copalera
19	Ana	M	45	Primaria completa	Casada	6	Ama de casa	Lomas de Totolco
20	Julia	M	26	Secundaria completa	Separada	3	Comercio informal	Lomas de Totolco

Cuadro 1 (Continuación)

Núm. de entrevista	Nombre (ficticio)	Sexo	Edad	Nivel educativo	Estado civil	Núm. de hijos	Ocupación	Colonia
21	Ignacio	H	57	Primaria completa	Casado	5	Obrero fábrica de plásticos	Plateros
22	Fernando	H	23	Universitario	Soltero	0	Técnico empresa de alimentos	Plateros
23	Luis	H	41	Universitario	Casado	3	Maestro de primaria	San Pedro
24	Ricardo	H	81	Primaria completa	Casado	4	Comercio informal	San Agustín
25	Diego	H	29	Universitario	Soltero	0	Desempleado	San Agustín
26	Marcela	M	37	Preparatoria completa	Casada	2	Ama de casa	Acuitlapilco
27	Cristina	M	32	Primaria incompleta	Casada	2	Ama de casa	Ciudad Alegre
28	Jorge	H	31	Universitario	Casado	1	Estudiante	Acuitlapilco
29	Andrés	H	22	Secundaria incompleta	Casado	1	Desempleado	Ciudad Alegre
30	Carlos	H	24	Preparatoria completa	Casado	1	Empleado Cíbercafé	Plateros
31	Marta	M	26	Preparatoria incompleta	Soltera	0	Empleada Centro de Salud	San Miguel Acuitlapilco
Actores locales								
32			46	Maestro			Director escuela primaria	Acuitlapilco
33			44	Maestro			Subdirector escuela primaria	Acuitlapilco
34			54	Arquitecto			Director Casa de Cultura	Chimahuacán centro
35			24	Trabajadora social			Director Centro Comunitario DIF	Acuitlapilco
36			37	Odontólogo			Director Centro Comunitario DIF	Lomas de Toylico

## CAPÍTULO 1

# **La integración excluyente. Periferias lejanas, concentración de desventajas y desigualdad**

*Hay que evitar la doble trampa de la lectura miserabilista que se conmueve y compadece del espectáculo de la miseria, y su contrario, la lectura populista, que celebra las virtudes y la inventiva del dominado y presenta como estrategia “heroica” de resistencia lo que con mucha frecuencia no es más que una táctica económica de autopreservación frente a un orden de dominación tan total y brutal al que ya no se percibe como tal ni se lo pone en cuestión.*

LOÏC WACQUANT (1999)

Los cambios sociales y económicos experimentados en los últimos treinta años han hecho de las ciudades latinoamericanas un contexto más hostil para los sectores más desfavorecidos, por lo que la pobreza adquiere un carácter más excluyente que en las décadas previas. No sólo la ecología de la desigualdad (Massey, 1996) se ha modificado; la experiencia de vivir “en la ciudad” también evidencia profundas rupturas y abismales brechas entre privilegiados y desfavorecidos. Los enclaves de pobreza urbana han dejado de ser lugares transitorios en el proceso de movilidad ascendente de las clases trabajadoras, para convertirse en espacios de supervivencia (Auyero, 2001b), en islas de precariedad (Janoschka, 2002).

Este capítulo se orienta a dar cuenta de las transformaciones y dinámicas socioespaciales que relegan a los sectores pobres a márgenes cada vez más precarios y alejados de los centros urbanos, y que han hecho de la ciudad un espacio de constreñimientos más que de oportunidades para los grupos más desfavorecidos. Luego de destacar cómo estas transformaciones condujeron a cambios en las perspectivas y los enfoques sobre la pobreza urbana, se presenta un panorama general de la fragmentación urbana y la concentración espacial de desventajas en la ciudad de México, así como su extensión e intensidad en la localidad estudiada, que constituye un caso paradigmático de los modos en que se asume la segregación espacial de los pobres urbanos en el actual escenario, evidenciando el progresivo debilitamiento desde estos “margenes” para integrar a los sectores más desfavorecidos a la ciudad.

### **La ciudad y sus pobres: del acceso a la *integración excluyente***

En tanto que representaciones complejas y múltiples, los *lugares difíciles* —como los enclaves de pobreza urbana— son, antes que nada, difíciles de describir y pensar (Bourdieu, 1999). En áreas espacialmente segregadas, de pobreza homogénea y de larga data, “pobrementemente” equipadas y donde los pobres viven e interactúan con otros pobres —como la que analizamos en la ciudad de México— podría suponerse que, dada su *familiaridad*, la privación no es estigmatizante ni se constituye en una fuente de malestar e insatisfacción para quienes la padecen. Frente a la (supuestamente “inagotable”) capacidad de adaptación de los pobres a la precariedad, gracias a sus redes de reciprocidad y a su creatividad para “inventar” trabajo, la pobreza podría considerarse como una experiencia menos “problemática” y excluyente, cercana a un tipo de pobreza “integrada”.<sup>5</sup> Si bien ya no permite dar cuenta de

<sup>5</sup> La *pobreza integrada*, según la tipología propuesta por Paugam (2007), es propia de contextos donde la pobreza afecta a una gran parte de la población y es una situación que parece “normal”, ya que constituye un estado permanente y reproducible entre generaciones al cual la gente está “habituada”. Los pobres tienen muchas posibilidades de

la experiencia de la privación en las periferias pobres, esta visión un poco *romantizada* de la vida cotidiana de los sectores más desfavorecidos, estuvo presente en numerosos estudios sobre la pobreza urbana en América Latina en las décadas de 1960 y 1970 (en un contexto en el que la pobreza aún tenía un carácter más integrado). Los asentamientos periféricos eran visualizados como “barriadas de esperanza” (*slums of hope*); como soluciones, al menos parciales, a los problemas económicos y de vivienda de los pobres: autoconstrucción de la casa propia a costos relativamente bajos y uso de la misma para la generación de ingresos (comercios, talleres, etcétera); participación política en movimientos urbanos para el acceso a servicios; mayores oportunidades educativas para sus hijos, etcétera (Eckstein, 1990).

Fue precisamente en este contexto en el que se produjo el debate teórico acerca de la marginalidad: la industrialización por sustitución de importaciones; el papel del Estado y del mercado interno; los procesos de urbanización, y el dinamismo del mercado de trabajo, permitieron desarrollar estrategias de supervivencia entre los pobres y —en algunos contextos más que en otros— alimentaron las expectativas de mejoramiento y movilidad social de importantes sectores de la población. Las barriadas pobres, señalaba Larissa Lomnitz hace cuatro décadas en *Cómo sobreviven los marginados* (1975: 26), eran los nichos ecológicos en donde, a través de sus redes de reciprocidad, *los marginados* resolvían *positivamente*<sup>6</sup> los problemas de inseguridad social y económica en un medio urbano adverso.

Las profundas transformaciones socioeconómicas y los impactos de las sucesivas crisis en los hogares más desfavorecidos, se tradujeron en un contexto más hostil para los sectores de menores ingresos,

---

vivir entre pobres; cuentan con el soporte de la familia; desarrollan sus actividades económicas mayoritariamente en el sector informal; la cobertura social es baja; no hay ingresos mínimos garantizados; las políticas sociales suelen tener un sesgo clientelar, y la estigmatización es débil. Está integrada en el sistema social, constituye una forma de vivir y un destino más o menos aceptado. Esta forma elemental de pobreza, que en el contexto europeo suele darse más frecuentemente en los países meridionales (España, Portugal, Italia y Grecia), puede encontrarse en muchos países en desarrollo en los que las características de la sociedad rural tradicional se superponen a las de la sociedad industrial (*ibid.*).

<sup>6</sup> Las cursivas son mías.



conduciendo, de manera progresiva, a un cambio de perspectiva. El optimismo de las décadas previas ya no reflejaba la realidad de los pobres en estas áreas. Los “recursos de la pobreza” (resultantes de la combinación de distintos tipos de empleo, producción doméstica de bienes y servicios, y ayuda mutua entre amigos, vecinos y parientes) dieron paso a la “pobreza de recursos” (González de la Rocha, 1994; 2001). Los cambios en el mundo del trabajo se tradujeron en menores y peores oportunidades de empleo para los trabajadores de menor calificación; los recursos de los pobres no sólo eran “agotables”, sino cada vez más limitados, erosionando las bases de la reciprocidad, la solidaridad y de su “capacidad ingeniosa de adaptación”. Las expectativas de movilidad social centradas en el empleo comenzaron a debilitarse, desalentando aspiraciones educativas y de mejoras en otros aspectos. En las décadas de 1960 y 1970, los *marginales* eran quienes estaban *fuera* de la cultura y las instituciones dominantes, y su incorporación era básicamente un problema de *mayor acceso* a los distintos servicios (educación, salud, vivienda, etcétera). En las décadas siguientes, si bien el acceso se amplió, también se volvió más jerarquizado y segmentado, conduciendo, como señala Dubet (2001) respecto a la educación, a una “democracia segregadora”. El mayor acceso a diversos servicios fue acompañado por una profundización de las brechas sociales y la calidad de los servicios pasó a ser determinante en las posibilidades de mejoramiento de los niveles de vida. Los sectores medios y altos se retiraron progresivamente de los servicios brindados por el Estado hacia escuelas y servicios de salud privados, y se recluyeron en espacios residenciales cerrados. Este retiro de las clases medias redujo los espacios de encuentro entre diferentes clases sociales y debilitó las posibilidades de coaliciones políticas a favor de incrementar el gasto y la calidad de los servicios públicos. A su vez, los hijos de los hogares acomodados tendieron a monopolizar el acceso a la educación en los niveles más altos y a los —cada vez más escasos— empleos de calidad (Roberts, 2005).

En este escenario, la experiencia de la pobreza urbana se hizo más compleja, difícil y excluyente; la erosión y la redundancia de las redes familiares y comunitarias condujeron a profundas transforma-

ciones en la experiencia cotidiana de los residentes de las periferias desfavorecidas. En diversas ciudades latinoamericanas como São Paulo, Río de Janeiro, Buenos Aires, Montevideo, Santiago de Chile y la ciudad de México, se han observado procesos de debilitamiento del espacio comunitario en enclaves de pobreza estructural, donde las posibilidades de acceder a “oportunidades” que permitan superar —no simplemente mitigar— situaciones de desventaja, son cada vez más escasas, remotas o inexistentes.<sup>7</sup>

De esta manera, mientras que en la década de 1960 la marginalidad consistía en estar “afuera” de las instituciones formales que promovían los valores y las habilidades de la modernidad, en el escenario contemporáneo los procesos de exclusión social se expresan en los *términos de la incorporación* de vastos sectores sociales en sus patrones de integración, que dan lugar a una *inclusión desfavorable*, a una ciudadanía de *segunda clase*, donde las desventajas derivan, entre otros aspectos, de la diferenciación producida por las instituciones del Estado (Faria, 1995; Sen, 2000; Roberts, 2004). Esta inclusión desfavorable involucra, sin duda, al espacio urbano y a la “calidad” de ciudad a la que acceden los más desfavorecidos. Nuevamente, la segregación espacial de los pobres urbanos o el “lugar de los pobres” (Bayón, 2012) en la ciudad, no puede comprenderse sin tener en cuenta la desigualdad y la fragmentación urbana que se analizan en la siguiente sección.

### La geografía de la pobreza metropolitana

Chimalhuacán es un municipio ubicado en el oriente de la ciudad de México, a unos 30 kilómetros del centro (Zócalo) del Distrito Federal, con una alta y persistente concentración de desventajas. Se encuentra entre las localidades urbanas que han experimentado mayor crecimiento poblacional en los últimos años: en sólo tres décadas su población se multiplicó por diez, pasando de 62 000 a 242 000 habitantes entre

<sup>7</sup> Véanse, entre otros, los trabajos de Kaztman y Wormald, 2002; Portes *et al.*, 2005; Saraví, 2006; Pearlman, 2006; Sabbatini *et al.*, 2001; Hiernaux, 1999; Prevôt-Chapira, 2002.

1980 y 1990; a 491 000 en 2000 y a casi 620 000 habitantes en 2010. El principal factor de atracción poblacional ha sido la disponibilidad de terrenos baratos, situados en asentamientos informales, de suelos salitrosos, escasa permeabilidad y susceptibles de inundaciones. Las oportunidades de empleo a nivel local son muy limitadas, por lo que los residentes de estas “ciudades dormitorio” suelen recorrer largas distancias para trasladarse a sus trabajos, en general muy precarios y mal pagados.<sup>8</sup>

La supresión progresiva de subsidios y las políticas de libre mercado aplicadas desde la década de 1980, que involucraron al mercado inmobiliario, a la par de una política de profundo deterioro salarial que persiste hasta la actualidad —y que ha impactado con más fuerza a los trabajadores menos calificados—, fue empujando a los sectores más pobres hacia la periferia por la disponibilidad de viviendas más baratas, sobre todo en el marco de fraccionamientos ilegales en terrenos de propiedad ejidal. No se trató de un desplazamiento forzado de los pobres, sino de estrategias de mercado con efectos tan extremos como las expulsiones (Hiernaux, 1999).

Este proceso de mercantilización social dejó su impronta en un espacio urbano crecientemente fragmentado. Si bien en la ciudad de México, con más de 20 millones de habitantes, las marcadas desigualdades socioeconómicas no son un fenómeno novedoso, las brechas sociales se exacerbaban ante la emergencia de nuevos patrones de urbanización. A la par del creciente encierro de los sectores privilegiados a través de la gentrificación de las zonas centrales y del surgimiento de nuevas áreas residenciales y comerciales de alta exclusividad, se produjo un aumento de la concentración de los sectores más desfavorecidos en grandes aglomeraciones de pobreza, ubicadas en periferias cada vez

<sup>8</sup> Mientras que para el conjunto de las jurisdicciones metropolitanas de la ciudad de México, tres cuartas partes de la población ocupada trabaja en la jurisdicción en que reside o adyacente a la misma, en los municipios de la periferia popular de desarrollo informal como Chimalhuacán, esta proporción se reduce a dos terceras partes; en 2000, 42.9% de los hogares de la zona metropolitana se ubicaba en el estrato de ingresos más bajos (hasta tres salarios mínimos), porcentaje que se reducía a 28.8% en las jurisdicciones centrales y se elevaba a 61.3% en las áreas periféricas informales (Duhau, 2003).

más distantes. Este proceso de extensión periférica responde tanto a los fraccionamientos informales y la autoconstrucción de vivienda, como a la privatización de la vivienda social, que condujo a un crecimiento acelerado y caótico de grandes unidades habitacionales cada vez más alejadas. Estos patrones fragmentados de urbanización han ido acompañados por una sociabilidad urbana dominada por la desconfianza, la estigmatización y el miedo; en efecto, el encuentro entre diferentes y desiguales, entre ricos y pobres, como ciudadanos, en un plan de igualdad, no constituye una característica del espacio público de la ciudad (Bayón y Saraví, 2013; Duhau y Giglia, 2008).

Una visión de conjunto de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) muestra que hacia el oriente, donde se concentra casi la mitad de la población metropolitana, se extiende una amplia franja integrada por delegaciones y municipios en los que residen los sectores de menores ingresos (destacados en los mapas 1, 2 y 3 con un círculo negro y Chimalhuacán, la localidad estudiada, resaltada además con el borde blanco). En esta área, los diversos indicadores de condiciones de vida muestran los mayores niveles de pobreza, rezagos, carencias y vulnerabilidad social, evidenciados en las tonalidades más intensas de gris (véanse mapas 1, 2 y 3). En contraste, el gris se aclara en la zona norponiente y centro de la ciudad (y algunas áreas del sur), donde se concentran los sectores privilegiados con los niveles promedio de ingreso, educación e infraestructura urbana más altos de todo este conglomerado urbano (y de los más altos del país).<sup>9</sup>

En la zona oriente, los municipios más desfavorecidos (con la excepción de Iztapalapa, Tláhuac y Milpa Alta) pertenecen al Estado

<sup>9</sup> El proceso de urbanización de las grandes ciudades latinoamericanas a lo largo de buena parte del siglo pasado, se caracterizó por un modelo de anillos concéntricos que fueron extendiéndose del centro hacia la periferia. En la ciudad de México, la distribución de las clases sociales siguió este mismo patrón de localización: los sectores privilegiados se concentraron en las áreas centrales de la ciudad, mientras que los sectores populares y las sucesivas oleadas de migrantes internos ocuparon, y fueron desplazados, hacia las periferias. Este proceso condujo tanto a la paulatina consolidación de las periferias más cercanas y la expansión continua de nuevas periferias, como al desplazamiento de las áreas residenciales más exclusivas en una figura cónica desde el centro hacia el noroeste de la ciudad (Aguilar y Mateos, 2011).

de México, donde se ubica 75% de las Áreas Geostatísticas Básicas (AGEB) de la zona metropolitana con mayores carencias (OECD, 2004: 54). La migración intrametropolitana de los sectores de bajos ingresos desde el Distrito Federal hacia los municipios conurbados del Estado de México, muestra una tendencia ascendente, lo que estaría indicando que el proceso de homogeneización de la pobreza en esta zona continuará agudizándose.<sup>10</sup>

Los mapas 1, 2 y 3 muestran claramente una franja en la zona oriente que concentra a los municipios con mayores rezagos y carencias (como Atenco, Chimalhuacán y Valle de Chalco Solidaridad), que se caracterizan no sólo por una fuerte concentración de desventajas, sino por su carácter persistente. A diferencia de los procesos previos de consolidación urbana de localidades periféricas populares (como Nezahualcóyotl e Iztapalapa), que experimentaron intensos procesos de urbanización en las décadas de 1950 y 1960, en el escenario actual la consolidación en los municipios más desfavorecidos parece ser mucho más lenta. Rubalcava y Schteingart (2012) llaman la atención sobre la permanencia de estos tres municipios en el estrato muy bajo entre 1990 y 2000, lo que indica escasas mejoras en el hábitat urbano. Al respecto, el caso de Chimalhuacán es paradigmático, ya que ha permanecido en dicho estrato desde 1960, cuando se incorporó a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Este municipio evidencia un alto predominio de las AGEB de estrato muy bajo, con sólo algunas

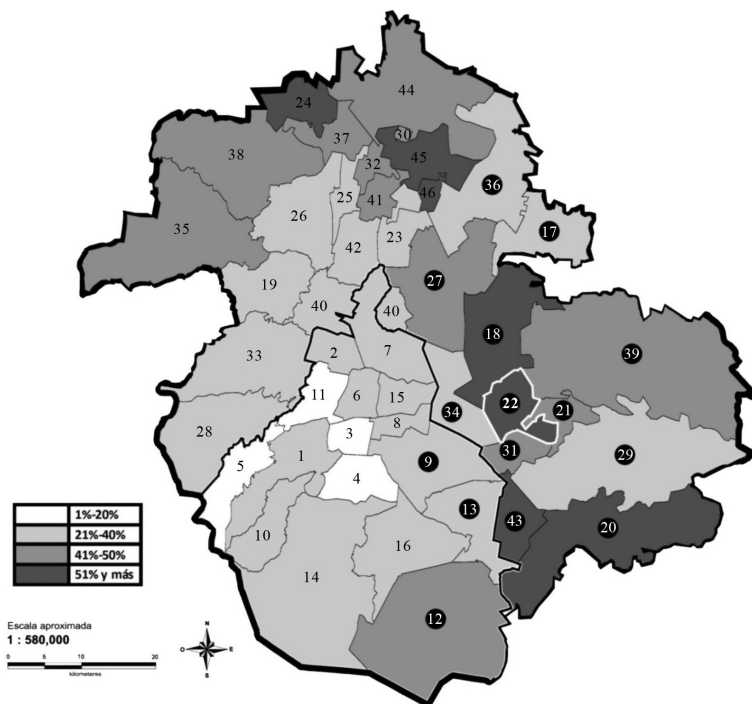
<sup>10</sup> Se prevé que el componente de la ZMCM que no corresponde al Distrito Federal incrementará su participación en la población regional de 51.9% en 2000 y 55.3% en 2010, a 56.2% en 2020 (OECD, 2004). Arriagada y Rodríguez (2003) destacan que la alta correlación entre la selectividad educativa de los flujos migratorios intrametropolitanos y su destino, tiende a profundizar la segregación residencial socioeconómica. La diferencia entre la escolaridad de los inmigrantes y los emigrantes intrametropolitanos en la ZMCM evidencia el aumento de las comunas perdedoras netas de recursos humanos. Mientras que las localidades con mayores niveles educativos —como las delegaciones de Benito Juárez, Coyoacán y Miguel Hidalgo— son las que registran mayores ganancias de capital humano por migración, en las comunas más pobres y de menores niveles educativos se observa la tendencia exactamente opuesta. Así, por ejemplo, quienes migran hacia los municipios más pobres (como Chimalhuacán) desde municipios vecinos (Iztapalapa, Nezahualcóyotl, La Paz, Iztacalco), poseen menos años promedio de educación que los no migrantes, mientras que quienes emigran de Chimalhuacán son precisamente quienes poseen en promedio mayores niveles educativos que sus residentes (*ibid.*).

de estrato bajo y alejadas de otras en mejor situación. Las autoras mencionan la proliferación de asentamientos irregulares —que en general tardan muchos años en ser regularizados y recibir la infraestructura y los servicios básicos necesarios— como uno de los factores que contribuyen a explicar la persistencia de estas localidades en los estratos más bajos (*ibid.*).

La trayectoria de Chimalhuacán en el contexto metropolitano no parece responder al ciclo socioespacial típico de las colonias populares, que según Duhau y Giglia (2008: 179) se inicia en condiciones de gran precariedad, albergando a una población mayoritariamente pobre (estrato socioespacial muy bajo), y culmina en la mayoría de los casos en el estrato medio-bajo, contando con grados significativos de consolidación urbana y una composición social mucho más heterogénea que las correspondientes a la etapa de formación del asentamiento (como en Iztapalapa, Nezahualcóyotl y Ecatepec). La persistencia de Chimalhuacán en el estrato muy bajo pareciera evidenciar la presencia de dinámicas urbanas más excluyentes que en el pasado en las periferias, donde se concentran los sectores más desfavorecidos. El marcado crecimiento de la población residente en áreas con grandes carencias, en términos de infraestructura urbana, calidad del suelo, acceso y calidad de servicios y oportunidades laborales a nivel local, pareciera estar indicando que la forma dominante de integración a la ciudad de las clases populares —las colonias de autoconstrucción—, está perdiendo, o al menos reduciendo, su capacidad integradora (Duhau, 2008).

Congruente con lo observado en otras áreas urbanas, en la ciudad de México los pobres viven e interactúan de manera creciente con otros pobres en amplios clústers de pobreza, donde las desventajas asociadas a situaciones de privación —bajos niveles educativos, precariedad laboral, desempleo, deficientes condiciones de vivienda e infraestructura, etcétera— son más concentradas y extensivas, por lo que las oportunidades de escapar de dichas situaciones disminuyen. Cuanto mayor es el tamaño de las áreas homogéneas en pobreza, los problemas urbanos y sociales para sus residentes se agravan y aumenta la malignidad y las consecuencias perjudiciales de la segregación espacial para los pobres (Power, 2000; Sabbatini *et al.*, 2001). Como señala Bourdieu (1999), la concentración en un mismo lugar de una población homogénea en la desposesión, tiene el efecto de redoblar esta última.

Mapa 1  
 Pobreza multidimensional por municipio. Zona Metropolitana  
 de la Ciudad de México, 2010  
 (porcentaje de personas)

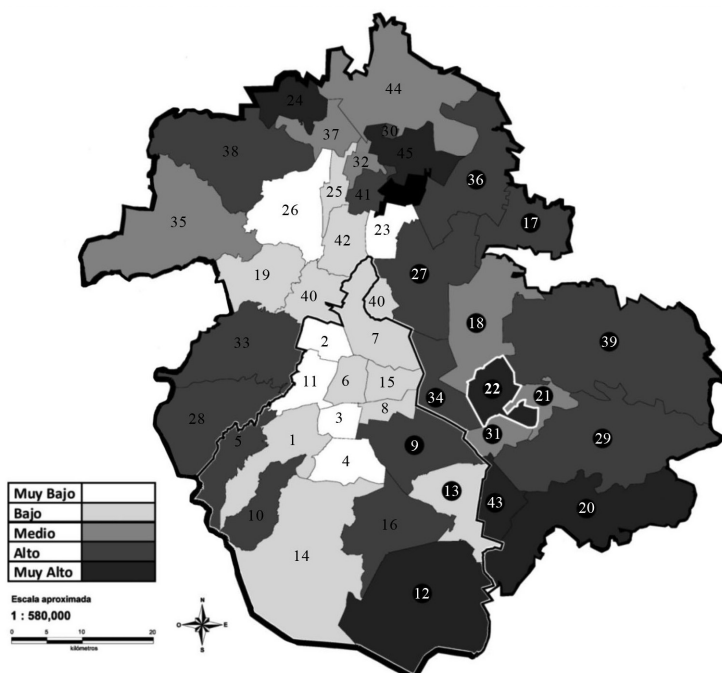


**POBREZA MULTIDIMENSIONAL.** Una persona se encuentra en esta situación cuando presenta al menos una carencia social (rezago educativo, acceso a servicios de salud, a la seguridad social, a la alimentación, a servicios básicos y calidad de espacios de la vivienda) y sus ingresos son insuficientes para adquirir los bienes y servicios que requiere para satisfacer sus necesidades.

**FUENTE:** Coneval. Medición de pobreza 2010 por municipio. Porcentaje de la población en situación de pobreza por municipio, México, 2010. Disponible en: <<http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/Medici%C3%B3n/Medicion-de-la-pobreza-municipal-2010.aspx>>.

**NOTA:** Zona Metropolitana de la Ciudad de México: Distrito Federal: 1. Álvaro Obregón; 2. Azcapotzalco; 3. Benito Juárez; 4. Coyoacán; 5. Cuajimalpa; 6. Cuauhtémoc; 7. Gustavo A. Madero; 8. Iztacalco; 9. Iztapalapa; 10. Magdalena Contreras; 11. Miguel Hidalgo; 12. Milpa Alta; 13. Tláhuac; 14. Tlalpan; 15. Venustiano Carranza; 16. Xochimilco. Estado de México: 17. Acolman; 18. Atenco; 19. Atizapán de Zaragoza; 20. Chalco; 21. Chicoloapan; 22. Chimalhuacán; 23. Coacalco de Berriozábal; 24. Coyotepec; 25. Cuautitlán; 26. Cuautitlán Izcalli; 27. Ecatepec de Morelos; 28. Huixquilucan; 29. Ixtapaluca; 30. Jaltenco; 31. La Paz; 32. Melchor Ocampo; 33. Naucalpan de Juárez; 34. Nezahualcóyotl; 35. Nicolás Romero; 36. Tecámac; 37. Teoloyucán; 38. Tepotzotlán; 39. Texcoco; 40. Tlalnepantla de Baz; 41. Tultepec; 42. Tultitlán; 43. Valle de Chalco Solidaridad; 44. Zumpango; 45. Nextlalpan; 46. Tonanitla.

Mapa 2  
 Índice de rezago social por municipio.  
 Zona Metropolitana de la Ciudad de México, 2010



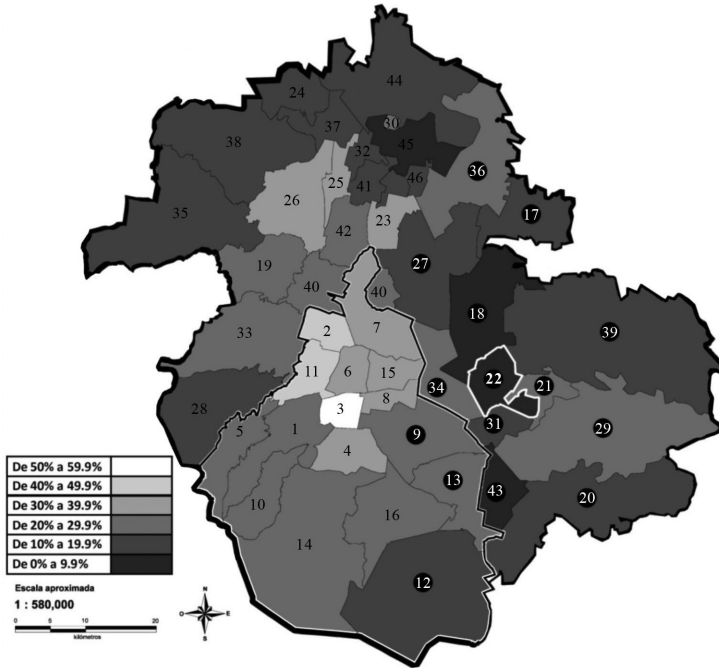
**ÍNDICE DE REZAGO SOCIAL.** Es una medida ponderada que resume cuatro indicadores de carencias sociales (educación, salud, servicios básicos y espacios en la vivienda) en un solo índice, que tiene como finalidad ordenar a las unidades de observación según sus carencias.

FUENTE: Coneval. Índice de rezago social. Resultados a 2010: “Rezago social 2000, 2005 y 2010 estados y municipios”. Disponible en:

<<http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/cifras/rezago%20social%202010.es.do;jsessionid=ce0f2013cd4a1e38bbca3f4233f68adf513b26d74b628c7a8b809364ac548276.e34QaN4LaxeOa40Pahb0>>.



Mapa 3  
 Población no pobre y no vulnerable por municipio. Zona Metropolitana de  
 la Ciudad de México, 2010  
 (porcentaje de personas)



**POBLACIÓN NO POBRE Y NO VULNERABLE.** Población cuyo ingreso es superior a la línea de bienestar, con recursos suficientes para adquirir los bienes y servicios que requiere para satisfacer sus necesidades básicas, alimentarias y no alimentarias, y que no tiene carencia social alguna.

FUENTE: Coneval. Medición de la pobreza 2010. Resultados por municipio: "Concentrado, indicadores de pobreza por municipio". Disponible en:  
 <[http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/multidimensional/anexo\\_estadistico\\_municipal\\_2010.es.do](http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/multidimensional/anexo_estadistico_municipal_2010.es.do)>.

El cuadro 2 muestra de manera comparada la situación desfavorable de Chimalhuacán en el contexto de la zona oriente, a la par que evidencia los rezagos y desventajas que los municipios más consolidados del oriente (como Nezahualcóyotl e Izatapalapa) siguen teniendo respecto al Distrito Federal (D.F.) considerado en su conjunto. Chimalhuacán tiene una población más joven que los municipios del oriente y que el D.F. —con una mayor presencia de niños (0-14 años) y jóvenes de 15 a 24 años— y en la que tienden a confluir múltiples dimensiones, frecuentemente asociadas a situaciones de vulnerabilidad y a procesos de exclusión social: mayores porcentajes de embarazo adolescente; menor asistencia escolar entre los jóvenes de 15 a 24 años y, probablemente, uno de los indicadores más evidente de las desventajas educativas en estos espacios: 60% de los jóvenes de 20 a 24 años no logran completar los 12 años de educación (media superior completa), seguido por Izatapalapa (50%), Nezahualcóyotl (45.6%) y el Distrito Federal (42.5%). El alto porcentaje de jóvenes que no alcanza el capital educativo básico para “aspirar” a la obtención de un empleo “relativamente” bien remunerado, permite anticipar (altas probabilidades de) una inserción precaria en el mercado de trabajo, bajos ingresos, empleos inestables y de baja calificación y, en términos generales, escasas oportunidades de mejoramiento (cuadro 1).

Cuadro 2

Indicadores seleccionados de Chimalhuacán, Nezahualcóyotl, Iztapalapa y el Distrito Federal, 2000-2010

	Chimalhuacán		Nezahualcóyotl		Iztapalapa		Distrito Federal	
	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010
<b>POBLACIÓN</b>								
Población total	490 772	614 453	1 225 972	1 110 565	1 773 343	1 815 786	8 605 239	8 851 080
Población de 0-14 años	36.5%	32.1%	29.0%	24.5%	29.6%	24.9%	26.1%	21.9%
Población de 15-24 años	20.4%	20.5%	19.4%	17.6%	19.9%	17.9%	19.0%	16.7%
Población de 15-64 años	57.5%	64.4%	64.0%	67.2%	65.4%	68.0%	66.6%	68.1%
Población de 65 años y más	1.9%	2.8%	4.4%	7.1%	3.9%	6.0%	5.8%	7.8%
Mujeres 12-19 años con uno o más hijos nacidos vivos	9.0%	10.3%	6.9%	7.0%	6.8%	7.4%	5.8%	6.4%
<b>EDUCACIÓN</b>								
Asistencia escolar según grupo de edad								
5-9 años	91.5%	93.8%	93.6%	95.2%	92.6%	95.3%	94.1%	95.8%
10-14 años	90.3%	93.4%	94.2%	95.7%	94.4%	95.6%	95.5%	96.0%
15-19 años	42.1%	52.1%	57.8%	65.2%	59.3%	64.8%	64.4%	69.5%
20-24 años	10.7%	14.1%	22.7%	27.4%	24.7%	28.6%	31.6%	35.3%
Años promedio de escolaridad	7.0	8.0	9.0	9.5	9.0	9.6	10.0	10.5
Media superior completa entre 20-24 años	21.3%	36.5%	39.0%	54.4%	38.6%	49.9%	46.0%	57.5%
<b>TRABAJOS E INGRESOS</b>								
Población económicamente activa	50.9%	54.6%	52.9%	54.6%	53.8%	55.3%	54.6%	56.7%
Población desocupada	1.7%	3.1%	1.6%	2.6%	1.6%	2.8%	1.7%	2.7%

SALUD	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010
Población no derechohabiente a servicios de salud	65.3%	54.3%	53.7%	45.3%	51.3%	38.3%	45.9%	33.6%		
VIVIENDA	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010
Viviendas que disponen de computadora	2.1%	16.6%	11.0%	35.2%	13.4%	38.5%	21.5%	49.1%		
Viviendas que no disponen de drenaje	17.7%	1.6%	1.0%	0.2%	1.5%	0.2%	1.8%	0.3%		
Viviendas que no disponen de lavadora	52.1%	40.5%	34.2%	26.4%	34.2%	26.2%	30.7%	22.4%		
Viviendas que no disponen de refrigerador	43.7%	27.6%	20.9%	13.2%	18.4%	11.8%	14.4%	9.3%		
Promedio de ocupantes por cuarto	2.06	1.36	1.44	1.01	1.41	1	1.22	0.87		
POBREZA	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010
Pobreza alimentaria (indigencia) (2005)	15.93%		11.05%		7.61%		5.43%			
Pobreza patrimonial (pobreza) (2005)	63.79%		51.18%		41.61%		31.82%			
Pobreza (multidimensional)		62.7%		38.8%		37.4%		28.7%		
Pobreza extrema (multidimensional)		13.7%		4.7%		3.2%		2.2%		
Pobreza moderada (multidimensional)		49.0%		34.0%		34.1%		26.5%		
No pobres y no vulnerables		7.4%		20.4%		23.7%		30.5%		
CARENCIAS	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010
Rezago educativo		20.4%		16.8%		11.4%		9.5%		
Carencia por acceso a los servicios de salud		48.4%		37.4%		41.3%		35.7%		
Carencia por acceso a la seguridad social		69.6%		56.8%		58.6%		52.4%		
Carencia por calidad y espacios de la vivienda		27.5%		10.2%		8.0%		7.6%		

Cuadro 2 (Continuación)

	Chimalhuacán		Nezahualcóyotl		Iztapalapa		Distrito Federal	
	2000	2010	2000	2010	2000	2010	2000	2010
CARENCIAS								
Carencia por acceso a los servicios básicos en la vivienda		12.2%		1.4%		2.3%		3.9%
Carencia por acceso a la alimentación		40.7%		26.1%		19.5%		15.5%

Nota: <[www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/Glosario.aspx](http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/Glosario.aspx)>.

FUENTES: XI y XII Censos de Población y Vivienda (2000 y 2010), INEGI; Coneval.

Índice de rezago social. Resultados a 2005, "Población total, pobreza por ingreso, indicadores, índice y grado de rezago social, según municipio, 2005". Disponible en: <<http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/cifras/rezago%20social%202010.es.do>>.

Medición de la Pobreza 2010. Resultados por municipio: "Concentrado, indicadores de pobreza por municipio".

Disponible en: <[http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/multidimensional/anexo\\_estadistico\\_municipal\\_2010.es.do](http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/multidimensional/anexo_estadistico_municipal_2010.es.do)>.

Coneval: Índice de rezago social. Resultados a 2010: "Rezago Social 2000, 2005 y 2010 Estados y Municipios".

Disponible en: <<http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/cifras/rezago%20social%202010.es.do>>;jsessionid=ce0f2013cd4a1e38bbca3f4233f68adf513b26d74b628c7a8b809364ac548276.e34QaN4LaxeOa40Pahb0>.

La concentración espacial de desventajas en nuestra localidad de estudio es alarmante y significativamente mayor a la del Distrito Federal. Sólo una de cada seis viviendas dispone de computadora *versus* la mitad de las viviendas en el D.F.; 63% de la población está en situación de pobreza, más del doble que en la capital del país. En Nezahualcóyotl e Iztapalapa la pobreza afecta a casi 40% de la población según datos de 2010, evidenciando la mayor extensión y concentración de pobreza en la periferia oriente. En Chimalhuacán, más de 40% de la población tiene carencias alimentarias, casi el triple que en el D.F. La precariedad laboral y la informalidad, características extendidas en el mercado de trabajo metropolitano, son también mayores en el oriente; las carencias relacionadas con el acceso a la seguridad social afecta a 70% en Chimalhuacán y 60% en Nezahualcóyotl e Iztapalapa *versus* 50% en el D.F. La población que no padece carencias de ingresos (en el acceso a servicios de salud y seguridad social, en las condiciones de la vivienda y en el acceso a alimentación suficiente), que pueden considerarse *no pobres y no vulnerables* según el Coneval, es de menos de 10% en Chimalhuacán; alrededor de 20% en los municipios más consolidados del oriente, y 30% en el D.F., lo que muestra que si bien la vulnerabilidad y la pobreza urbanas son un problema extendido en la zona metropolitana en su conjunto, claramente tienden a concentrarse en ciertas áreas.

### **Chimalhuacán: la ciudad pendiente**

Los indicadores antes analizados evidencian calidades de ciudad y espacios urbanos profundamente contrastantes. Para los residentes de Chimalhuacán, como lo evidencian sus relatos, *la ciudad* —calles pavimentadas, infraestructura urbana, escuelas y hospitales, parques y centros comerciales— *está allá, en el Distrito*. Chimalhuacán es la ciudad que nunca llega, la ciudad pendiente, en la que —según expresan sus residentes— *con el tiempo, todo va a ser más normal*. Mientras tanto, el rezago persiste y *el polvo en los zapatos* —siete de cada diez calles no están pavimentadas— es vivido como la “marca” de la lejanía de *la verdadera ciudad*.



“Bienvenidos a Chimalhuacán”, Bordo de Xochiaca, límite con Nezahualcóyotl



Colonia Tejedores, Chimalhuacán

## LA INTEGRACIÓN EXCLUYENTE



Parada de bicitaxis, Lomas de Totolco, Chimalhuacán



Recolección de basura, Chimalhuacán



En las localidades periféricas de desarrollo informal, la disponibilidad y calidad de servicios e infraestructura urbana no sólo es limitada y precaria, sino que el acceso a los mismos es lento y muy costoso. La adquisición de los terrenos, así como la provisión de servicios públicos como agua, drenaje, luz, pavimentación, e inclusive las escuelas y el sistema de transporte público, han estado históricamente ligados a prácticas clientelares y a los cacicazgos políticos que tienen el “control” (casi absoluto) de la zona. Chimalhuacán es el único municipio del área metropolitana que nunca ha experimentado alternancia política. Ininterrumpidamente gobernado por el PRI (Partido Revolucionario Institucional) desde 1940, ha sido botín político de grupos caciquiles ligados a este partido, que incluso han llegado a enfrentamientos armados para imponer a sus propios candidatos.<sup>11</sup>

La infraestructura urbana básica es insuficiente y deficiente. En el sistema de transporte público, por ejemplo, estas carencias se evidencian en los frecuentes accidentes provocados por autobuses en precario estado —conocidos como *chimecos*—, conducidos por choferes muy jóvenes que circulan a alta velocidad, en calles en las que los semáforos no abundan. A esto se suman los numerosos “bicitaxis” y “mototaxis” que constituyen una alternativa, también informal y de bajo costo, para trasladarse en distancias cortas. Los carros tirados por burros o caballos para la recolección de basura son parte del paisaje urbano, así como las montañas de escombros y basura en las calles.

Las casas, en permanente construcción, junto a la ausencia de árboles y espacios verdes, hacen del gris la tonalidad predominante del lugar. Las limitaciones en la provisión de servicios públicos de salud

<sup>11</sup> El conflicto más conocido por su impacto mediático, aunque ciertamente no el único, ocurrió en 2000 y fue protagonizado por *La Loba*, apodo de la líder de uno de estos grupos caciquiles. En dicha ocasión, ante la inconformidad por los resultados de la elección de alcalde municipal, dos agrupaciones —ambas pertenecientes al PRI— se enfrentaron con armas de fuego, piedras y palos; murieron 10 personas y más de 30 resultaron heridas. *La Loba*, del grupo perdedor de las elecciones, fue culpada por el enfrentamiento y sentenciada a 50 años de prisión. Desde 2000, todos los presidentes municipales han sido miembros de la agrupación priista triunfante Antorcha Campesina.

se traducen en la proliferación de farmacias similares, consultorios y clínicas privadas, escasamente reguladas y con dudosos estándares de calidad e higiene. La principal actividad económica local es el comercio informal, como lo evidencian los numerosos tianguis y mercados públicos que atraviesan las calles del municipio y pequeños talleres de maquila de ropa.

Las representaciones sociales y las experiencias, como señalan Dubet y Martuccelli (2000), no pueden separarse de los mecanismos societarios que la generan. El análisis previo permite dar cuenta no sólo de la fragmentación urbana que caracteriza a la ciudad de México, sino de la restringida estructura de oportunidades en que se desarrollan las experiencias y narrativas que aquí se analizan. El contexto local resulta clave para entender los modos en que se vive, se piensa y se representa la pobreza y a los pobres en estos espacios.



Colonia Acutlapilco, Chimalhuacán



## CAPÍTULO 2

# Las trayectorias de la pobreza. Desventajas acumuladas, desigualdades multiplicadas

*El combate contra los prejuicios moralistas y la hostilidad de la clase media hacia los pobres, no debe acometerse al costo de “desinfectar” las calles de la inner city y presentarlas como si la destrucción y el sufrimiento no existiesen. Me niego a omitir o minimizar la miseria social de la que he sido testigo por temor a que una imagen desfavorable de los pobres se perciba como injusta o “políticamente incómoda”, pues eso me haría cómplice de la opresión.*

PHILIPPE BOURGOIS (2010)

Las experiencias, en tanto que construcciones sociales, constituyen maneras de sentir y construir lo real, de construir el mundo, de constituir socialmente una subjetividad propia dentro del inventario cultural disponible. Como representación de “lo vivido”, la experiencia social es en sí misma ambivalente; es la superposición de la sociedad y la conciencia individual, es una actividad cognitiva, una manera de construir lo real, de “verificarlo”, de experimentarlo, a través de categorías construidas socialmente (Dubet, 2010 [1994]).

La comprensión de las experiencias biográficas de los más desfavorecidos nos exige ejercitar nuestra imaginación sociológica (Mills, 1961) para entender las relaciones entre historia y biografía, así como las posibilidades de agencia frente a estructuras de oportunidades fuertemente restringidas. Estas estructuras están permeadas por instituciones paternalistas que, como señalan Quane y Wilson (2012), lejos de garantizar las posibilidades de una ciudadanía plena, conciben a la pobreza como un problema de “comportamiento” inadecuado de la familia y sus miembros, que es necesario reorientar.

Las experiencias de la infancia, la escuela, el trabajo, la familia y la migración evidencian claramente que la pobreza no se limita al ingreso ni constituye una situación estática; tampoco es una cuestión de “actitud” o “comportamiento” ni se explica por una “cultura” compartida que se transmite intergeneracionalmente. Las historias de vida de los residentes de Chimalhuacán cuestionan de manera contundente el discurso moralizante, culpabilizador y voluntarista que inspira discursos y políticas e impregna el sentido común.

La responsabilidad de las instituciones públicas en las formas que adquiere la “integración” (desfavorable) de los pobres, evidencian el papel clave del Estado a la hora de generar, institucionalizar y reproducir la pobreza (a través de servicios públicos de mala calidad, o de políticas que segregan a los pobres en periferias cada vez más lejanas y precarias, por ejemplo). No sorprende entonces que, con frecuencia, quienes logran “torcer” (al menos de manera momentánea) sus destinos de precariedad, lo hacen *no gracias a* estas instituciones, sino *a pesar de* éstas.

No es el objetivo de este capítulo describir de manera lineal las trayectorias de los entrevistados, sino analizar las dimensiones de sus experiencias biográficas, que expresan con mayor contundencia el carácter dinámico y acumulativo de la privación. De lo que se trata es de discernir, en los relatos de las historias de vida individuales, los segmentos relevantes de la estructura social y de la cultura que están en juego en cada caso; de moverse continuamente entre el mundo de la vida individual y la configuración social que lo produce y es reproducida por éste.

### Las biografías de la pobreza: *historias contadas e historias vividas*

El enfoque sociobiográfico permite recuperar la coherencia de las vidas individuales según los diversos modos en que la experiencia social es (re)construida e interpretada, evitando la sobregeneralización y la reducción de los individuos a agregados, promedios o grupos de variables. Los individuos no sólo recuerdan su pasado, sino que lo interpretan a través de la selección de lo que incluyen y omiten de sus relatos y del énfasis que colocan en eventos o experiencias particulares. Entender el pasado contribuye a interpretar el presente y los marcos en que se sustentan las expectativas futuras; permite describir el tiempo vivido de una manera reflexiva y selectiva a la par que refleja las concepciones prevalecientes sobre las “vidas posibles” en contextos culturales particulares (Bruner, 1987; Kothari y Hulme, 2004; Lamont y Small, 2008; Shantz, 2009).

Visualizar a la sociedad desde el punto de vista de los sujetos “protagonistas” de estas historias, permite una comprensión más aguda de sus relaciones con las estructuras sociales y los contextos culturales, y de las posibles tensiones y resistencias en torno a los discursos hegemónicos sobre la pobreza. Los modos particulares en que los individuos describen su experiencia, su *historia contada*, son tan reveladores como los hechos literales que describen, su *vida vivida*, ya que las historias contadas hacen evidentes los modos de pensar y sentir que una sociedad normaliza para sus miembros y cómo éstos experimentan el mundo que los rodea. De lo que se trata es de preguntarse qué es “individual” y particular en sus relatos de vida, y en qué medida representan una experiencia común que puede ser generalizada. La subjetividad no puede entenderse sin tener en cuenta los constreñimientos externos que moldean las vidas individuales; las circunstancias “objetivas” sólo adquieren un sentido pleno en relación con las biografías individuales, las que, a su vez, sólo pueden ser entendidas en contextos definidos sociológicamente (Thomson *et al.*, 2002; Rustin y Chamberlayne, 2002).

Los procesos a través de los cuales el Estado, la familia y el mercado —en tanto que estructuras de oportunidades y sistemas de recursos—

generan desigualdades entre grupos e individuos y estratifican el curso de vida, resultan claves para entender que la pobreza y la exclusión no son el resultado de una trayectoria biográfica “desviada”, sino, precisamente, de la interacción de dichas instituciones sociales (Dewilde, 2003). Las desigualdades iniciales, combinadas con la estructura de oportunidades y las circunstancias históricas, afectan la habilidad de los individuos para acumular recursos; así, la posición de los individuos en los diversos dominios de la vida no sólo depende de sus posiciones anteriores, sino que afecta sus oportunidades futuras. En este sentido, el hogar de origen resulta clave para comprender los procesos a través de los cuales las ventajas y desventajas se acumulan durante el curso de vida, y son transmitidas y reproducidas intergeneracionalmente.

### **El punto de partida: el hogar de origen y la experiencia de la infancia**

Las condiciones iniciales tienen un papel cada vez más determinante en el destino de los individuos. Es justamente en el hogar de origen donde las ventajas y desventajas sociales son transmitidas y activadas, y es aquí también donde los riesgos sociales y las necesidades adquieren su expresión principal; la infancia temprana es el punto crítico en el cual el curso de vida es moldeado (Esping-Andersen, 2002; Blenden y Gibbons, 2006; Fitoussi y Rosanvallon, 1997).

Las oportunidades de vida están fuertemente enraizadas en la herencia social. Las características del hogar de origen (bajo nivel educativo e inestabilidad laboral de los padres; ausencia del padre; mayor número de hijos; problemas de salud; precarias condiciones de vivienda, etcétera) tienen efectos persistentes durante el ciclo de vida. Crecer en condiciones de pobreza no sólo supone desventajas durante la niñez, sino que desencadena un proceso de acumulación de desventajas durante la trayectoria biográfica. Las privaciones en edades tempranas suelen estar asociadas a menores niveles educativos; embarazo adolescente; empleos precarios; mayores probabilidades de desempleo entre

los hombres y de menor participación en el mercado de trabajo entre las mujeres, y bajos ingresos en la vida adulta (Bynner *et al.*, 2002; Schoon y Bynner, 2003).

La transmisión intergeneracional de privilegios y desventajas constituye un importante indicador de inclusión social, puesto que evidencia en qué medida las oportunidades de vida de los niños están ancladas al hogar de origen (Corak, 2006). En sociedades como la mexicana, los altos niveles de desigualdad, pobreza y precariedad laboral van acompañados de limitados esquemas de protección social y de servicios sociales públicos que, en lugar de reducir, profundizan las brechas sociales; de esta manera, la herencia social se constituye en un destino.

Provenientes de hogares con fuertes privaciones, los residentes de Chimalhuacán entrevistados son hijos de campesinos migrantes, albañiles, obreros, herreros, afiladores, comerciantes informales, costureras y empleadas de servicio doméstico; muchos de sus padres no lograron completar la educación primaria. Los de mayor edad (más de 50 años) comparten un origen rural, mientras que los más jóvenes son mayoritariamente de origen urbano. La infancia emerge en las narrativas como un periodo *duro y triste*, atravesado por múltiples carencias, conflictos familiares y escasa contención afectiva. La mayoría creció en hogares muy numerosos (de más de siete hijos), muchos de ellos monoparentales, con su madre y hermanos o algún otro familiar. Son frecuentes las referencias al abandono o fallecimiento temprano del padre; el alcoholismo y la violencia familiar como marcadores de la experiencia de la niñez.

[Mi infancia] fue muy triste, porque mi papá tomaba, entonces [...] después murió, yo tenía diez años, y pues nos quedamos con un hermano mayor, y [...] nada más nos dio la primaria y [...] pues yo les digo a mis hijos que ellos aprovechen, porque [...] qué hubiera querido uno, ¿verdad? Tener a su papá de uno y que fuera una vida bonita cuando uno es niño, pero [...] pues dicen que así es la vida. Y pus sí, fue triste, y pues sí, fue muy humilde (Lupita, 41 años, entrevista 5).



Más que nada viví con mi mamá y mi hermano, porque mis hermanas se casaron muy chicas [...] Mi mamá por lo regular trabajó en casas, haciendo limpieza, cuando yo era niño se dedicó a eso [...] vendía comidas en las calles, en las noches, y en el día, pues [...] lavaba ropa ajena, se iba a planchar, lavaba trastes, quehaceres de casa con distintas señoras [...] ella fue la única que nos sacó adelante, a mí y a mi hermano. [...] mi papá [...] antes de que yo naciera se fue él, y ya no supimos nada. Mi hermano, cuando estaba pequeño, como era muy muy despierto se iba a vender chicles, cacahuates en los camiones [...] se iba a lavar carros [...] Pues no había las posibilidades para nosotros, ahora sí que como dependíamos de mi mamá, no, no había posibilidades [...]. (Pedro, 25 años, entrevista 7).

Las prácticas de parentalidad y crianza de los hogares más desfavorecidos, están inmersas en un entorno familiar que concentra múltiples desventajas: precariedad laboral; bajos ingresos y bajos niveles educativos de los padres; mayor número de hijos; hacinamiento; deficiente infraestructura de servicios; inseguridad, etcétera. Diversos estudios sobre niñez y pobreza destacan que en este contexto de múltiples presiones, los padres pueden reaccionar poniendo énfasis en la obediencia; recurriendo a la violencia física; siendo poco afectivos y con poca capacidad para responder a las necesidades socio-emocionales de los niños (Hurstón *et al.*, 1994; Garret *et al.*, 1994). La experiencia de la infancia en contextos de privación se constituye en una huella decisiva en el curso de vida futuro.

Lo que recuerdo de mi familia de cuando era chavo es que [...] pues a la edad de siete años yo vi a mi familia [...] por última vez sentados en una mesa, ¿me entiendes? Después de ahí, porque pues mis hermanos [...] a uno de ellos le gustaba la marihuana, a otro el alcohol [...] y se movieron a la calle, porque [...] este [...] pues mi padre siempre ha tenido esa maña de correrlos de la casa, ¿me entiendes? Entonces, pues de ahí para acá fue algo duro, porque tuve que empezar a trabajar desde los cinco o seis años [...] Yo cargaba material y [...] pues mis hermanos hacían la comida, porque mi madre, en paz descansa, trabajaba lavando ajeno, planchando ajeno, haciendo trabajo ajeno.

Entonces mi padre nada más se dedicaba al alcohol y le valía madre, y pues íbamos comiendo a las seis, cinco de la tarde. [...] o sea, yo tuve pues una mala vivencia, ¿no? Se puede decir que una niñez muy mala, porque pues siempre me quedé con el antojo de muchas cosas [...] (Martín, 28 años, entrevista 14).

Si bien algunos relatos sobre la experiencia de la infancia revelan estilos menos autoritarios de parentalidad, predominan concepciones tradicionales y naturalizadas sobre los roles de género. La imagen negativa del padre, acorde con los estereotipos dominantes de masculinidad, asociados al “macho” mexicano, tiene como contrapartida una figura materna que se relaciona con la mujer abnegada y sufrida (Gutmann, 1996).

De niña fui un poco introvertida. Me costaba trabajo comunicarme con la gente [...] eh [...] no sé si eso tenga que ver con que [...] mi papá acostumbraba tomar mucho, entonces creo que eso era lo típico de las familias de antes [...] y más de pueblo, ¿no? O sea que el papá era muy machista [...] que a veces golpeaba a la mamá [...] Tuvimos, realmente, pocos estudios, pocas oportunidades y pues sí tuvimos muchas carencias, muchas muchas carencias de niños. Aparte que pues éramos muchísimos, éramos 10 hermanos [...] a mí en lo personal como que esa etapa no me ha gustado mucho. Como que no fui muy feliz de niña [...] Creo que esa es la etapa que no me da mucha alegría, no me da mucha satisfacción el recordar (Marcela, 37 años, entrevista 26).

El reconocimiento de la importancia del hogar de origen en las trayectorias biográficas, de ninguna manera supone hacer de la familia la última causa de los malestares que parece determinar. Las dificultades más “personales”, las tensiones y contradicciones en apariencia más subjetivas, expresan las estructuras más profundas del mundo social y sus contradicciones (Bourdieu, 1999; Hurston *et al.*, 1994). En otros términos, la raíz de las experiencias de la infancia nos remite a la pobreza, no a las características “personales” o al comportamiento de algunos miembros de la familia.

## La escuela: desigualdad, mitos y realidades

La experiencia escolar es una de las dimensiones de la trayectoria biográfica que evidencia con mayor contundencia los procesos a través de los cuales las ventajas y desventajas se acumulan y las desigualdades se multiplican. El ambiente y la dinámica familiar, el clima educativo del hogar, las concepciones de género, las dificultades económicas, el barrio, los grupos de pares, la distancia, la infraestructura escolar, los maestros, la desorientación, el desánimo y la frustración, son algunos de los múltiples elementos que moldean y marcan la experiencia de la escuela de los residentes de estas áreas segregadas.

La relación entre pobreza y bajos logros escolares es parte de un ciclo mayor en el cual las desventajas familiares son transmitidas de una generación a la próxima. Los bajos ingresos en la vida adulta se asocian con indicadores de pobreza durante la infancia, pobre desempeño escolar y escaso capital cultural de los padres para estimular a sus hijos a permanecer en el sistema escolar (Hobcraft, 1998; Jones, 2002; Hirsch, 2007).

Sin duda, el mapa escolar registra las desigualdades sociales, cuyas restricciones son más rígidas para los pobres. Como señala Dubet (2005), los más desfavorecidos suelen ser relegados a establecimientos “gueto”, donde la concentración de alumnos con un deficiente desempeño escolar, debilita aún más el nivel general y reduce las oportunidades, incluso de los buenos alumnos. En términos muy simples: un alumno de origen favorecido, tiene más oportunidades de ser buen alumno y de acceder a una enseñanza de buena calidad (*ibid.*). En este contexto, el mérito en la escuela se constituye en una especie de ficción que consiste en hacer *como si* los resultados escolares de los alumnos fueran la consecuencia directa de su trabajo, de su esfuerzo y de su atención.

Ya no pude estudiar más que nada por el apoyo, porque siento que aunque no había tanto dinero en la casa, faltó un poco [...] de apoyo por parte de mis papás. No estaban tan convencidos, o no tenían tanto en mente de que nosotras siguiéramos estudiando porque éramos niñas

[...] como que traían un poco la idea de su pueblo todavía, y no le echaron tantas ganas al hecho de que estuviéramos estudiando nosotras. [...] Faltó que nos impulsaran, que nos dijeran, este [...] “oye, ya van a ser las preinscripciones para la prepa” [...] porque nosotras salimos de la secundaria y no sabíamos ni qué seguía, ni que teníamos que hacer exámenes [...] (Sonia, 34 años, entrevista 15).

Somos once hermanos [...], pus sí, se vieron apretados mis papás para sacarnos adelante [...] cuando mi papá falleció yo tenía once años, y [...] mi mamá se quedó a cargo de nosotros [...] pues que me acuerde mucho, mucho, así mucha atención que nos pusiera, no [...] nunca nos decían “síentate, te voy a enseñar la tabla del número cinco” [...] no, nada más eso, nomás ellos se dedicaban a su trabajo (Marina, 35 años, entrevista 5).

Pues no había las posibilidades de estudiar para nosotros, como dependíamos de mi mamá, no, no había posibilidades, este [...] pues mi hermano estudió hasta donde pudo, porque él trabajaba y estudiaba, pero pus ya es que es muy difícil eso de trabajar y estudiar, o trabajas o estudias [...] ya no pudo él, porque no había de dónde. Y yo por lo mismo de que no había [...] como que [...] en parte te desanima, ¿no? te desanima, porque [...] yo no fui muy bueno para la escuela [...], y luego yo decía, pues él es bueno, ¿no?, que le eche ganas, yo mejor me quedo a hacer otra cosa, porque pus yo no, yo no era sinceramente muy bueno para la escuela, este [...] y pues él sí quiso seguir estudiando, pero ya no pudo (Pedro, 25 años, entrevista 7).

El relato de Pedro, contrasta con el discurso meritocrático que afirma constantemente que *si se quiere, se puede*, de manera que el alumno que fracasa aparece como el responsable de su propio fracaso, como si la competencia escolar no estuviera atravesada por las desigualdades sociales (Bourdieu y Passeron, 2003 [1969]). Nuevamente, no es sólo un problema de acceso, sino de las condiciones altamente desfavorables que caracterizan dicho acceso en los sectores más desfavorecidos. En términos de Dubet (2001), se trata de una “democracia segregadora”: la educación deja de ser un bien “raro”, pero se vuelve mucho

más jerarquizada; las barreras son sustituidas por niveles, calidades y redes sociales diferenciadas, que favorecen el acaparamiento de las mejores oportunidades en los sectores privilegiados. Así, el conflicto entre un discurso social dominante que da mayor énfasis al valor de la educación como motor de movilidad social y la experiencia cotidiana de una escuela carente de significados y propuestas, conduce a una suerte de “individualización” del fracaso en los jóvenes de los sectores de menores ingresos. Sus experiencias escolares suelen asociarse con el desdén de los maestros y el escaso estímulo que reciben en sus procesos de aprendizaje, resultante de concepciones sumamente estrechas y limitadas sobre quiénes son y qué son capaces de lograr a futuro (Pereira Leao, 2006; Luttrell, 1997). Se va construyendo así una suerte de autoculpabilización frente al abandono escolar que se atribuye a “no ser buen estudiante”, “ser flojo”, “burro” o “echar relajo”.<sup>12</sup>

La secundaria pues este [...] pues salió, o la saqué con el ánimo de taparle la boca al profesor. Sí, son ese tipo de profesores que tienen ese tipo de psicología [...] psicología inversa. Ése era el que nos decía: “es que ustedes no van a hacer nada; ustedes con trabajo van a tener la secundaria [...] Miren de dónde viven”. Yo siento que nos humillaba [...] no se privó de decirnos “ustedes no van a poder”, van a ser esto [...] “simples albañiles”, y todo eso [...] ya después de la secundaria, [...] pues realmente no tenía muy muy claro qué es lo que quería estudiar [...] Ya, en el último, tercer año, fue cuando se me ocurrió cambiarme de bando, o sea, volverme de los chicos malos. Entonces, este [...] pues ya fue todo un desorden [...] no sé si eso fue [...] que haya influido mucho en mi conducta al terminar la secundaria, este [...] mi padre se va a Estados Unidos, yo creo que tenía como 14

<sup>12</sup> Si bien existe una creencia compartida en la importancia de la escuela, las expectativas depositadas en ella por parte de quienes pertenecen a sectores desfavorecidos y privilegiados, son contrastantes y reveladoras de la profunda inequidad de la distribución de sus beneficios. En Gran Bretaña, Horgan (2007) observa que entre los niños provenientes de hogares acomodados, la educación es visualizada como un modo de *garantizar un buen nivel de vida* a futuro, mientras que para los más pobres representa una manera de *evitar problemas* a futuro. Los más desfavorecidos tienden a sentir una falta de control y menor involucramiento en su proceso de aprendizaje; es decir, se sienten impotentes como estudiantes, lo que afecta sus resultados (*ibid.*).

años. [...] con trabajo terminé la secundaria, me metí al Conalep y yo siento que eso [...] fue un compromiso con mi padre, fue lo que me ayudó mucho a [...] a sacar, a sacar el Conalep [...] En el Cona yo estudié lo que es técnico en mantenimiento de computadoras, entonces [...] una carrera [...] una ingeniería en computación era lo que yo buscaba en la UAM, pero pues este [...] ya hice mi examen. [...] fue una decepción no quedarme. Yo en el Cona no fui un gran estudiante. Yo siento que fui un estudiante regular. Bueno, entonces eso [...] pues [...] ser un estudiante regular no es lo que piden en una universidad [...] (Carlos, 24 años, entrevista 30).

Entré a estudiar a un Cetus que está en Plaza Neza. Y ya de ahí fueron [...] tres años, iba en la tarde [...] Sí me gustó, pero [...] pues no fue lo que yo esperaba, a fin de cuentas, porque éramos tantos que no, no había [...] no había tiempo para que te explicaran... [...] Eran grupos grandes. Había grupos hasta de cincuenta, ¡imagínate! [...] para la especialidad que nosotros teníamos (analista en sistemas de cómputo), con tan pocos equipos, tanta gente, y todos bien latosos, y luego aparte éramos todos muy, muy, muy latosos. Entonces, pues aunque tú quisieras poner atención, si no había una máquina para ti, tú estabas de lejos tratando de aprender algo y el de atrás molestando, o veías algo chistoso, pues ya, ya se amolaba todo el día porque no pones atención, te ibas al latoso, te regañaban y no aprendías nada. [...] No terminé, me faltó el último semestre. [...] (Marta, 26 años, entrevista 31).

La escasa capacidad de la escuela para retener a los jóvenes de los sectores más desfavorecidos se expresa, entre otros aspectos, en el aburrimiento como elemento central de su experiencia escolar, especialmente en el nivel secundario, que constituye un periodo clave para la continuidad o el abandono de la escuela. En su trabajo sobre las transiciones de jóvenes de sectores populares en el oriente de la ciudad de México, Saraví (2009) destaca que la dimensión simbólica del aburrimiento contribuye a explicar la pérdida de centralidad de la escuela en sus experiencias de vida, y expresa una percepción del sin sentido de la educación para estos jóvenes. En este mismo sentido, la Encuesta Nacional de Familia y Vulnerabilidad (Enfavu) realizada en México

en 2006, muestra que el desinterés en los estudios y el desempeño deficiente son la segunda causa más importante de abandono escolar entre los jóvenes, particularmente entre los hombres, de quienes más de uno de cada cuatro deja la escuela por este motivo (Bayón y Mier y Terán, 2010).

La postergación que supone la educación entra en conflicto con la inmediatez permanente en que viven los sectores más pobres; hay una falta de confianza en lo que la educación efectivamente provee frente a la multiplicación de necesidades inmediatas. Además de las necesidades materiales que obligan a abandonar tempranamente la escuela, las oportunidades laborales en el corto plazo —aunque altamente precarias y de muy bajos ingresos— suelen ser más atractivas que la vaga promesa de un mejor trabajo en un futuro incierto (Jones, 2002). Para los jóvenes de sectores populares urbanos, en contraste con otros espacios de integración como el trabajo, la familia y la migración, la escuela supone una ruta riesgosa y poco conocida. La temprana incorporación al mercado de trabajo —particularmente en los años de la educación secundaria— suele ser socialmente aceptada y positivamente valorada. Esto se traduce en una creciente prioridad del trabajo sobre la escuela entre los propios jóvenes y en una actitud dubitativa de los padres acerca del valor y la conveniencia de una u otra alternativa (Saraví, 2009).

Estudí la primaria, la secundaria y pues entré [...] un tiempo al bachillerato, el cual no pude continuar [...]. Cuando estaba en la [...] primaria, vendía gelatinas y algodones de azúcar [...] la secundaria no la terminé [...] cuando estaba en la mañana. Porque [...] aparte de que ya me había acostumbrado a andar por otros lados, tanto por cuestiones de andar vendiendo y también de andar jugando, la escuela no me llamaba la atención. Y aparte de eso, porque yo veía una situación difícil, en cuestión económica, de comprar los materiales que necesitaba para la escuela. [...] de repente me sentía mal, como que sentía que no encajaba.

*Con la escuela, con su papá, ¿con quién se sentía mal?*

Como que con todos. De repente me sentía mal con todo, me sentía mal por la situación económica de la casa, me sentía mal porque nada más me daban lo del pasaje, para ir y regresa [...] Dejé, no terminé ni el primer año.[...] Precisamente [...] me entró la situación así como de rebeldía con todo, con la situación, y dejé de ir a la escuela [...]. Tenía 13 años [...] Hubo alguna ocasión en la que yo le reproché a mi padre no haber tenido lo suficiente para estudiar, para seguir en la escuela. Y llegó el momento en que ya no me insistió más con la escuela. Entonces, me decía que tenía que buscar un trabajo, o que quedarme en la casa a ayudar en los quehaceres [...] (Armando, 47 años, entrevista 13).

La dimensión de género emerge con particular relevancia en los relatos sobre la experiencia escolar y laboral de las mujeres, evidenciando —como se observó respecto a los estilos de parentalidad— una fuerte internalización de concepciones tradicionales y autoritarias sobre los roles de género. Ser pobre y ser mujer parece conducir a un destino de subordinación, aislamiento y reclusión en el hogar, según el cual *su lugar* es en la casa. *¿Para qué estudiar si eres mujer?, ¿para qué trabajar si eres madre?*, se constituyen en sentencias tempranas de encierro en el hogar. Las menores oportunidades educativas, la alta precariedad y el maltrato de que son objeto en sus empleos, la escasa autonomía que se expresa en los “permisos” que muchas deben solicitar a sus padres y esposos (para salir a la calle, para trabajar, etcétera), constituyen un destino de encierro del que no resulta fácil escapar.

Los permisos masculinos constituyen una forma de ejercicio del poder masculino mediante el control de la libertad de movimiento de las mujeres (García y Oliveira, 2006). Como señalan estas autoras, los espacios familiares más restrictivos para las mujeres son aquellos donde los niveles socioeconómicos son más bajos, por lo que, a las privaciones materiales se añade la falta de posibilidades para controlar aspectos importantes de la vida personal y familiar, o en otros términos, su condición de subordinación (*ibid.*).

Mi papá tiene [...] una postura así, más machista, ¿no? El hombre es el que va a mantener, y la mujer es a la que va a mantener. Ella tiene



que preocuparse por su casa y sus hijos. Entonces, a mi hermana le exigieron estudiar la primaria y la secundaria, ya posteriormente ella ya no quiso estudiar, y a ella ya no se le obligó como a mi hermano y a mí. Mi papá decía “bueno, tú no porque eres mujer y te van a mantener, tú lo que tienes que aprender es a hacer de comer, lavar la ropa, y cuando te cases, atender a tu marido”. Eso fue lo que [...] mi papá le enseñó y en cierto sentido también mi mamá (Jorge, 31 años, entrevista 28).

Y pus a mi hija, yo le digo a ella, que el hecho de ser mujer no quiere decir que no tenga derecho a estudiar. Al contrario, debe estudiar, porque a veces, afortunadamente o desafortunadamente, a veces nos encontramos con hombres que [...] no quieren responder, no se quieren hacer cargo de una persona, te dejan con un paquete, un embarazo no deseado, este [...] y le digo a ella: ”¿con qué vas a sacar adelante a tu hijo? De sirvienta como yo, a mí no me gustaría, no me gustaría que pases todas las humillaciones que pasa una sirvienta” (Marina, 35 años, entrevista 4).

El abandono escolar temprano, particularmente entre las mujeres, acelera sus transiciones en la esfera doméstica; así, quienes dejan la escuela alrededor de los 16 años, sin calificaciones, tienen muy limitadas y precarias oportunidades de empleo, por lo que “optan” por la ruta alternativa de la maternidad (Bynner *et al.*, 2002). En los sectores populares urbanos la unión conyugal temprana continúa gozando de una amplia aceptación social, por encima incluso de la continuidad de la escuela; la familia constituye para las mujeres pobres una vía más conocida que la permanencia en el sistema escolar.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> En México, entre las jóvenes urbanas de 15 a 19 años, una de cada cinco que no completaron 12 años de educación o que tienen un rezago educativo importante, están unidas conyugalmente y tienen al menos un hijo, porcentaje que se reduce a menos de 3% entre las jóvenes con mayores niveles educativos. Entre los jóvenes que presentan desventajas iniciales o previas (bajos niveles educativos, pertenecer a los segmentos más bajos de la estructura social y experimentar una atmósfera familiar hostil), se observa una tendencia a que las transiciones familiares y residenciales ocurran a edades tempranas (Saraví, 2009).

### Los sentidos de la escuela: expectativas, logros y frustraciones

Las narrativas son reveladoras de los significados que la escuela adquiere en las diversas experiencias biográficas. Mientras que para algunos la educación representa un importante logro personal y familiar (aunque frecuentemente desvinculado de las oportunidades laborales), para otros se constituye en una fuente de frustración o de expectativas truncadas y, en casos excepcionales, en un mecanismo efectivo de movilidad social.

Entre quienes permanecieron más tiempo en el sistema escolar, la decisión de continuar estudiando pareciera asociarse, inicialmente, a las aspiraciones para acceder a mejores empleos y mayores ingresos. Sin embargo, a medida que se avanza en las trayectorias, las oportunidades laborales (y los empleos obtenidos) tienden a desvincularse de las credenciales educativas. La educación como puerta de acceso a oportunidades de movilidad social, se debilita y cede paso a una valoración de la misma como esfuerzo y logro personal, más allá del empleo. Las trayectorias biográficas, lejos de ser lineales, constituyen experiencias complejas, atravesadas por discontinuidades y rupturas, eventos no previstos y necesidades inmediatas que dificultan seriamente la posibilidad de alcanzar objetivos de más largo alcance, como seguir estudiando.

Santiago tiene 33 años, es originario de Veracruz, casado y padre de tres hijos. A los 20 años, luego de terminar la “prepa”,<sup>14</sup> comienza a estudiar Biología, viviendo primero con una tía en Nezahualcóyotl y luego con su hermana en un cuarto rentado. Trabajó en diversos empleos informales —descargando contenedores de ropa, vendiendo en un tianguis, como operario en un taller familiar de grapas y en una fábrica de plásticos, entre otros— para sostener sus estudios. A los 22 años abandonó temporalmente la universidad luego del nacimiento de su primera hija: “ya no me alcanzaba, tenía que comprarle pañales, todo lo que necesita un bebé, ¿no?” Migró en dos oportunidades

<sup>14</sup> “Prepa” se refiere a la educación preparatoria en México, que es el equivalente a 12 años de educación.

como indocumentado a Estados Unidos donde, como tantos otros mexicanos, trabajó en la construcción. A los 31 años, tras regresar *del otro lado*, decidió utilizar sus ahorros para terminar sus estudios de Biología. Al momento de la entrevista había finalizado su carrera universitaria, era el único perceptor de su hogar y seguía trabajando en la construcción.

Yo siempre quise estudiar Biología, ¿no? Porque cuando veía la tele, veía los documentales y eso, siempre me llamó la atención, o sea me llamó mucho la atención eso, ¿no? [...] ahorita como ya terminé la escuela, yo quisiera encontrar algún trabajo en alguna secundaria o dar clases, ¿no? Porque ya me cansé de estar en la construcción, además de que ya, ya terminé la escuela, me costó también, me costó bastante trabajo terminarla [...] Me dediqué al puro estudio con los ahorros, sí, me gasté todo, pero vale la pena, porque cierras un ciclo, además de que, a mí, yo te digo que ése era mi sueño, ser biólogo y [...] algún día ojalá tenga algún trabajo de eso, ¿no? Sí, ese era mi sueño, y terminé la carrera [...] Te digo, las cosas materiales, sí es bonito, tenerlas, pero es más bonito estudiar, seguir adelante de esa manera (Santiago, 33 años, entrevista 11).

Si bien quienes pertenecen a los sectores más desfavorecidos tienen mayores posibilidades de dejarse quebrar por la fuerza del destino social, pueden también en algunos casos encontrar, en el exceso de su desventaja, el estímulo para superarla (Bourdieu y Passeron, 2003 [1969]). Luis es maestro, tiene 41 años, y hace más de 30 vive en Chimalhuacán. Proviene de una familia de once hermanos, su papá era albañil y su mamá trabajaba en el servicio doméstico. Su padre era alcohólico y se separó de su madre cuando él tenía 13 años. Seis de sus hermanos siguieron estudiando y los otros cuatro migraron a Estados Unidos. Comenzó a trabajar a los nueve años en una tienda de abarrotes a cambio de la comida y, mientras estudiaba, trabajó en la construcción, como ayudante de cocina y en un almacén de servicios generales. A los 25 años, luego de finalizar su carrera, se casó con una maestra con la que tuvo tres hijos. Desde hace 18 años ambos trabajan en una escuela de Chimalhuacán. La trayectoria biográfica de Luis

representa un caso excepcional —al menos entre los entrevistados— puesto que muestra una experiencia “real” de movilidad social a través de la educación y un alto grado de satisfacción con su vida. Lejos de constituir una experiencia generalizada, el relato de Luis evidencia que la educación no es sólo una fuente de frustración para los sectores desfavorecidos, sino que puede también serlo de autoestima, orgullo y prestigio.

El hecho de haber podido ser profesionista, me da la pauta para pasar [...] clase baja a ser clase media. [...] me alcanza para comer, me alcanza para vestir, me alcanza para [...] para tener una vida más o menos [...] Nos da la posibilidad de vestir a nuestros hijos. En mi familia, yo de niño, nunca tuvimos un auto. Ahora ya es fácil tener un auto [...] tengo un auto. Tengo una casa propia. [...] Pues [...] de antemano mi proyecto de vida [...] está cubierto al menos en un 90%, o sea [...] me realicé como [...] pues como profesionista, como profesionista estoy realizado. En la vida familiar pues también con mis hijos no siento que yo haya fracasado, pues mis hijos van en buen camino [...]. (Luis, 41 años, entrevista 23).

En contraste, para Armando y Marta la educación constituye una oportunidad truncada, un deseo o aspiración que no se ha realizado por constreñimientos tanto sociales como personales. En los sectores con mayores desventajas, las limitaciones para el acceso a y realización de oportunidades no sólo son mayores, sino que son menores las rutas disponibles para escapar de dichos constreñimientos. Las oportunidades truncadas exacerbaban las desigualdades sociales y se relacionan no sólo con limitaciones estructurales, sino con dimensiones subjetivas que nos hablan de esperanzas, temores y aspiraciones (Creegan, 2008).

Armando, de 47 años, proviene de una familia de nueve hermanos, es afilador y vive con su esposa y sus tres hijos. Sus padres, de origen campesino, migraron en la década de 1960 a la ciudad de México y vivieron en Ciudad Nezahualcóyotl durante casi 25 años. Como él, su padre era afilador, su madre trabajaba en un taller de costura que hacía

ropa para vender en los tianguis y en servicio doméstico; ninguno de sus padres pudo terminar la escuela primaria. En su relato, el malestar y la insatisfacción por no poder seguir estudiando atraviesan las diversas etapas de su trayectoria biográfica. A las múltiples desventajas acumuladas durante el curso de vida, se suma la extrema vulnerabilidad frente a eventos “fortuitos” como un accidente (en este caso, ser atropellado por un camión en la adolescencia). Como consecuencia del accidente (y de la mala calidad de los servicios de salud a los que tienen acceso los pobres), tuvo que someterse a numerosas, sucesivas y poco exitosas cirugías en una pierna que le impidieron asistir de manera regular a la escuela, por lo que debió abandonar sus estudios y, con ello, su proyecto de estudiar computación. La carencia de recursos y la acumulación de desventajas se potencian ante una estructura de oportunidades (laborales, educativas y de servicios de salud, entre otras), fuertemente restringida.

En ese tiempo llegaban al salón de clases a invitarnos a entrar a la carrera de computación [...] Y yo pensé que sí iba a entrar ahí, pero en ese cuarto semestre reprobé una materia también, entonces quise [...] meterme a hacer los extraordinarios, y no pude pasarlos [...] Pues sí, sí me sentí mal, por tener que dejar la escuela, porque sí, sí me hubiera gustado [...] a veces como que siento una frustración, pero [...] de repente me siento así como contrariado, porque a estas alturas, a pesar de que está la computadora [en casa] desde hace un tiempo [...] yo no sé ni prenderla, ni apagarla. Yo siento que no me he querido meter a eso. Y a veces me pongo a pensar que es por eso, por sentir la frustración de no haber podido, en el tiempo que yo quise. Entonces ahora yo siento [...] ya no quiero saber nada de la tecnología [...] Y sí, sí me dolió mucho el no haber podido [...] (Armando, 47 años, entrevista 13).

Marta es soltera, tiene 26 años y proviene de un hogar de siete hermanos. Sus expectativas educativas y laborales fueron bloqueadas por las necesidades económicas de su hogar y la enfermedad de su madre, quien sufrió una embolia cerebral cuando ella tenía 19 años y debió hacerse cargo de su cuidado. Su experiencia representa un caso para-

digmático de “familiarización” de los riesgos sociales, que afecta de manera muy desigual a hombres y mujeres. Las múltiples responsabilidades, tanto económicas como familiares, que Marta debió asumir en su hogar, truncaron sus expectativas de estudiar en la universidad.

Yo quería entrar a la universidad, pero resulta que había una situación difícil en casa y no había los recursos económicos para hacerlo de inmediato, entonces, a mí se me hizo fácil, dije: pues me meto a trabajar, junto un dinerito y me meto a la universidad. Hago mi examen, me dan mis resultados y [...] pues ¿qué crees? Que no. Que empecé a trabajar, y cada vez iba necesitando más cosas y pues también empecé a aportar un poco de gasto [...] Para ese tiempo [...] antes de que yo saliera de la escuela, uno de mis hermanos se casó [...] Y entonces, ya no había ese gasto y ya los que llevaban el peso eran mi papá y mis hermanos. Entonces, este [...] pues yo empecé a trabajar y empecé a contar también. Pero, a los pocos meses, se casa mi otro hermano también y yo así como que [...] ¿ahora qué va a ser de mí? [...] Y [...] entonces, pues no ¿qué crees? “Que este año tampoco vas a poder entrar a la escuela”. Después de eso, se enferma mi mamá y ya fue así como que, no [...] pues ahora menos. Y era pues dejar el trabajo [...]. (Marta, 26 años, entrevista 31).

La internalización de modelos familiares tradicionales y la ausencia de servicios públicos de apoyo, hacen que la responsabilidad del cuidado de un familiar enfermo en el hogar recaiga sobre las mujeres, en general las esposas o hijas jóvenes y solteras, algunas de las cuales, como Marta, se ven obligadas a abandonar sus carreras educativas y/o laborales para convertirse en cuidadoras de tiempo completo. Entre los principales impactos negativos asociados al rol de cuidador, en cualquier etapa del curso de vida, son las limitadas oportunidades para realizar actividades sociales y de esparcimiento y el estrechamiento de horizontes y aspiraciones (Creegan, 2008). La estructura familiar, la severidad y naturaleza de la enfermedad de alguno de los padres, y la disponibilidad de alternativas de apoyo, determina el nivel y tipo de soporte que las hijas deben proveer (Jones, 2002). En los sectores más desfavorecidos la postergación de la transición familiar

en las mujeres no necesariamente conduce a desarrollar modos de vida más individualizados; por el contrario, para las hijas solteras las presiones familiares se potencian y las concepciones tradicionales se consolidan.

Entonces pues ahí lo único que pasó era que yo ya no estaba en la escuela, mi hermana estaba por terminar la prepa y pues la chiquita estaba en la primaria. [...] cuando [en mi casa] preguntaron cómo le íbamos a hacer [con mi mamá], cómo nos íbamos a organizar, todos voltearon a verme a mí. Y ya, no me dijeron nada, nada más me dijeron: “¿cómo ves?, ¿tú cómo puedes ayudarnos?, ¿qué puedes hacer?” Y pues ya no les dije nada, solamente agarré el teléfono, llamé a mi trabajo y les dije que ya no iba a ir, que muchas gracias. [...] Entonces yo dejé el trabajo para estar con mi mamá y de ahí fueron como tres años. Tres años de todos los días hospital, todos los días terapia física, todos los días cocinar, todos los días ir a la escuela por mi hermanita, o sea ya [...] fue difícil porque pues, pues era estar todo el tiempo con ella. Y otra vez pasó otro año y yo así de que [...] ¡es que no es posible!, ¡no es posible que este año tampoco! [...] como que, pues ya hubo un tiempo que yo decía: “es que ya no voy a poder entrar a estudiar”. Y eso sí me ponía como que triste y aparte me desesperaba porque yo decía: “no, ¡pues si yo hago tantas cosas!”, y vas pasando por diferentes trabajos y haces diferentes actividades y vas aprendiendo y te das cuenta de tus capacidades, que no es posible que no pueda seguir estudiando ¿no? (*ibid.*)

Los relatos son una clara expresión de la ambivalencia entre un discurso hegemónico que sigue presentando a la escuela como el canal de mejoramiento y movilidad social por excelencia, y la “realidad” de las (limitadas, deficientes y poco atractivas) oportunidades escolares disponibles para los sectores más desfavorecidos. Aunque la *historia vivida* evidencia una escuela que dista de constituirse en una fuente real de mejoramiento y de interpelación durante la adolescencia, en la *historia contada* por los entrevistados, la educación sigue visualizándose —sobre todo para sus propios hijos— como una posible puerta de entrada a los “buenos” empleos a los que nunca pudieron acceder.

La educación desempeña un papel clave a la hora de realizar un balance de la propia experiencia biográfica y las expectativas futuras. Si bien, por un lado, la escuela —en los relatos de los entrevistados—, emerge con frecuencia como la principal fuente de malestar y frustración en sus vidas, por el otro, es donde se depositan las mayores expectativas de mejoramiento futuro en relación con sus hijos. Las aspiraciones en relación con los hijos revelan las tensiones entre expectativas y oportunidades, entre el futuro deseado y el futuro posible; ante este último, la educación tiende a diluirse como fuente “real” de mejoramiento.

Yo, mira, como te digo, realmente no tuvimos la posibilidad de poder estudiar, porque mi mamá, pues dijo: no pueden estudiar todos. Yo quisiera que mi hija, obviamente, no estuviera igual que yo, que ella estudiara, y yo pudiera darle [...] lo que más pudiera y apoyarla, que es difícil [...] qué más quisiera que no cometiera los mismos errores que uno comete, porque fíjate [...] ¿cuál sería su vida? Cuidar hijos. Pues yo realmente le digo que ojalá yo pueda apoyarla hasta donde ella quiera estudiar. Apoyarla hasta donde más se pueda. [...] se dice que nunca se debe uno de arrepentir de las cosas, pero sí pudiéramos volver al pasado, yo creo que hubiera luchado por tener un poco más de estudios, o haber hecho alguna carrera de lo que hubiera querido, o algún oficio, más que nada un oficio, para no estar con esas personas que te quieren pagar un [...] una miseria y te quieren tener como un esclavo o como lo que quieran, ¿no? (Julia, 26 años, entrevista 20).

Yo creo que la educación es la que nos abre el panorama, ¿no? Y las opciones para elegir nosotros; no que el trabajo nos elija a nosotros, sino nosotros elegir. Y eso me gustaría que hicieran mis hijos, que tengan [...] la oportunidad de brindarle a su familia una mejor vida. Yo ¿cómo los veo? este [...] pues yo creo que [...] yo creo que no se les da mucho, por lo menos al grande le va a ser difícil, le va a ser difícil. Siento como que él va a preferir trabajar, él va a preferir este [...] él va a preferir lo más fácil, lo más fácil, porque él es muy práctico, él es muy rápido, él es así como muy acelerado, y no tiene paciencia, es muy impaciente, y creo que a él se le van a dar así las



cosas [...] Me gustaría verlos con una profesión, pero los veo con un trabajo rápido y práctico. Tal vez, como el de su papá (Marcela, 37 años, entrevista 26).

### **El trabajo: la dignidad que nunca llega**

Las trayectorias laborales muestran carreras signadas por una persistente precariedad, donde los trabajos desempeñados distan de representar una actividad enriquecedora y potencialmente integradora. En este contexto, no sorprende el predominio de una visión instrumental del trabajo, limitado a la generación de ingresos, frecuente entre los trabajadores de bajos niveles educativos y ocupados en empleos de baja calificación, precarios y con escasas oportunidades de mejoramiento (Charles y James, 2003).

Como evidencian las experiencias analizadas, el mercado de trabajo no permite escapar de la pobreza a los trabajadores menos calificados, sino más bien reproducirla, sobre todo en un contexto en el que la recuperación salarial y la calidad del empleo han desaparecido de la agenda política desde hace de más de tres décadas. Para los trabajadores pobres el trabajo no se asocia con una “vida digna”, lo que revela su escaso potencial para garantizar bienestar y participación como miembros plenos de una comunidad (Bayón, 2009). Es decir, los pobres no lo son porque “no trabajan”, sino precisamente porque lo hacen en condiciones muy precarias y a cambio de salarios muy bajos. Frases como “buscando la manera”, “haciéndole la lucha” o “poniéndose abusado” son reveladoras de una actitud de “entrarle a todo” de los pobres urbanos, para quienes el trabajo no constituye un fin en sí mismo, sino un medio de sobrevivencia para poder proveer a la familia con los recursos necesarios para subsistir decentemente (Selby *et al.*, 1990).

Mi marido es una persona muy emprendedora; hace muchas cositas. Vende en el tianguis los días de él de descanso, que son lunes y martes [...] Vende zapato usado, vende bicicletas, las arregla, las pinta, las deja bonitas, y las vende; este [...] hace alguna otra [...] como

comúnmente se dice ¿no?, algún *bisnesito*, “que fijate que te vendo esto”, “ah, bueno, órale pues, cuánto quieres”, “no, pues tanto”. Y él va y lo vende en otro lado, o ¿sabes qué?, “me compré esta playera”, este, va, “y oye, me gusta tu playera”, “te la vendo” [...] Entonces, si no es por un lado, es por otro que tenemos alguna entrada (Marcela, 37 años, entrevista 26).

Los domingos vendo las gelatinas, ahí junto a la de los tamales, mi cuñada, [...] a mí siempre me ha gustado vender algo. [...] O también [...], tengo ropa, que te digo que a mi esposo le daban pacas para vender, siguió vendiendo, entonces tenemos ropa en bolsas. Y también me voy a vender a los tianguis esa ropa, aunque sea de cinco pesos, pero ya sale (Lupita, 41 años, entrevista 5).

Yo solita me autoempleo, porque este [...] vendo sábanas, o sea, le digo que no me gusta estar sin dinero, entonces, siempre ando buscando, con las mismas maestras donde van mis hijos, o así la gente que conozco me compra mis sábanas [...] tengo un cuñado y un tío que se dedican a la maquila, entonces, este [...] yo compro mi tela, y este [...] se las doy a ellos a que la cosan [...] ni dependo de patrones, [...] ni de nadie, ni de otra persona, nomás yo sola sé a la hora que se me antoja salir a vender (Marina, 35 años, entrevista 4).

La informalidad que impregna las diversas actividades que se desarrollan cotidianamente y las redes locales más próximas —principales fuentes de empleo y de información sobre empleos disponibles—, desdibujan las fronteras entre el empleo y el desempleo. La redundancia y homogeneidad de las redes, formadas en general por familiares, amigos y vecinos, capaces de proveer empleos eventuales de manera casi permanente, si bien “amortiguan” y “protegen” ante la falta de “buenos” trabajos, conducen a un entrampamiento, a una circulación permanente por empleos precarios.

Andrés tiene 22 años, un hijo de dos años y espera el segundo. Ni él ni su esposa, de 21 años, terminaron la escuela secundaria. Viven con sus padres, tres de sus hermanos y sus respectivas familias (alrededor de 14 personas). Comenzó a trabajar a los 12 años y su

trayectoria —que es la de muchos trabajadores pobres urbanos— se asemeja a lo observado por Bourdieu (1979 [1972]) en su estudio sobre Argelia, donde la vida cotidiana se divide entre la búsqueda y la improvisación del trabajo, marcada por un fuerte sello de precariedad, sin horarios regulares ni lugar fijo de trabajo; en suma, por una fuerte discontinuidad en el espacio y en el tiempo.

Mira, primero empecé a trabajar [...] aquí [...] de albañil [...] un año, dos años, este [...] ya de ahí ya no había trabajo, y ya me fui a trabajar allá con mi cuñado, te digo, de pollero, en los tianguis, vendiendo pollo. Ahí duré tres años [...] ya después me salí, y duré dos años acá, trabajábamos perfumes, ahí duré dos años [...] Los llenábamos, teníamos máquinas así [...] y en los perfumes, y ahora sí que los limpiábamos bien, los poníamos en su cajita, y... se iban a este... se iban a entregar así afueras [...] Y ya después, y te digo que así, la *roleaba* de carpintero, o luego que había una chambita de que “vamos a poner unas luces”, de electricidad. [...] Ahorita ya tengo [...] como 15 días, 20 días que no, que no trabajo. Pero pues le ayudo ahí a mi jefa en la [...] veterinaria [...], tiene una forrajería [...] O también le ayudo a mi carnal [...] mi carnal se dedica a los [...] gallos.

*Cuando te quedas sin trabajo, ¿cómo le haces?*

No, pus sí [...] tú sabes uno tiene que [...] cuando chambeas tienes que tener tu guardadito, porque cuando uno se queda sin chamba [...] Pero de todos modos, porque [...] pues ahí, como te digo, que le ayudo a veces a mi papá, así, ya me da que los 100, los 200 pesos [...] y ya también lo que me da mi hermano, y así. Aunque luego ya vienen amigos que [...] “no, pues vamos a chambear un día, vamos a pintar”, así. Pues ya son 200 pesos, ya es algo. Te digo que así sale, a lo que buscas, o sea a lo que llega un trabajo bien, ¿no? [...] Y sí, te digo que ahorita me la estoy pachangueando así (Andrés, 22 años, entrevista 29).

Las trayectorias de los mayores de 40 años tienden a caracterizarse por un ingreso temprano al mercado de trabajo (entre los 12 y 15 años), en empleos usualmente vinculados a actividades rurales o al

comercio informal en sus comunidades de origen. Luego de migrar a la ciudad de México, sus carreras laborales transcurren en empleos sumamente precarios y mal pagados como obreros en empresas de materiales de construcción y tenerías, afiladores, albañiles, etcétera. Sus trayectorias son bastante lineales y poco interrumpidas por periodos de desempleo, experiencia que está prácticamente ausente en sus relatos. La permanencia en un mismo lugar de trabajo —en algunos casos más de 20 años— o el ejercicio de un mismo oficio durante la mayor parte de la trayectoria, lejos de asociarse a una carrera ascendente y a mejores condiciones laborales y salariales, evidencian situaciones de precariedad crónica. Los ingresos de los asalariados “formales” son, en general, menores que los que perciben los trabajadores por cuenta propia (menos de tres salarios mínimos en los primeros y entre tres y cinco en los segundos).<sup>15</sup>

Pus, [en mi trabajo] ventajas se puede decir que [...] pus no hay ninguna, por decir, que nos aumenten más el sueldo [...] o sea tenemos un sueldo base, y estable, y pus no hay un movimiento que, digamos, tú aprendas otro oficio más, para [...] subir de categoría o de sueldo, eso pues no hay más, o sea [...] de lleno es una empresa donde se procesa el cartón, y se acaba y no hay pa' más ahí (Javier, 52 años, entrevista 10).

Las trayectorias de los jóvenes son más inestables que las de los adultos, con frecuente rotación por una amplia variedad de empleos informales —choferes de autobuses y bicitaxis, albañiles, electricistas, actividades de limpieza, repartidores, vendedores en tianguis, etcétera— en busca de mejores salarios, acompañada, en muchos casos, de la migración al *otro lado*.<sup>16</sup> El ingreso al mercado de trabajo es usualmente acompañado por el abandono escolar, definitivo o temporario. El inicio de la carrera laboral, si bien suele producirse en un contexto de privaciones económicas, está fuertemente influido por el desinterés

<sup>15</sup> El salario mínimo oscila entre 105 y 110 dólares mensuales.

<sup>16</sup> *El otro lado* es una expresión frecuentemente usada para hacer referencia a Estados Unidos, el otro lado de la frontera. La experiencia migratoria es analizada en la siguiente sección.

en la escuela antes señalado. Una vez que se ingresa al mercado de trabajo, la “opción” de permanecer en la escuela se debilita, pierde peso. La valoración del trabajo como medio para acceder a la esfera del consumo, contribuye a entender el entusiasmo y las altas expectativas que caracterizan el ingreso temprano al empleo entre los jóvenes de los sectores populares. Sin embargo, este entusiasmo inicial va cediendo al desencanto cuando se comprueba lo que parece un futuro inevitable: una carrera laboral truncada y estancada en la precariedad (Saraví, 2009). La percepción de las precarias condiciones de trabajo y los bajos salarios va acompañada por escasas expectativas de obtener otros mejores y más acordes con la propia formación, lo que difícilmente contribuye a promover anclajes sociales que permitan trascender la valoración instrumental del trabajo antes mencionada.

Algo que no me gusta a mí hasta ahorita, y yo lo siento que de muchos trabajos me he salido por eso [...] lo que no me gusta es la explotación. O sea [...] Ok yo, de mis ganas, trabajo [...] trabajo así [...] me quedo, y tarde, y todo eso, pero cuando tú como jefe, lo ves que siempre es así, ya es una explotación así de que [...] trabaja, échale, trabajas y te pago igual, ¿no? Entonces este [...] es lo que no me gusta a mí de ningún trabajo. De que pues se aprovechen [...] del trabajador, en este caso, pues de mí. [...] cuando joven, recién egresado de la carrera, este [...] cuando mi mamá me veía ahí desempleado me decía: “pues vete a trabajar aunque sea de albañil, para que no [...] para que sepas hacer algo”. Yo le decía: “no tengo necesidad, no tengo necesidad. Yo voy a trabajar de lo que estudié, técnico en computación, para eso estudié”. Y ahora, pues yo se lo digo a mi mamá, no, pues ahora sí tengo necesidad, por eso [...] aunque sea de albañil tengo que trabajar para ayudar a mi hija y a mi esposa (Carlos, 24 años, entrevista 30).

Las narrativas de las entrevistadas en torno al trabajo son fuertemente reveladoras del aislamiento, la subordinación y la alta vulnerabilidad que sufren las mujeres que residen en estas periferias urbanas de pobreza concentrada. Muy pocas trabajan fuera del hogar, y las que lo hacen, suelen trabajar en Chimalhuacán o en las localidades cercanas del oriente, con salarios más bajos y menores oportunidades laborales que

en las áreas más céntricas de la ciudad. Sus trayectorias laborales tienden a ser intermitentes e inestables, con un ingreso temprano al mercado de trabajo (entre los 12 y los 16 años), con frecuencia luego de abandonar la escuela, usualmente como empleadas domésticas o en el comercio informal con algún familiar. Los sucesivos cambios de empleo suponen el tránsito por trabajos temporarios e informales similares (comercio, lavado de ropa, limpieza, o maquilas domiciliarias). Ante el nacimiento del primer hijo —casi simultáneo a la primera unión y en general antes de los 20 años— suelen abandonar el mercado de trabajo y difícilmente se reincorporan de manera permanente; como señala Marina, los maridos *ya no las dejan trabajar*.

Yo, ¡híjole!, yo mi ideal, si por mí fuera, yo me buscaría un empleo donde yo tuviera un sueldo base, donde yo dijera hoy me fui a trabajar, y el viernes segurito que me van a pagar [...] pus para mí eso sería lo ideal [...] porque, este [...] creo que es el sueño de toda mujer, que nos dejen ir a trabajar [...] (Marina, 35 años, entrevista 4).

El deseo y la necesidad de trabajar se expresan a la par del temor a “descuidar” a sus hijos en un contexto que es percibido como hostil y lleno de peligros (delincuencia, drogas, violaciones, embarazo adolescente, etcétera). El trabajo fuera del hogar suele ser entendido como “abandono” de los hijos, lo que reduce aún más las “alternativas” de empleo, que se restringen a tener una “tiendita”<sup>17</sup> en su casa, la venta ambulante de comida o trabajar en una maquila domiciliaria, en alguno de los numerosos talleres textiles de la zona. Familia y trabajo se constituyen así, para muchas de las mujeres pobres, en espacios incompatibles, irreconciliables.

Yo digo que lo mejor sería que trabajemos los dos, mi marido y yo, ¿verdad? Pero sería en el horario que los niños no estén en casa, para que también no los descuide [...] porque luego hay tantos amigos que los jalan, porque hay que fijarse también con los amigos que se juntan [...] o sea, yo siento que yo soy la responsable todavía de mis hijos, digo,

<sup>17</sup> Pequeño negocio de abarrotes.

si yo me voy, [...] es como si yo los abandonara, a que ellos vayan a agarrar otro camino. [...] yo tengo que andar, pues sí atrás de ellos, para que [...], no vayan a [...] La niña, ya ve que tanto peligro hay, o tanto chamaco que nada más se burla de ellas [...] y, este [...] igual los hombres, ve cuántos vicios, que la droga, que hay chamacos que “vamos a robar”, o así [...] Y entonces es lo que yo digo, o sea, yo no, no quiero eso para mis hijos. Entonces por eso no me voy a trabajar, necesitaría buscar uno, este [...] donde sea temprano cuando ellos se van [...] y salir cuando ellos ya regresan (Lupita, 41 años, entrevista 5).

Me gustaría volver a trabajar, bueno, de hecho este [...] se lo planteé a mi esposo apenas, hace poco tiempo. Este [...] porque me comentaba una persona que conozco que había oportunidades de trabajar nada más los fines de semana en los centros comerciales, como demostradora de algún producto. Este [...] entonces me pareció atractivo. Yo dije, bueno, si son nada más los fines de semana, entre semana puedo dedicarme a mi casa, tener más o menos las cosas al día, y para el fin de semana irme [...] Entonces se lo planteé a mi esposo, y le dije “¿oye cómo ves? Me comentaron de este trabajo así y así”. Pero mi esposo es una persona muy difícil, muy difícil, en ese sentido. O sea, como que discutir esos temas con él, es como hablarle a la pared. Él dice no, y es un no rotundo. Entonces, como que [...] en muchas ocasiones yo estuve ante esa disyuntiva, ¿no?, de decir, bueno, me voy o me quedo con mi familia. No se pueden tener las dos cosas; por lo menos yo no puedo tener las dos cosas. Y eso me ha quedado claro desde siempre. [...] Entonces, como que eso me ha limitado mucho. Pero sí, realmente a mí sí me gustaría, pero sé que no podría hacer las dos cosas. O sea, tengo que poner en la balanza, o qué tanto estoy dispuesta a sacrificar en este caso, si sería el tiempo de mis hijos, o si sería mi, mi [...] forma de ver las cosas, el quererme desarrollar en otro lado, el querer hacer algo por mí misma, o el estar con mi familia. [...] sé que si yo trabajara, me ocasionaría muchos problemas. Entonces, como que mejor la dejamos guardadita la opción (Marcela, 37 años, entrevista 26).

La ausencia de centros públicos de cuidado infantil de calidad —y en muchos casos de familiares cercanos a quienes recurrir para el cuidado de sus hijos—, la reducida jornada escolar de niños y jóvenes y la inexistencia de las escuelas de doble jornada, las escasas oportunidades de empleo a nivel local, junto a una marcada y extendida cultura machista que “impide” a las mujeres trabajar “fuera de la casa” sin el “permiso” de sus maridos, son desventajas que se conjugan y acumulan para que las mujeres asuman de manera relativamente resignada su “destino” en el hogar.

### **La migración: *el otro lado*, única fuente de mejoramiento (temporario)**

La migración permea la forma en que los pobres enfrentan la privación cotidiana. Cruzar al *otro lado* no sólo forma parte de la experiencia biográfica de los pobres en México, sino que constituye una de las fuentes principales (si no la única) que parece alimentar sus expectativas de mejoramiento. La mayoría tuvieron o tenían, al momento de la entrevista, familiares directos (esposos, padres, hermanos, abuelos) que habían migrado a Estados Unidos, y varios de ellos, sobre todo los hombres, habían cruzado una o más veces. En todos los casos disponían de redes sociales de familiares, amigos y vecinos, tanto para contactar al “pollero” como para obtener empleo y un lugar dónde vivir a su llegada.

Ante la limitada y precaria estructura de oportunidades laborales a nivel local, y los magros salarios que reciben quienes se ubican en la escala más baja de la estructura ocupacional, la migración emerge como el principal canal de acceso a mejores condiciones de vida, al menos de manera temporal. Por paradójico que pueda parecer, a pesar de los peligros que supone cruzar la frontera, la migración a Estados Unidos emerge en las narrativas como la vía “más segura” de mejoramiento, ya que *ni modo, no hay de otra*.

Julia tiene 26 años y vive con sus tres hijos (8, 6 y 2 años), su madre, su cuñada y sus tres sobrinos; estos últimos reciben dinero que



les envía su hermano desde Estados Unidos. Comenzó a trabajar a los 14 años como vendedora en mercados y tianguis, y luego transitó temporalmente por diversos empleos (maquilas de vestido, servicio doméstico, mesera y empresas de vigilancia, entre otros) siempre *buscando donde poder ganar un poquito mejor*. Al terminar la escuela secundaria quedó embarazada de su primer hijo y abandonó los estudios. Luego de separarse de su primera pareja, a los 24 años cruzó como indocumentada a Phoenix, Arizona, donde vivió durante un año y medio trabajando como camarera de un hotel y luego como ayudante de cocina en un restaurant. Con una nueva pareja y embarazada de su tercer hijo, decidió regresar ante el temor de ser deportada y separada de su bebé, o no volver a ver a sus hijas en México, en caso de permanecer sin papeles. Al regresar instaló una tiendita en la casa de su mamá, la que atendía al momento de la entrevista. Las experiencias migratorias, como lo muestra el relato de Julia, lejos de ser lineales, son complejas y contradictorias, atravesadas por tensiones irresueltas en torno a los imaginarios que se construyen sobre la vida en Estados Unidos (Zavella, 2011)

Me fui a Estados Unidos porque, pues tú sabes [...] O sea a mí me dijeron: vente para acá y [...] todo va a ser mejor, todo va a salir bien [...] no vas a tener que matarte tanto tiempo en trabajar y [...] te va a ir bien. [...] Yo tenía juntado [...] o sea tenía planes de irme, y junté ese dinero, y llegué allá [...] a mí nada más me cobraron 6 000 pesos por pasarme, me cobraron muy poquito, porque pasamos como cinco días caminando, nos íbamos por el desierto, por el pleno desierto [...] Me daba miedo [...] porque desde aquí que me fui, pues me fui yo solita a la terminal, y de ahí ya me fui hasta Sonora, a un lugar que se llama Sonoita [...] me daba mucho miedo, pero ya estaba más que metida, y dije: ¡ni modo que me regrese! ¡Ya ni tenía el pasaje para regresar! [...] [Donde trabajaba] era un restaurant grande, muy grande, repartía mucha comida en las fiestas, nada más que también trabajábamos como de las ocho de la mañana hasta las dos, tres de la madrugada [...] o sea no es como aquí que trabajas todo el día y te pagan bien poquito, y allá el primer cheque que cobré fue de 15 000 pesos de aquí ¡en una quin-

cena! ¡Por eso me encantaba! [...] Yo me imaginé que Estados Unidos era [...] A mí me decían que Estados Unidos estaba bonito, pero yo realmente la parte que yo conocí de Phoenix era como aquí [...] ellos de verdad vivían así como aquí, que la calle tiene mucha basura, ellos también viven así con mucha basura, este [...] nada más que todo lo que tienen lo echan a la calle. Pero viven con mucha basura, con mucha tierra, no tienen tampoco pavimento. Ese es el lugar que yo conocí (entrevista 20).

Las dificultades para cruzar, el hacinamiento en el que suelen vivir durante su estancia, la extenuantes horas de trabajo, el trato discriminatorio que reciben en sus empleos, hacen que la experiencia migratoria sea, en general, relatada con angustia, aunque con cierta resignación ante el bloqueo de las oportunidades de mejoramiento para los más desfavorecidos en México, *donde no mejoras, aunque le echas muchas ganas*.

Pues ya la verdad no me dan ganas de irme otra vez, eh, de que [...] o sea, yo quiero también ver a mis hijas crecer [...] allá como que vives [...] no eres libre, además de que soportas el desprecio de las personas, ¿no? No, ya no me gustaría ir, te digo sólo que me vea muy presionado, sí me iría, para juntar una feria, ¿no? y volver a hacer algo, ¿no? [...] yo tengo esto porque me fui a Estados Unidos a trabajar, si yo hubiera permanecido aquí en el país, pus no tendría nada, y mi papá logró todo lo que él logró hacer, su casa, lo logró trabajando aquí (Santiago, 33 años, entrevista 11).

Para muchos trabajadores pobres, del campo y de la ciudad, la migración permite construir la casa propia o, como en el caso de Julia, establecer un pequeño negocio, en general de abarrotes. Usualmente se trata de mejoramientos temporarios y puntuales. Cuando se acaban los ahorros resultantes del trabajo *del otro lado*, la situación económica vuelve a ser precaria. Así, la migración es, en muchos casos, un fenómeno recurrente; es la contracara del entrapamiento en condiciones inferiores de vida, de los pocos y pésimos empleos disponibles en México.

Mi esposo vendía refresco, él no, no conocía otro trabajo [...] se fue a Estados Unidos, y conoció ese trabajo [...] de la tabla roca [...] Hasta la fecha, lo poquito, lo que está es porque [...] de Estados Unidos, porque de aquí, no, *de aquí no hemos podido nada, ahora sí que ni una puerta se puede hacer de su trabajo.* [...] Tres veces se ha ido mi esposo. Eh, la primera vez duramos dos años, luego se fue diez meses, luego regresó y se quedó dos años, y no, no veíamos [...] bueno, nada más el puro terrenito compramos. Y de ahí ya no pudimos levantar casa, se desesperó y se volvió a ir, se fue seis meses, y en seis meses levantó la casita, sí [...] porque nosotros vivíamos en un cuartito de lámina [...] esas casas que están levantándose son porque los dueños están en Estados Unidos, aquí no, aquí es más [...] se llevaría mucho tiempo, muchos años. [...] afortunadamente él tuvo chance de salir a [...] allá a Estados Unidos y [...] es como se hizo de la casa (Silvia, 38 años, entrevista 14).

Bueno, cuando yo lo conocí [a mi marido] trabajaba en una tortería en Coyoacán, en el mero Centro de Coyoacán. Y ya de ahí tardó como [...] qué será [...] como unos seis meses, bueno, del tiempo que nos casamos, ahí tardó trabajando como unos seis meses. Este [...] se salió y [...] según que iba a poner su negocio pero como que no [...] no resultó [...] ya teníamos los dos niños, y como que ya era más difícil de andar de allá pa' acá. Y por eso fue el motivo que [...] él se fue a Estados Unidos. [...] [Mi marido] compró la casa estando allá. Lo que pasa es que la señora que nos vendió aquí, también vive allá. [...] Gracias a Dios sí nos manda dinero. Bueno, del tiempo que él se va [...] sí, o sea, nunca nos olvida. En eso le doy gracias a Dios [...] el dinero de allá pues aquí rinde. [...] Más o menos me llega a mandar como unos 2 000 pesos a la quincena (Cristina, 32 años, entrevista 27).

Las experiencias analizadas son congruentes con lo observado por Escobar (2008), quien destaca que entre los pobres rurales, la construcción de una casa es el fin más común de la migración, que normalmente se logra con una combinación de varios viajes a Estados Unidos y recursos conseguidos en México, pero es prácticamente imposible sólo con recursos mexicanos. En efecto, los avances más rápidos en la (auto)construcción de la vivienda, se producen durante

o luego de uno a varios periodos trabajando *del otro lado*, usualmente en la construcción. La casa “bien terminada” y “el segundo piso” representan un fuerte marcador de estratificación social en la colonia asociado a la migración.

Aquí dentro de la cuadra hay un nivel alto de migración [...] Son las casas que están un poco mejor, las que cuentan con uno de los familiares en Estados Unidos [...] son los que más [...] los que más se les nota el cambio [...] en su construcción, más que nada, en su vivienda, en su tipo de auto, en su forma de vestir (Francisco, 33, entrevista 16).

Más para allá abajo, yo conozco a una familia que el marido se fue a Estados Unidos y [...] pues sí mejoró su situación. Compraron un terreno, empezaron a construir una casa, bueno tenían así una casita chiquita y a raíz de que este hombre se fue, empezaron a construir muy bien. Tienen ahora una casa muy grande, pues [...] muy bien construida, o sea, sí mejoraron (Armando, 47 años, entrevista 13).

*¿La gente de aquí se va mucho a Estados Unidos?*

Eh [...] sí, yo digo que sí, eh [...] al menos, me atrevería a decir que una de cinco casas tiene un familiar en Estados Unidos, mínimo. [...] o sea, tienen un hermano, un hijo, un primo, un sobrino que está allá trabajando. Porque luego tú te das cuenta, ¿no? Porque ellos, las mismas familias hablan: “no, es que mi hijo me mandó mi dinero, y mira, ya eché mi segundo piso”; “ah, ¿sabes qué?, es que mi esposo se fue, y mira ya tenemos nuestro segundo piso”. Y es eso, es por lo mismo de que ya tienen esa idea de que van allá, y ya tienen más dinero, ¿no? [...] porque cada vez hay menos empleo aquí, y cada vez ofrecen [...] o sea suben los precios y no te alcanza lo que te pagan aquí para echar tu piso, o para echar otro piso, no alcanza (Fernando, 23 años, entrevista 22).

Entre los padres de hijos adolescentes la migración representa una “salida” frente al abandono escolar y a las escasas oportunidades de empleo. Para los jóvenes de los sectores más desfavorecidos, el cruce

como indocumentado de la frontera con Estados Unidos se constituye en una especie de rito de pasaje hacia la adultez, con el que suelen estar más familiarizados que con la continuidad de la escuela; si bien muchos de ellos no tienen amigos o familiares que hayan llegado a la universidad, casi todos cuentan con un amigo o familiar cercano que migró a los Estados Unidos (Saraví, 2009). La migración emerge en las narrativas como una posibilidad que siempre “está ahí”, acompañada de sentimientos encontrados y contradictorios, temores e incertidumbres.

*¿Aquí en la colonia hay mucha gente que se va a Estados Unidos?*

¿Pues qué crees?, que toda mi familia está en Estados Unidos, de parte de mi mamá son este [...] tres hermanos viviendo allá con todos sus hijos, sus familias [...] De repente me dan ganas, sí, sí, de irme, pero este [...] los hijos son los que detienen, porque ya ves que está bien duro, para pasar [...] y también uno necesita dinero, para pasar. [...] Anoche le estaba diciendo a mi esposo, mejor que se vaya, este Luis [su hijo de 19 años] para Estados Unidos. [...] Y le digo, ahora que venga tu tía, viene para julio, te vas a ir con tu tía. Pero mi esposo dice no, dice no, no pienses eso de mandarlo, porque pues si aquí hace lo que hace, mejor allá no (Lupita, 41 años, entrevista 5).

### ***Cuando querer no es poder: la precariedad como destino***

Las trayectorias biográficas analizadas nos permiten comprender la pobreza como un proceso en el que las desventajas se acumulan y las desigualdades se multiplican durante el curso de vida. Las frustraciones y proyectos truncados, las limitaciones de una estructura de oportunidades que de manera persistente bloquea los intentos y posibilidades de escapar de situaciones de desventajas, nos recuerdan, una vez más, la importancia del contexto.

El hogar de origen marca el inicio de trayectorias signadas por la precariedad, por destinos de privación que resultan muy difíciles de cambiar en un contexto hostil y adverso para los más desfavorecidos.

Las *historias vividas* y las *historias contadas* evidencian cómo las condiciones de vida, familiares, educativas y laborales se relacionan y retroalimentan ante una estructura de oportunidades fuertemente desigual y restrictiva, tejiendo redes de desventajas cuyos nudos resultan muy difíciles de desamarrar.

Las experiencias biográficas son narrativas de privaciones y de la lucha cotidiana por superarlas, de expectativas frustradas y (menos frecuentemente) logradas, de estigmas y exclusiones, de esfuerzos y frustraciones. Contribuyen a desmontar, con evidencias empíricas contundentes, el discurso moralizador dominante que culpabiliza a las víctimas, acusando a los pobres de ser responsables de su suerte, de no hacer lo “suficiente” para superar su situación; en suma, de *no echarle ganas*.



### CAPÍTULO 3

## **Los espacios de la pobreza. Experiencias de lugar, estructura de oportunidades y fragmentación urbana**

La pobreza tiene espacios y lugares, una geografía particular que no sólo contribuye a la privación, sino que moldea la forma de experimentarla. La concentración espacial de desventajas en ciertas áreas de la ciudad tiene una importancia clave en los procesos generadores de exclusión social, ligados tanto a la insuficiencia de ingresos, como a las formas que asume la participación social, la redistribución y los derechos de ciudadanía. La combinación de políticas de vivienda privatizadoras y políticas sociales productivistas; el marcado deterioro de la inserción de los sectores más desfavorecidos en el mercado de trabajo, y el retraimiento del Estado en la provisión de bienestar, han hecho que el “problema de los barrios pobres” vuelva a la escena política. La densificación espacial de desventajas ha ido a la par de una marcada estigmatización de ciertas áreas de la ciudad y de un discurso criminalizador de la pobreza. En este contexto, se observa una creciente coincidencia entre grupos socialmente excluidos y lugares excluidos, entre exclusión social y exclusión espacial; tanto las dinámicas del mercado como las políticas públicas son responsables de que las áreas más desfavorecidas tiendan a ser pobladas por los grupos más desfavorecidos (Forrest, 2004; Murie y Musterd, 2004; Vranken, 2009; Lupton y Power, 2004).



Las oportunidades de acceso a la educación, al empleo, a la participación política, a los servicios públicos, así como la cantidad y calidad de las redes sociales disponibles, están fuertemente ligadas a y condicionadas por la dimensión espacial, y nos conducen a explorar la interacción de los diversos procesos y recursos disponibles a nivel local.

“Barrio” es un concepto fluido y ambiguo, susceptible de diferentes definiciones de acuerdo con las dimensiones que se pretenden resaltar: da cuenta de la inscripción territorial de los sectores populares; es el espacio social y físico donde la pobreza se *vive* y experimenta cotidianamente; es, a la vez, un conjunto de relaciones, de instituciones y una unidad simbólica; los barrios pueden pensarse como lugares, percepciones, redes y culturas (Chaskin, 1997; Burton *et al.*, 1997; Merklen, 2005). Como espacio de relación e interacción social, el barrio se asocia con la noción de espacio público local, el *locus* donde tienen lugar los encuentros, interacciones y relaciones sociales locales. Por un lado, la esquina, la plaza, el parque, el quiosco o la tiendita, la puerta de la escuela o el club, representan espacios públicos donde el barrio se manifiesta. Por otro lado, el clima predominante de seguridad o inseguridad, violencia o amistad, reconocimiento mutuo o indiferencia, moldea las interacciones y relaciones que se construyen en los espacios públicos locales (Saraví, 2004).

En términos generales, el barrio puede ser entendido como contexto y como comunidad (Forrest, 2004). La comprensión del barrio como contexto resalta los efectos del área de residencia en aspectos tales como la accesibilidad y la calidad de los servicios; la infraestructura urbana; las oportunidades laborales; la vulnerabilidad a ser víctima de situaciones de violencia; la influencia de los grupos de pares y de los procesos de socialización. La estigmatización y el etiquetamiento, así como la carencia de redes sociales capaces de contribuir a superar el entrapamiento en situaciones de desventaja, son algunos de los efectos contextuales de mayor relevancia en los barrios más desfavorecidos y de pobreza concentrada (*ibid.*).

El análisis del barrio como comunidad tiende a resaltar la dimensión de la cohesión social, tanto respecto a la construcción de identidad en relación con el lugar, como a la interacción y calidad de las redes socia-

les a nivel local. Mientras que en los sectores medios y altos las redes tienden a disociarse del espacio local, haciéndose más complejas y heterogéneas, los sectores más desfavorecidos son más dependientes de las redes de que disponen en el espacio local. Los sectores privilegiados pueden “desanclar” la solidaridad de las relaciones de proximidad y edificar una ciudad de afinidad; el pobre está a menudo forzado a vivir donde puede, a diferencia del rico, que tiene con qué pagar para codearse con los suyos y mantener al pobre lejos (Merklen, 2005). Así, el vecindario tiene mayor centralidad para los grupos más desfavorecidos; en efecto, la idea del barrio como “comunidad” suele estar asociada, tanto en el ámbito académico como en el político, a los vecindarios pobres y con mayores desventajas (Forrest, 2004; Parkes *et al.*, 2002; Lupton, 2003).

La comunidad, como proponen Richardson y Mumford (2002), puede ser entendida en términos de infraestructura social, la cual incluye dos elementos básicos. El primero se refiere a los servicios e infraestructura disponibles —como vivienda, instituciones de crédito, comercios, escuelas y hospitales, actividades recreativas, centros de cuidado infantil y transporte—, cuya escasez y baja calidad tienden a ser perjudiciales tanto para los vecinos como para el lugar. El segundo elemento se refiere a la organización social, que incluye las redes de amigos y mecanismos informales de ayuda mutua, participación comunitaria y mecanismos informales de control social a través de valores y reglas compartidos, cuya ausencia o débil presencia pueden indicar una vida comunitaria débil, atravesada por el temor y la desconfianza.

Las dimensiones de contexto y comunidad del barrio, como se evidencia a continuación, ciertamente se traslapan y condicionan mutuamente en la vida cotidiana de sus residentes. Su distinción, en términos analíticos, pretende dar cuenta de los aspectos estructurales, relacionales y simbólicos del espacio como elemento clave para una comprensión integral de las formas, significados y experiencias que asume la privación en áreas periféricas de pobreza homogénea y fuerte concentración de desventajas.

### **El barrio como contexto: ensanchando las brechas, consolidando la fragmentación**

La disponibilidad y la calidad de los servicios a nivel local permiten explorar en qué medida su provisión constituye un mecanismo efectivo de redistribución a favor de los sectores más desfavorecidos, o si, por el contrario, consolida (y/o profundiza) un patrón de desigualdad y fragmentación urbana en el acceso a la estructura de oportunidades (Bramley y Ford, 2000); en otros términos, nos habla del tipo de integración que caracteriza a los residentes de áreas de concentración de pobreza. En estas áreas de relegación, los derechos de la ciudadanía desaparecen frente a una desigualdad naturalizada y una precariedad normalizada; no hay conciencia de derechos ni presencia del Estado capaz de garantizarlos.

Las percepciones y niveles de (in)satisfacción respecto a los servicios se relacionan, entre otros aspectos, con las expectativas sobre la provisión de los mismos, las cuales responden a y son moldeadas, entre otros factores, por las experiencias y representaciones de la “ciudad”. Las trayectorias residenciales de los entrevistados se han desarrollado, en general, en el oriente de la ciudad, donde la infraestructura urbana y los servicios disponibles son más precarios (en términos de disponibilidad, accesibilidad y calidad) que en las áreas centrales y residenciales donde habitan los sectores de mayores ingresos. *Vivir en las orillas* supone ausencia de opciones, carencias y una periferia lejana, distante de *la ciudad*. Es la “ciudad sin cualidades”, la sociedad informalizada de las periferias pobres, cada vez más alejadas, que Hiernaux (1999) opone a la “ciudad de calidad” de los sectores privilegiados (con condiciones de vida equivalentes o superiores a las de los países desarrollados).

Esta es una de las colonias más carentes, de más [...] más carentes de todo, de todo. O sea en general de [...] no tiene las mismas oportunidades la gente, los mismos servicios, o el acceso a algunas situaciones que en otros lugares que están más civilizados, ¿no? [...] Yo, en lo personal, no tuve otra oportunidad, no tuve otra opción de irme a

otro lado, por eso es que estamos acá, ¿no? [...] Por la economía, es por eso que buscamos las orillas, por más económico, y este [...] aquí como que nos concentramos la gente que somos más pobres, o más carentes de algo, de economía precisamente (Cristina, 32 años, entrevista 27).

Pues este [...] no, no son tan eficientes los servicios, pero este [...] pero al menos los tenemos, pues ya algo es ganancia [...] (Francisco, 33 años, entrevista 16).

Bueno, ahorita esta colonia es muy fea, porque hay mucha tierra, no hay banquetas, la luz está muy mal, no hay parques recreativos, no hay súper cercas [...] Este [...] ¿y qué más te diré? Insegura [...] pues, puede ser que sí esté un poquito insegura [...] pero [...] dentro de lo que cabe, qué podemos pedir, ¿no? (Ana, 45 años, entrevista 19).

Los relatos evidencian la consolidación espacial de un patrón de integración marcadamente desfavorable, que se expresa en la experiencia de estar “fuera” de la ciudad. Las brechas en la provisión de servicios entre las diversas áreas de la ciudad son cada vez profundas; los modos de vida urbanos y urbanizados no sólo son experiencias “diferentes” de la ciudad, sino expresiones de una fragmentación y desigualdad extremas.

Creo que lo ideal es que fueran nuestros hijos a mejores escuelas, a que [...] pues sí a que [...] que la calidad de las escuelas fuera mejor, más bien eso [...] que las escuelas de gobierno fueran de mejor calidad, porque [...] no sé, yo siento que, las escuelas de por acá, excepto dos o tres que son más o menos, las que están cerquita, no, pues no, no [...] siento que no dan [...] carecemos de cosas, carecemos de muchas cosas, de [...] digamos de transporte bien, el transporte está muy mal, muy mal [...] (Lupita, 41 años, entrevista 5).

Realmente, los de las colonias más ricas, la verían este [...] pues la verían fea a esta colonia, pues, como que [...] por la apariencia que damos todos [...] no tenemos aplanadas las casas, no están termina-

das, y yendo a las colonias de más dinero pues las casas prácticamente están terminaditas, no hay basura afuera, ¡creo que ni gente hay afuera! Creo que todos están cada quien en sus casas [...] (Sonia, 34 años, entrevista 15).

*Vivir en la ciudad* evidencia profundas rupturas y abismales brechas entre privilegiados y desfavorecidos. Por un lado, las clases privilegiadas han abandonado los espacios públicos, reduciendo al mínimo la posibilidad de encuentro con desconocidos. A esto se suma la deserción de las clases medias de las escuelas y los servicios de salud públicos, a la par del uso casi exclusivo del automóvil como medio de transporte entre los sectores privilegiados, lo que en su conjunto ha contribuido a que las experiencias e instituciones interclase sean prácticamente inexistentes. Por otro lado, el miedo a la delincuencia y el sentimiento de inseguridad se han trasladado tanto a la ciudad como a la urbanidad. La ciudad es percibida como un espacio peligroso en sí mismo, donde el caos y el peligro son atributos predominantes; el potencial encuentro con alguien desconocido y, más aún, diferente, no constituye una oportunidad de civilidad, sino un riesgo a evitar (Bauman, 2006). El progresivo aislamiento de los pobres, la clausura de los más ricos y la fragmentación social en la ciudad, son resultado tanto de una particular estructura urbana como de estas dimensiones socioculturales que rigen la sociabilidad (Bayón y Saraví, 2013).

### **La pobreza institucionalizada: servicios para los pobres, pobres servicios**

Mientras que el “distrito” (en referencia al Distrito Federal) emerge en las narrativas como la verdadera “ciudad” (con más y mejores hospitales, escuelas e infraestructura urbana), las áreas conurbadas más distantes, el “estado” (en referencia al Estado de México), donde se localiza Chimalhuacán, son percibidas como una ciudad “de segunda” o como una “no ciudad”, con malas escuelas y hospitales, falta de pavi-

mentación y alumbrado, tierra, polvo y mucha basura en las calles. El “distrito” se asocia con *cercanía* del centro, donde *todo es mejor*, más *civilizado*. En contraste, el propio lugar de residencia *está lejos*, *hay mucho polvo*, *faltan muchas cosas* y *está bien feo*.

“Todos creen que esta colonia está fea, porque vienen, yo he traído amigos, de la escuela, y pus ven y dicen no, ¡pus está re feo! y [...]” ¿Hasta acá vives?, ¡no juegues!” Pero pus la realidad es que cada persona vive donde puede, ¿no? [...] cuando vienen en carro lo que ven primero es una colonia que no está pavimentada, y que agarran el lodo, y que está re feo, ¿no? [...] que vienen, y “Oye, pues pinches hoyotes y está re feo, ¿eh?” Bueno, ¿pues ya nomás qué les puedes decir? ¡Ni modo que la pavimenten nada más para que vengan! (Santiago, 33 años, entrevista 11).

Yo creo que sí la imagen no es muy buena, porque estamos muy mal [...] no hay ninguna comparación de esta colonia con alguna del Distrito [...] porque ya están pobladas, ya están un poquito más civilizadas [...] me refiero a que tienen más comunicación [...] como mejor transporte, como más servicios, como [...] otra forma de vida, por decir. Otra forma de vida totalmente diferente, porque a lo mejor ya no se ensucian los zapatos [...] Discriminación, yo creo que sí hay, en determinado momento yo creo que sí hay, dicen, “¡Ay! es que vienes de Chimalhuacán, ¿no?” O porque trae uno los zapatos sucios, ¿no? O porque lleva uno un poquito de tierra [...] “Mira nomás de dónde vienes”, ¿no? O sea, como que sí se llega a dar [...] yo le digo, yo no salgo mucho de aquí, pero [...] (Marcela, 37 años, entrevista 26).

La precaria infraestructura y la baja calidad de las escuelas, debilita aún más la —ya señalada— escasa capacidad de la escuela para interpelar a los jóvenes de los sectores populares. Estudiar en una escuela de Chimalhuacán, como muestran las entrevistas, reduce aún más sus expectativas en torno a la educación, exacerbando las brechas en el acceso a las oportunidades.

Y de las escuelas [...] yo digo que luego uno no aprende bien [en una escuela de Chimalhuacán], porque pues uno se va al desmadre, ¿no? Se le va al desastre, y [...] comparando una escuela de aquí con una del Distrito, ¿sabes qué? 100% mejor allá, ¿no? Bueno, por lo mismo [...] para mí, yo digo que enseñan mejor allá que aquí. [...] Mejor, este [...] mejor estudio, mejor [...] las bancas, mejor escuela. [...] aquí no tienes deporte, y allá sí. Yo digo que [...] mejor en el Distrito, te enseñan, mejor que aquí (Carlos, 24 años, entrevista 30).

Por ejemplo, en el concurso de preparatorias, todas son del Distrito, todas son [...] y luego, Chimalhuacán dónde queda, ¿no? O sea, uno mismo [...] y es más, hasta la gente te dice: “¡Ay!, estudiantes de Chimalhuacán!”, o sea no, no vale tu estudio (Fernando, 23 años, entrevista 22).

*Lo público* —incluso los servicios de salud ligados al empleo formal, como la seguridad social—, se asocia a baja calidad, mala atención, mal trato, tiempos de espera excesivos y escasa capacitación profesional. Hay un discurso dominante, extendido y aceptado por el “sentido común”, tanto en los peldaños más altos como en los más bajos de la estructura social, de que *lo público* es para *los que no tienen, para los que no pueden pagar*. Esta concepción residual de los servicios públicos permite entender por qué la desigualdad y la fragmentación en el acceso y la calidad de dichos servicios no representa una preocupación, una demanda ciudadana de la sociedad mexicana (Chacón, 2007).

En contraste, *lo privado* (esa nebulosa heterogénea y escasamente regulada de establecimientos educativos y de salud, de los precios y calidades más variadas, que incluye desde prestigiosos y selectos hospitales y escuelas, hasta establecimientos “patito” y similares), es percibido como más confiable, de mejor calidad, eficiente y accesible. El hecho de “pagar” por los servicios —servicios “de paga”— se traduce en una percepción de que los servicios privados *per se* son de “mejor calidad”. Recurrir a servicios privados, sobre todo de salud, es una práctica extendida entre los residentes de estos enclaves de pobreza. A la escasez y baja calidad de los servicios públicos disponibles

se suma una amplia “oferta” en el mercado privado de la salud, dominado por las “farmacias similares” (establecimientos que venden medicamentos genéricos, sin la patente de las marcas reconocidas), con consultorios médicos que ofrecen consultas a bajo costo, en general, a cambio de abultadas recetas de medicamentos que son adquiridos en los mismos establecimientos.

Todos los de aquí, pues, nomás van a este [...] como ya todas las farmacias tienen consultorios, pues corres para allá, porque no hay así de que vayas a otro lado. Los hospitales están un poco lejos, están retirados de la zona [...] Los consultorios de las farmacias similares, son baratos y menos tardados, porque el Seguro [Social] te roba todo el día, a pesar de [...] o sea, aparentemente no te cobran nada, aparentemente, porque siempre te están quitando dinero, tienes que perder todo el día, y luego para la mala atención que te dan, ¿no? Porque ya ves que llegas, y que “espérese, espérese, espérese”, y al final de cuentas sales a las tres cuatro de la tarde y no te hicieron nada, ¿no? Y más sin en cambio vas aquí, pagas a lo mejor 15 o 20 pesos de consulta, te dan tu receta y ya [...] compras tu medicamento, y ya te atiendes en tu casa (Pedro, 25 años, entrevista 7).

En cuanto a [...] cuestiones de salud, ¿qué crees?, que casi no sé de los servicios públicos, lo que pasa es que nosotros no los utilizamos, utilizamos casi puro particular, ¿no? Hay muchos médicos particulares que a cualquier hora que te enfermes puedes ir, ¿no? [...] Mi papá por parte de su trabajo tiene el Seguro Social, pero no lo usa. Yo de parte [...] bueno, yo donde estuve trabajando, tuve el ISSSTE, pero nunca lo he usado tampoco. Entonces este [...] yo creo que más bien es por esta [...] cuestión que uno no lo ha visto, pero que por los comentarios que dicen, no, pues el Seguro es un servicio muy malo, y tienes que esperarte no sé cuántas horas ahí (Jorge, 31 años, entrevista 28).

En el centro de salud del DIF<sup>18</sup> lo que pasa es que cierran muy temprano, cierran y nada más dan hasta ciertas fichas [...] cierran temprano y abren tarde [...] igual el Seguro, son iguales, y hay gente que por ejem-

<sup>18</sup> Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia.



plo en el Seguro reciben el carné a tales horas, y ya de tales horas ya no puedes [...] llegas cinco minutos tarde ya no te reciben, porque ya llegaron tarde, pero hay veces de que ellos llegan tarde [...] y ahí si no dicen nada [...] Normalmente voy al particular. [...] a los que he ido yo, al particular que he llevado a mis hijos, sí me han atendido bien, me los checan de pies a cabeza. Y hay veces de que en un centro de salud, los miden, los pesan y ya [...] O sea si les hace falta un poco más [...] (Graciela, 28 años, entrevista 8).

La recolección de basura revela de manera paradigmática la conjunción de las profundas limitaciones de los servicios públicos y la infraestructura urbana en estas áreas, la informalidad (y escasa transparencia) a la par de los altos costos de la provisión de los servicios para los usuarios, donde los límites entre lo público y lo privado se desdibujan. Camiones y camionetas (públicas y privadas) y carros tirados por burros o caballos pueblan el paisaje de las distintas colonias del municipio. Las montañas de basura que se observan en las esquinas y terrenos baldíos, evidencian la precariedad de este servicio, cuyos impactos ambientales y sobre la salud de los residentes fueron destacados por el director de un centro comunitario al que entrevistamos. La acumulación de basura y el polvo (por la falta de pavimentación) generan problemas respiratorios y alergias de diverso tipo entre los habitantes del lugar.

*¿Por aquí pasa el camión del municipio para la recolección de basura?*

Un tiempo sí estuvieron pasando, pero ya sabe, cuando hay elecciones todo se ve, ve que trabajan, ¡pero bonito!, y cuando es tiempo de que no hay nada, pues no, no pasan. Ahorita aquí no, ya tiene mucho tiempo que no pasan. Entonces, este, los que pasan son los particulares, esos son los que pasan y hacen su colecta y todo [...] pues realmente pienso que no es tan caro, porque pienso que es peor que tengamos este [...] los costales aquí acumulados que [...] se hacen más moscas [...] los perros la andan tirando, entonces, este [...] No piden ellos una cuota, este [...] exacta o fija, pero yo más o menos hago un cálculo, y por costal doy tres pesos, entonces si ya se me

juntaron tres costales, les estoy dando diez pesos (Sonia, 34 años, entrevista 15).

Pasan [...] creo que dos veces a la semana, pero [...] pues no es suficiente el servicio, más que nada porque [...] como son [...] o sea, son particulares los que prestan ese servicio.[...] No es el camión del municipio que entra aquí, entran los famosos burritos o [...] camionetas particulares. Entonces, muchas veces este [...] pues ya casi te ponen tarifa para tirar tu basura [...] es bastante lo que pagamos, hay veces que hasta te cobran 15 o 20 pesos. [...] como mucha gente no cuenta con ese servicio, mucha gente sale en la noche a quemar su basura. Entonces el olor es [...] muchas veces insoportable, porque son varios vecinos los que salen a quemar la basura a la calle (Francisco, 33 años, entrevista 16).

Este [...] bueno, ahorita, últimamente se han estado metiendo los [...] camiones estos [...] para recolectar la basura, ¿no? También hay [...] las personas estas que traen sus carritos con los caballos, quitando la basura. Por lo menos ahí, en la calle donde yo vivo, yo creo que la mayoría de gente [...] sí tira la basura con ellos, ¿no? Porque también yo creo que no hay espacio donde [...] como antes, ¿no? de que, decías, ah, tengo mi basura, voy y la tiro al terreno que está enfrente, porque no vive nadie. Allá sí, hay otros lugares para acá que tú encuentras llenos de basura ahí, ¿no? Gente que por no pagar, yo creo, van y la tiran a un terreno baldío (Jorge, 31 años, entrevista 28).

El transporte público completa el cuadro de la precaria provisión de servicios públicos a nivel local. Además de ser más caro que en el Distrito Federal, son frecuentes los accidentes provocados por autobuses —conocidos como *chimecos*— que circulan a alta velocidad, muchas veces conducidos por choferes muy jóvenes, a los que se suman los numerosos bicitaxis y mototaxis. El caos vial es experimentado tanto por los peatones como por los usuarios del transporte público; el municipio sólo cuenta con cinco semáforos y los puentes peatonales son casi inexistentes.

MARÍA CRISTINA BAYÓN

Con el transporte, hay problemas porque [...] de lo mismo, que van todos drogados. La verdad uno tiene miedo a veces subirse o hasta bajarse, porque hasta a veces un aventón, una vez yo me subí y [...] al bajarme, todavía no bajaba mi niña cuando ya andaba dando el arrancón. Entonces, es lo que yo no estoy de acuerdo, ¿verdad? Que la droga hace muchas cosas [...] (Silvia, 38 años, entrevista 9).

El transporte es lo que está un poco caro [...] yo siento que sí nos hace falta un medio de transporte más económico, porque la gente que vive por acá tiene que moverse allá al centro a trabajar. [...] Pues a mí el transporte me parece malo, creo, en el hecho de que van como locos, jugando carreras, exponen un montón a las personas. Ahorita está cambiando, porque ahorita no se ve tanto de las carreras y eso, ¿no? Pero, este [...] anteriormente, no, habían unos desastres [...] a cada rato se veían desastres (Santiago, 33 años, entrevista 11).



Colonia Lomas de Totolco

## LOS ESPACIOS DE LA POBREZA



Farmacias Similares, Acuitlapilco



Publicidad callejera, colonia Plateros



Consultorio médico, Ciudad Alegre



Centro Comunitario, Lomas de Totolco

LOS ESPACIOS DE LA POBREZA



“El polvo en los zapatos”, colonia Acuitlapilco



Colonia Lomas de Totolco

MARÍA CRISTINA BAYÓN



Avenida del Peñón



Colonia Rancho Las Nieves



Videojuegos. Rancho las Nieves

Las oportunidades laborales a nivel local son escasas, informales y de muy bajos ingresos, centradas el comercio —en tianguis y mercados públicos—, talleres o maquilas familiares, básicamente de ropa, y la construcción. La inserción laboral para quienes trabajan “fuera” del municipio, aunque más heterogénea y con ingresos un poco más altos a medida que se acercan al centro, es sumamente precaria y en los peldaños más bajos de la estructura ocupacional urbana (servicio doméstico, limpieza, obreros no calificados, albañiles, etcétera).

Oportunidades de trabajo aquí en la zona, no, pues casi no. Algunos pequeños talleres de costura, pero fuentes de trabajo así que [...] no, no se ven [...] Mis vecinos, algunos tienen sus negocitos, algunos, a lo mejor, la mayoría, trabajan en la construcción, son albañiles. [...] Algunos que conozco que trabajan en eso de la construcción han tenido que irse a otros estados. [...] Este [...] señoras que trabajan también tienen que salir de aquí, tienen que ir al centro, por ahí, a trabajar en casas, o [...] por ahí por Neza, por ahí a trabajar, o igual a lavar ropa, trastes y eso [...] (Ignacio, 57 años, entrevista 21).



Pues no, no hay muchas oportunidades, tienes que irte al centro [...] buscar en costura. Aunque ya no es como antes, ya uno que otro tallercito lo encuentras en Chimalhuacán, antes te tenías que ir forzosamente al Distrito. Ahora, pues hay varias tiendas comerciales [...] que Casas Geo, que los albañiles o los contratistas o las señoras que trabajan en la limpieza, pues van ahí y trabajan en Casas Geo [...] No hay muchas oportunidades, pero más que antes, más que hace diez años, pues yo creo que sí las hay. Trabajos eventuales, lógicamente, ¿no? (Ester, 40 años, entrevista 18).

Mis vecinos, como que trabajan ahora sí que por su cuenta, unos hacen bolsas, en su casa, trabajan en su casa, como que les da más resultado, otros que la tortillería, otros que troquelado [...] les traen el material y ellos lo hacen en su casa, troquelado de [...] para pescado, no sé qué es lo que hacen [...] otros pues tienen el negocio, que la tiendita, este [...] albañiles, son albañiles, pues, y los que no están, pues están en Estados Unidos (Silvia, 38 años, entrevista 9).

### **Inseguridad y desconfianza: mis vecinos, *los otros***

El aumento de la inseguridad es percibida, por muchos entrevistados, como el principal problema de su colonia, y como uno de los principales cambios experimentados en el barrio en los últimos años. La sensación de inseguridad está socialmente mediada, contextualmente moldeada y responde a una compleja conjunción de factores que no se limita a la ocurrencia de delitos. La inseguridad y el miedo se combinan con procesos de cambio social y atraviesan a las distintas clases sociales a la par que generan nuevas formas de segregación espacial y discriminación social, acompañadas por prejuicios étnicos y de clase, y referencias negativas a los pobres y marginados (Sampson, 2009; Caldeira, 2007).<sup>19</sup> Si bien la pobreza es un problema de larga data en

<sup>19</sup> Los persistentes y elevados niveles de desigualdad económica en un contexto de aumento de la riqueza y del consumo en las clases altas y medias altas constituyen, a la par del profundo deterioro del mercado de trabajo, algunos de los factores estructurales

las ciudades latinoamericanas, su carácter excluyente es un proceso más reciente que se asocia, entre otros factores, al profundo deterioro de las oportunidades de empleo para los trabajadores menos calificados, la creciente presencia de las drogas en las periferias pobres y la malignidad que asume la segregación en estas áreas. Estos elementos se conjugan, alimentando un ciclo de desconfianza y violencia que afecta la vida cotidiana de los residentes de los barrios más desfavorecidos, incluso para rutinas básicas, como tomar el autobús para ir a trabajar o regresar de la escuela.

Cambios desde que llegué acá [...] de que estaba más tranquilo, y ahorita como que ya se ve más la delincuencia, ahorita acaban de asaltar la casa de aquí de enfrente, un sábado. Y [...] pues ya se ve que venden la droga aquí en la avenida, o sea como que ya [...] mide uno más [...] yo estaba tranquila, pero ahorita como que ya no sale uno [...] como que ya tiene uno miedo. [...] es el cambio que tenemos. Es el cambio más fuerte [...] que estaba tranquilo y ahorita como que ya no [...] (Silvia, 38 años, entrevista 9).

Saliendo de trabajar, iba para mi casa y me asaltaron. Llevaba todo lo de mi semana, llevaba mi celular, llevaba algunas cosas que había comprado, llevaba todo en mi bolso [...] Ah, y aparte, me pegaron. Me separaron un hombro, me lastimaron las costillas, la columna [...] entonces dejé de trabajar como un mes [...] Me cambiaron de tienda e incluso me quedaba más cerca de mi casa [...] ya no fue igual, porque a mí me daba ya miedo salir. [...] (Marta, 26 años, entrevista 31).

Muchas veces los que vienen acá, llegan al cerro, no tienen servicios. También [...] no hay mucho trabajo, y se genera lo consecuente, ¿no? Que hay drogadicción, pandillerismo; más acá, en el cerro de Las Palomas [...] Entonces, ha cambiado la colonia, en cuestión de violencia [...] hay mucha más violencia, muchos más asesinatos. Bueno, aquí casi no falta que pase el periódico local anunciando que

---

que contribuyen a explicar el aumento de la inseguridad en las ciudades latinoamericanas desde fines de la década de 1990 (Portes y Roberts, 2005).

ya agarraron a cierta banda, o que mataron a tal persona (Diego, 29 años, entrevista 25).

Mientras que la escasez y la mala calidad de los servicios y la infraestructura urbana son percibidos como problemas que *probablemente* se irán solucionando *con el tiempo*, la inseguridad genera impotencia ante el profundo desamparo institucional que se evidencia, entre otros factores, en la corrupción e inoperancia de la policía, en la ausencia de instituciones públicas sólidas y en una suerte de autculpabilización frente a los problemas del lugar.

Como sea [...] las calles, este [...] con el tiempo tiene remedio [...] luego pasan los piperos, van regando agua. [...] ya entró el drenaje, este [...] o sea ese no es el problema, el problema más que nada es la inseguridad [...] Pus aquí seguido se oye de robo, que ya asaltaron, de allí para acá, a todos ellos, a todos los de los locales, los que venden ahí en las farmacias, las estéticas, las papelerías [...] Y la otra vez mi esposo venía [...] le digo que a él le gusta mucho tomar, venía borrachín y este [...] y le dieron un navajazo unos policías, por quitarle la cartera [...] Entonces creo que también son medio locos, babosos, ¿no? Estoy muy en contra de eso, ¿no? En lugar de cuidar a la comunidad o de cuidar a las chamacas, de estarlas acosando, ¿no? De hecho, ellos son así, ¿no? Luego se andan subiendo a las chamacas a la patrulla [...] este [...] también eso, también eso, se me hace muy este [...] se me hace muy inseguro lo de las patrullas, no son muy confiables [...] Aquí no hay a quién reclamarle. Bueno, digamos, un decir, ¿no? Si yo voy y le digo al presidente municipal pues que cheque que andan robando, ¿no? Yo creo que me va a decir, ustedes como padres de familia fíjense en qué hijos tienen, ¿no? [...] o qué anda haciendo tu hijo, ¿no? Yo pienso [...] (Marina, 35 años, entrevista 4).

Bueno, de hecho está creciendo la inseguridad y se están volviendo muy violentas las calles de por aquí en la colonia. [...] Pues [...] yo le atribuyo que viene mucha gente de muchos lugares; viene gente muy maleada, y viene pues ahora sí que a traer sus malas mañas a un terreno, donde pues [...] la seguridad pública nada más es un mito, ¿no? Donde es más inseguridad pública la que nos pro-

porcionan los policías, y la delincuencia la viene a completar [...] Hace no sé [...] unos 14 o 15 años podías [...] andar en la calle a altas horas de la noche y no había tanto problema, no había tanta delincuencia, tanto vandalismo como ha habido. Inclusive a las ocho o nueve de la noche ya es inseguro andar en la calle (Francisco, 33 años, entrevista 16).

Antes estaba peligroso, por decirlo así, entre comillas, pues porque estaba oscuro, nada más había tres casas, siempre estaba oscuro, entonces era como así de que no salir tarde y todo. Pero ahora, está más peligroso porque hay más gente. Porque, aunque ya está alumbrado y ya hay lámparas, alumbrado público y todo el rollo, está peligroso porque si sales de mañana o de tarde o de noche, te asaltan. Entonces, mientras más gente hay, más peligroso [...] (Marta, 26 años, entrevista 31).

Diversos mecanismos normativos, tales como códigos contextuales comunes, prácticas sociales, actitudes, valores y creencias, operan para resaltar los límites entre *nosotros* y *ellos* a partir de los cuales las similitudes de grupo terminan y comienzan las diferencias. Estos límites simbólicos emergen cuando tratamos de definir quiénes somos; son marcos morales que suelen centrarse en características personales como la honestidad, la ética del trabajo y la integridad personal, a través de las cuales producimos sistemas de tipificación. Revelan cómo los individuos caracterizan explícita e implícitamente a los miembros de diversas clases sociales, particularmente lo que visualizan como sus características y defectos o limitaciones, y pueden constituir tanto un producto como una fuente de desigualdad social (Lamont, 1992; Jenkins, 1996; Southerton, 2002).

Como lo observado por Elias y Scotson (1994) en Winston Parva, los relatos muestran una tendencia a culpar a los *recién llegados*, a los que *vienen de afuera*, del aumento de la delincuencia en el lugar. Los recién llegados son *los otros de menor estatus* (Watt, 2006): los *delincuentes*, los *focos rojos*, los *vándalos*, que a veces son los vecinos de la misma calle; entre los “nativos”, en cambio, *hay personas excelentes, con tradiciones y cultura*.

Sí hay mucha carencia aquí, muchas necesidades, y yo creo que también por eso se da la delincuencia, ¿no? El pandillerismo [...] Pero también hay cosas buenas, y eso es lo que no se ve; o sea hay artesanos, muy buenos artesanos, no en esta colonia, me refiero en general a Chimalhuacán. Hay artesanos, hay gente que [...] que tiene muy buenas [...] o sea gente que es nativa de aquí que son personas excelentes, en cuanto a tradiciones, en cuanto a cultura [...] realmente, las colonias nuevas son los focos, los focos rojos de aquí de Chimalhuacán. Las colonias nuevas, porque [...] yo supongo que somos unas colonias, son unas colonias volátiles, ¿no? O sea como que vienen de muchos lugares, ¿no? Aquí venimos de Texcoco, de Nezahualcóyotl, del Distrito. Como ya no cabemos allá, entonces corremos para acá [...] (Marcela, 37 años, entrevista 26).

Cuando estudié la prepa, varias veces llegando me quitaban el dinero, las cosas que traía, me quitaban la gorra; una vez me robaron los tenis también. Entonces fue ahora sí que como que dices, es que ya no me gusta mucho. Te vas dando cuenta del tipo de gente que va llegando a vivir acá de este lado. Los que no quieren allá en el Distrito, pues tienen que venirse para acá, ¿no? [...] Pero este [...] te digo, ya hubo más cambios cuando se empezó a poblar todo esto, mucha gente. [...] Está lleno de chavos así de mi edad, un poco más jóvenes, que los puedes ver todo el día en la calle. [...] después que sale en los periódicos locales, ¿no? No, pues que agarraron a tal banda, se dedicaban a robar, y salen tus vecinos, ¿no?. [...] (Fernando, 23 años, entrevista 22).

Como en Winston Parva, entre unos y otros no hay diferencias importantes en condiciones de vivienda, situación económica, etcétera. Estamos hablando de una comunidad homogéneamente pobre; muchos de los entrevistados, antes de Chimalhuacán, vivieron en los mismos municipios del oriente de la ciudad de donde provienen los *nuevos* residentes, los *otros*. La criminalización simbólica de ciertas categorías sociales es un proceso social dominante y tan difundido que hasta las propias víctimas de los estereotipos, acaban por reproducirlos, aunque de manera ambigua (Link y Phelan, 2001; Caldeira, 2007).

Pues [...] empieza a llenarse de gente, ¿no? Y yo siento que lo que da esta sensación de inseguridad, es el que llega gente de muchos lados [...] Pues gente de muchas colonias, ¿no? De [...] muchas partes, como del Distrito, de Ciudad Nezahualcóyotl, de los Reyes, gente como de Chalco, o sea de diferentes formas de vida, de muy diferentes, pero sobre todo yo siento como que es gente que llega ya con [...] con, digamos, con familias ya formadas, digamos con hijos ya grandes, con ideas diferentes [...] que chocan, digamos [...] aquí ya muchos no crecieron juntos, ya llegaron crecidos con sus ideas cada quien, y yo llego a sentir que cada quien quiere imponer lo suyo. [...] (Armando, 47 años, entrevista 13).

Antes éramos menos gente, conocías a tus vecinos, sabías en qué trabajaban, por lo menos de niños platicabas, que mi papá trabaja en esto [...] y ahora no, no hay esa comunicación. [...] Y aquí no, no hay esa comunicación, [...] entre vecinos no, como que cada quien está en su mundo, encerrado en su casa, ¿no? [...] yo no puedo dejar mi casa, me voy y cuando llegue ya no encuentro nada. Porque es muy común... [...] Entonces hay esa desconfianza de decir, a lo mejor fue mi vecino, ¿no? (Fernando, 23 años, entrevista 22).

La necesidad de distanciarse del estigma *estigmatizando*, es un mecanismo que permite construir una cierta identidad con el lugar y una autoimagen que procura establecer diferencias respecto a *los otros*, con los cuales, sin embargo, se comparten numerosas desventajas. Este distanciamiento del *otro* dificulta la convivencia y las relaciones de confianza con los vecinos, debilitando las posibilidades de vida comunitaria. La comunidad deja de experimentarse como un espacio de pertenencia común, conocido y compartido, y se percibe como un espacio de disputa. La inseguridad, señala Bourdin (2007) es generadora de inquietud. Según este autor, la alteridad se ve limitada por los vínculos de pertenencia, por lo que el otro temido es el extranjero o el que pertenece a un grupo lejano, social o culturalmente. En contraste, lo que observamos en estos enclaves de pobreza es que el distanciamiento respecto del *otro* —que es cercano social y físicamente— se

da a una microescala y en el espacio inmediato, cotidiano, donde el *otro* es mi vecino.

Los *otros* del barrio constituyen un grupo amorfo de jóvenes que realizan un abanico de actividades socialmente censuradas que pueden ir desde la violencia al robo, consumo de alcohol o drogas, estar parados en las esquinas o simplemente, “estar” en la calle. Esta construcción de la otredad en el barrio es congruente con la tendencia dominante de criminalización y estigmatización de los jóvenes de los sectores populares que residen en las áreas periféricas. La exclusión institucional, la discriminación social, la pobreza de recursos que impide acceder al mercado, el hacinamiento y otras deficiencias de las viviendas, ambientes familiares conflictivos que expulsan a los jóvenes de sus hogares, así como los aspectos identitarios que se asocian con la calle, son algunos de los factores que nos ayudan a entender su importancia para los jóvenes residentes en enclaves de pobreza. En estos espacios deben desarrollar estrategias de adaptación para lidiar con la violencia cotidiana (familiar, callejera, policial, etcétera), que favorecen un sentido más fuerte de identidad con el lugar (MacDonald *et al.*, 2005).

Me desenvolví más en lo que fue la drogadicción y el alcoholismo. Lo más en sí en la drogadicción, pues yo alcoholismo casi no, casi no tomaba. De hecho, le daba un sorbo a la cerveza para limpiarme la boca, para no apestar tanto a activo y [...] a marihuana. O sea, nada más era en caso de si me llegaba a ver la policía, pues que me llevarán pues por borracho, no por [...] no por droga. Pues porque de borracho todavía te pegan menos, y por drogadicto, pues la verdad si te dan unas [...] te ponen unas tundas que ¡olvídate!, con tal de que pongas al que te la vende. La verdad sí te dan unas zarandeadas para tu tamaño, también por eso (Martín, 28 años, entrevista 14).

Antes me juntaba ahí con la pandillita, que íbamos a los sonidos [...] Puro pinche [...] bueno, antes se juntaba puro pinche marihuano. Yo iba ahí en la secundaria de ahí de Los Patos, iba yo a [...] era una telesecundaria. Ahí tenías que salir con tu pesito a [...] dárseles a la hora de la salida, para que te dejaran pasar, porque era un

callejón donde tenías que pasar, sí tenías que llevar tu pesito, y órale, y ya pues ya [...] Y si no te quitaban tus cosas, tu chamarra... [...] Yo estuve como [...] tres años en el vicio, pura este [...] pura piedra cuando andaba en [...] este [...] en la pandilla. Ya no, ya ahorita no, a los 16 dejé (Andrés, 22 años, entrevista 29).

Te digo, ya después cuando entré a la universidad, me fui dando cuenta de las cosas, ¿no? Dices, pues mejor hago amistad con los cuates esos, ¿no? Y luego ahí en los camiones, en este lado, habían unos chavos, a mí siempre me pedían, y decían “oye, saca para unos chochos, ¿no?” Entonces, les digo, “pues órale”. Luego me invitaban, ¿no? “Oye, pues quieres un toque de mota, este [...] pues ahí te lo paso”. Entonces, vas haciendo amistad con ese tipo de gente para que no te agarre, ¿no? [...] Entonces es gente que cuando ya llegas en la noche, y te conocen, dicen “no, pues a él lo conocemos, no hay que hacerle nada” (Fernando, 22 años, entrevista 23).

La ansiedad que genera estar tan cerca, social y espacialmente, de la pobreza concentrada y de los problemas que a ella se asocian, genera actitudes complejas y contradictorias. Si bien por una parte los *otros* pueden ser los propios vecinos, por la otra, el sentido de pertenencia al lugar se sustenta justamente en “conocer” a los vecinos y que “te conozcan”, y en la posibilidad de establecer redes de reciprocidad. De esta manera se generan imágenes de lugar ambivalentes y a veces contradictorias, como percibir al lugar como “inseguro, pero tranquilo, porque a mí ya me conocen”. Las narrativas, que por momentos revelan visiones negativas acerca del barrio, suelen ir acompañadas por visiones más matizadas; la normalización de las desventajas permite construir identidad y sentido de pertenencia en relación con el lugar.

En esta colonia no es inseguro caminar a la noche, en esta colonia no. Este [...] yo creo que como en muchos lugares hay [...] este [...] pues [...] como que la mala suerte de alguien, que le tocó estar ahí en el momento en que alguna persona tenía alguna necesidad, y ya le pidió cooperación voluntaria. Pero este [...] no siento que sea tan [...]



por lo menos aquí mi colonia, no es tan insegura, pero [...] sí se ha llegado a dar aquí entre muchos de mis vecinos, se ha llegado a saber “que se metieron a mi casa”, “que es que me robaron”, y “es que me vaciaron mi casa”. Y eso está muy cerca, es mi vecino de a dos casas, mi vecino de enfrente, mi vecino de al lado. Este [...] si está muy, muy cerca. Realmente, no sé si eso sea escandalizante, ¿no?, pero se llega a dar. A mí no me ha pasado, pero sí he escuchado, tal vez por eso yo lo vea de esa manera, ¿no? (Marcela, 37 años, entrevista 26).

Pues [...] bueno, el ambiente de la colonia sí ha cambiado, ahorita ya es un poquito más seguro que antes. Pero [...] como ya te había comentado, como tal no se meten con la gente de aquí mismo, porque saben que no les conviene. En cuanto a otra gente que venga y que lo visite a lo mejor sí lo ve un poco inseguro, porque ve a los muchachos allá en la esquina haciendo su desmadre, ¿no? A lo mejor sí está un poco inseguro, pero como tal no lo percibimos. Pero [...] está bien. Inseguro, inseguro, no es. [...] (Fernando, 23 años, entrevista 22).

### **El barrio como comunidad: las redes sociales de los pobres**

El análisis previo nos permite dar cuenta de las dimensiones contextuales en que se desarrolla la cotidianidad de los residentes de estos espacios. Una limitada y precaria estructura de oportunidades a nivel local, permeada por la inseguridad y la desconfianza, moldean la experiencia de la “comunidad” que a continuación exploramos.

Los recursos materiales y sociales no sólo se combinan, sino que se retroalimentan; las redes no están aisladas de los recursos materiales de que disponen los hogares, y tampoco del contexto en que se desarrollan. Algunos factores relacionados con el barrio como su historia, las oportunidades laborales y los espacios de participación a nivel local, entre otros, afectan el desarrollo de relaciones de confianza; el intercambio de información, y las percepciones de inseguridad. Los estigmas territoriales y la concentración de desventajas debilitan la vida comu-

nitaria y pueden conducir al aislamiento mutuo entre los vecinos, restringiendo los flujos de información, la confianza y el desarrollo de una cultura de la cooperación a nivel local.

No, pues no, casi no hay organización de los vecinos, más bien desorganización, porque aquí los vecinos no conviven, o sea, cada quien [...] cada quien anda en lo suyo y [...] pues igual si pasan en la calle a lo mejor se saludan, pero nada más hasta ahí; o sea no se hablan, nada, nada, nada (Miguel, 21 años, entrevista 2).

Cada quien soluciona sus problemas, o sea, porque así de que nos hablemos para hacer algo, casi no [...] Somos cuatro o cinco casas [en esta cuadra] [...] con las personas de más allá pues casi no, no nos llevamos, no nos hablamos muy bien, y pues tú sabes que si no hay comunicación entre todos, nunca se va a solucionar nada [...] Cada quien [...] soluciona sus problemas como puede (Pedro, 25 años, entrevista 7).

La ausencia de una activa vida comunitaria en estos enclaves de pobreza, no implica ausencia de redes sociales; de lo que se trata es de indagar el tipo de redes disponibles y los recursos que éstas proveen. En términos generales, las redes sociales se basan en la expectativa de reciprocidad y constituyen un recurso que los hogares y sus miembros pueden movilizar para hacer frente a diversos tipos de situaciones (búsqueda y obtención de un empleo, acceso a servicios, cuidado de enfermos o niños, insuficiencia de ingresos, etcétera). Los diferentes patrones de redes, su homogeneidad o heterogeneidad, el predominio de lazos fuertes o débiles, involucrando formas de confianza más amplia o estrecha, permean el modo en que la gente enfrenta sus problemas y el acceso a diversas oportunidades.<sup>20</sup> En

<sup>20</sup> Las redes sociales horizontales, también llamadas lazos afectivos o fuertes (*bonding ties*) conectan a miembros de una familia y a los vecinos de un mismo barrio, mientras que las redes verticales (relaciones puente, lazos débiles, o *bridging ties*), permiten conexiones a través de diferentes redes sociales. Sin embargo, ambos tipos de redes proveen acceso a recursos sociales cualitativamente muy diferentes: mientras que las horizontales permiten satisfacer necesidades inmediatas, se mantienen en el tiempo, son más cercanas

áreas de concentración de desventajas las redes disponibles, en general, sólo permiten acceder a recursos relacionados con la satisfacción de las necesidades cotidianas más inmediatas.

Si los vecinos se necesitan [...] se ayudan. Hay veces que como yo ahorita tengo mi pileta dañada, no se puede llenar mi cisterna, entonces hay veces que yo les pido de favor que me regalen agua, y me la dan; hay veces que la luz falla, y tenemos que conectarnos de otros lados, entre todos compramos el cable y nos conectamos todos (Julia, 26 años, entrevista 20).

Ha habido luego que algún vecino está enfermo y [...] me vienen a buscar: “señora Luci, ¿no me puede inyectar?” Sí, yo la inyecto. O luego, se me acabó mi gas, ¿no está su hijo para ver si me lo cambia? O sea, cosas así, sí, sí nos ayudamos, nos apoyamos. O cuando entra un muchachito vago o algo, ya nada más nos hablamos y salimos todos a apoyarnos, pues como vecinos. Eso también, que entra algún borrachito o algún carro loco, salimos a ver, a ver quién, este [...] quién es, qué quiere, y ya todos salimos a asomarnos. En eso nos apoyamos (Lucía, 48 años, entrevista 6).

La alta homogeneidad de estas redes las hace redundantes para acceder a nueva información (sobre oportunidades de empleo o escuelas, por ejemplo). Si bien permiten sobrevivir y obtener apoyo en tiempos de crisis, es poco probable que contribuyan a una acumulación significativa de otros activos o a la diversificación de recursos necesaria para superar situaciones de desventaja (Bebbington, 2005).<sup>21</sup>

---

y contribuyen a desarrollar sentimientos de autoidentidad en los individuos, las segundas son más distantes y permiten acceder a una amplia variedad de contactos y oportunidades sociales, puesto que facilitan las relaciones entre individuos en diversas posiciones de poder y autoridad (Aguilera, 2002; Erickson, 1996; Granovetter, 1973).

<sup>21</sup> En México, la Encuesta Nacional de Familia y Vulnerabilidad evidencia importantes desigualdades en la distribución del capital social entre los sectores más y menos favorecidos. Si bien en términos generales se observa que las redes más próximas (familiares, amigos y vecinos) son poco efectivas para obtener recursos tales como un empleo o el acceso a servicios sociales y de crédito, su disponibilidad aumenta a medida que mejoran

Pedirles dinero [...] un préstamo, pues [...] no creo, no, es difícil por lo mismo que son [...] pues los vecinos todos somos pobres [...] son pobres todos [...] No tenemos un vecino que tenga, que sea, que tenga dinero, pues, que tenga mucho [...] que se le vean dos, tres carros, que se le vea un buen negocio, que se le vea una buena casa [...] (Silvia, 38 años, entrevista 9).

Yo estaba casi cerrada de ojos, este [...] cuando a mí también me vino la crisis [...] yo me di cuenta que [...] también hay varios vecinos que estaban igual que yo, pero uno los ve [...] físicamente, y dice uno [...] bueno, ¡nunca pensé que estuviera igual de necesitado o necesitada que yo! [...] porque venían a pedirme 20 o 30 pesos y eso, es poquito, no es mucho, pero yo tampoco los tengo. Entonces, yo decía [...], pues están igual, ¡igual de jodidos que yo! (Sonia, 34 años, entrevista 15).

La escasa disponibilidad de lazos débiles limita las oportunidades de interacción en espacios diversos y reduce la exposición a una experiencia social más amplia. Como lo evidencia el relato de Jorge, estudiar “fuera” (del municipio), es una de las pocas actividades que permiten a los jóvenes establecer relaciones más heterogéneas, fuera del espacio local, *conocer otro ambiente*.

Eso me ayudó mucho, porque [...] te vas dando cuenta de cómo son las cosas, ¿no? Es otro ambiente. Por ejemplo, aquí lo que es el Estado de México, por lo menos aquí Chimalhuacán, conoces un tipo de gente que es más o menos del mismo nivel económico, ¿no? Gente que por lo regular sus papás no son profesionistas, son obreros, gente que trabaja en fábricas y todo eso. Y tenemos otro tipo de [...] otro tipo de vida. Entonces cuando yo entré a la preparatoria me di cuenta que era un poco diferente, ¿no? La mayoría de [...] no, no todos,

---

las condiciones socioeconómicas. Si bien la familia como principal fuente de apoyo atraviesa a la estructura social en su conjunto, es particularmente relevante en el quintil más alto, donde uno de cada tres entrevistados recurre a las redes familiares para obtener un empleo, facilitar el acceso a servicios médicos y educativos y obtener un crédito, proporción que se reduce a la mitad en los quintiles más bajos (Bayón y Mier y Terán, 2010).

¿no?, pero algunos de mis compañeros eran hijos de ingenieros, de maestros (Jorge, 31 años, entrevista 28).

Las redes disponibles están básicamente formadas por familiares, muchos de los cuales no sólo residen en el mismo barrio, sino en la misma cuadra. El aislamiento de los residentes de estas áreas no supone ausencia de contacto con otros, sino contactos limitados y redundantes. Las mujeres que no trabajan fuera del hogar son las que padecen en mayor medida la experiencia del aislamiento. Para muchas de estas mujeres, sus contactos más frecuentes son familiares que residen, o bien en la misma casa —en otro cuarto, o en el piso de arriba—, o a una o dos casas de distancia. Ante el predominio de un patrón residencial virilocal, estos familiares suelen pertenecer a la familia del esposo, por lo que los espacios de interacción no sólo son limitados y homogéneos, sino que están permanentemente vigilados y controlados. Así, si bien las redes familiares funcionan como fuente de apoyo ante emergencias cotidianas, reducen aún más la escasa autonomía de que disponen las mujeres en estas áreas, donde cualquier salida de la casa es considerada “sospechosa”.

Tengo muchos familiares aquí, aquí vive la mayor parte de los hijos de mi suegra, vivimos aquí dos, dos de sus hijos de ella [...] este [...] aquí se da vuelta y se encuentra a uno, y luego, este [...] su sobrino, su, o sea, sus sobrinas [...] un nieto de mi suegra, en seguida de la misma casa [...] un este [...] un nieto, y luego para la otra esquina, un cuñado, otro hijo de mi suegra, y luego para allá está el otro hermano de mi suegra, y luego para allá, así juntito de la misma casa, está otro hijo, luego se va otro poquito, y está la otra hija. O sea está la mayor parte de hijos aquí. [...] cualquier problema que llegue a pasarle a mi suegra, o que se enferma, ellos [...] pues sí, se, se unen o nos unimos, ¿no? Pero a veces no puedes salir tantito, porque [...] ya te ven, y a veces que ni ven en lo que hace uno, que luego ya se hacen chismes, o qué se yo, ¿no? Dice el dicho mal dicho, que del sol y de la familia entre más lejitos mejor, entonces, pues a veces sí conviene, pero a veces no (Marina, 35 años, entrevista 4).

Mis vecinos [...] son mis concuños, mis cuñados los que viven acá, en todo esto, sí, aquí [...] Mi esposo tiene su hermano acá, uno, otro, son tres hermanos que tiene aquí cerca, y mi suegra que vive ahí donde vende los tamales [...] aquí está toda su familia de él. [...] Yo le digo a mi hija: cuando tú te cases [...] tú primero diviértete [...] pero luego le digo, que no sean de por acá, que sean de lejos, para que me lleves contigo [...] como que mi anhelo es irme a otra casa, porque como que veo cosas así de la familia, pues no, no, este [...] por eso no estoy a gusto acá [...] por ejemplo, cuando se enferma alguno de mi familia, mi hijo, ya ahí voy con la concuña y ya le digo que, que qué le doy, o [...] pues [...] hay algo de apoyo [...] pues si quiera en una emergencia, pues auxilia, ¿no? Aunque sean así, o sea por ese lado también [...] luego estar con la familia. Hay dos, sí y no (Lupita, 41 años, entrevista 5).

La ausencia de espacios recreativos (parques, campos deportivos, centros culturales, etcétera) a nivel local, a la par que restringen las oportunidades de vida comunitaria, dan cuenta de la calidad de la vida urbana en estos contextos. Los escasos espacios disponibles —que según la mayoría de los entrevistados se limitan a un centro deportivo— están profundamente deteriorados y son claramente insuficientes para la cantidad de usuarios, además de que, en general, son percibidos como “inseguros”. En este contexto, no sorprende que la gente permanezca en sus casas en los momentos de ocio; las esquinas para los jóvenes y el encierro para niños y adultos suelen ser las “alternativas” más frecuentes.

Pues, los lugares de diversión, de reunión, de los chavos acá, son casi siempre las máquinas [de juegos] [...] porque ni hay canchas, ni hay nada, o sea así, para hacer deporte (Miguel, 21 años, entrevista 2).

Pues hace falta yo creo que centros para llevar a los niños, para que aprendan, a lo mejor a dibujar, a hacer manualidades, cualquier cosa, ¿no? Pues ahora sí que tampoco podemos encerrarlos todo el tiempo. [...] Para divertirse un fin de semana, no, no hay. Al campo

[de deportes] vas a La Lagunilla, y ya no, no puedes entrar ahí porque está ocupado, ¿no? [...] Según ellos se quieren divertir, pero tú sabes que realmente van a eso, ¿no? No puedes llevar a tu hijos a donde [...] pues están tomando, están fumando. Mejor los tengo en la casa, ¿no? (Pedro, 25 años, entrevista 7).

No hay canchas, parques tampoco hay, entonces también por eso los niños pues están obesitos, obesos, por lo mismo de que [...] ¿adónde los lleva uno? Los saca uno a la calle, y ahora sí que [...] pues los mismos vecinos pasan con el carro a todo lo que da [...] (Silvia, 38 años, entrevista 9).

Ahora sí que no es poco ni mucho, sino ahora sí que son completamente nulos los espacios recreativos aquí dentro de la comunidad. [...] aquí no hay en dónde [...] ni siquiera dónde caminar (Francisco, 33 años, entrevista 16).

La vida cotidiana de los residentes de Chimalhuacán es congruente con lo observado por Hiernaux (1999: 73) sobre cómo numerosos aspectos de la vida de los barrios de las periferias pobres de la ciudad de México, evidencian importantes procesos de cambio respecto a las décadas anteriores, distanciándose de la vida urbana tradicional: pocas salidas del barrio para la mayoría; el aislamiento en la casa-taller o comercio para numerosas personas (sobre todo las mujeres); el nulo contacto con las instituciones de cultura o de formación educativa y profesional, y la ausencia de vida de barrio o de solidaridad en la pobreza.

### ***Cuando desaparecen los ciudadanos: clientelismo, cacicazgos y control del territorio***

La acción colectiva, aunque esporádica, no es inexistente, pero suele estar impregnada de prácticas patrimonialistas que obstaculizan o bloquean la emergencia de formas de organización autónoma entre los vecinos. Las relaciones clientelares —mediante las cuales las élites

políticas y las masas intercambian de manera personalizada favores, bienes y servicios por apoyo político y votos— son uno de los mecanismos fundamentales con que cuentan los pobres para satisfacer sus necesidades más básicas. En el intercambio clientelar no hay derechos sino favores y subordinación política a cambio de recompensas materiales; no hay ciudadanos ni obligaciones públicas (Auyero, 2001a).

El acceso a los servicios más básicos (como agua, luz, pavimentación o drenaje) requiere del “apoyo” de los vecinos: desde trabajo y dinero hasta asistir a una marcha o votar por el candidato de turno.

Por aquí se da mucho eso de que [...] en sentido político todo se hace, o sea como que si tú me apoyas, yo te doy una despensa; si tú me apoyas, yo te ayudo para que eches tu banqueta. Cosas así. De ese tipo. Entonces, mucha gente estamos en contra de eso, ¿no? De que se maneje de esa manera (Marcela, 37 años, entrevista 26).

Hasta las credenciales de elector nos piden, porque van a juntar las firmas, porque van a venir a pavimentar [...] hace tres años y no lo han hecho, y nosotros ya soltamos nuestra credencial, o sea, ya dimos nuestra firma. Que vaya ahí a la lechería, porque nos van a dar una despensa y que les van a dar material al que no tenga casa o al que no tenga un tinaco, que reparten ahí, que vayan ahí, nos van a dar despensa, nos van dar material y [...] Vienen por parte del partido, es del partido, porque pueden ser los antorchistas o pueden ser los, los priistas, sí, y son ellos los que les hacen creer que nos van a dar y nos van a dar y [...] y no, no se ha visto nada, no nos dan nada, no ayudan (Silvia, 38 años, entrevista 9).

Cuando yo era chico [...] en ese entonces no había escuelas cerca, y las que había eran este [...] de partidos, así como los antorchas, sobre todo en ese [...] y por allá creo que todavía predomina mucho lo que es el antorchismo, entonces había escuelas fundadas por ellos. Lo que implicaba ir a una escuela de esas, eran marchas, juntas, mítines, y todo eso. [...] Recuerdo una vez que este [...] eran los del partido, creo que Convergencia, y llega y [...] “no, pues es que



vamos a pavimentar, así, así, apóyenos” [...] Y este [...] llegan así con ese proyecto, y ya nosotros, no, pues que sí. Salen los de los antorchistas, y dicen “si pavimentan, si ellos pavimentan la calle, nosotros venimos con maquinaria, botamos el [...] el pavimento, porque esta es nuestra calle [...]” (Carlos, 24 años, entrevista 30).

El Estado (en cualquiera de sus niveles) no se percibe como responsable de distribuir bienes ni de garantizar el acceso a servicios. La responsabilidad de dicha distribución es personalizada en el referente del partido en la comunidad, en el caudillo local o en el candidato de turno. En ese contexto, la conciencia de los derechos ciudadanos se corroe y el reclamo por su cumplimiento se debilita. Estas prácticas están “naturalizadas” en la comunidad, y aun cuando se ejerza un cierto distanciamiento al respecto, son percibidas como la (única) forma de acceder a los servicios más básicos.

Mira, lo que pasa es que aquí si quieres, este [...] que tu cuadra tenga pavimento, entonces se empiezan a meter otros tipos de partidos, ¿no? Ya es así como política, o sea de que [...] no, pues sí te apoyamos, pero vas a ir a marchar y vas a ir a este [...] “sí los apoyamos, pero los quiero en esta marcha tal día”. Entonces, realmente no están haciendo [...] las cosas que deben hacer, o sea, el gobierno, porque para eso está, para [...] pus, para hacer obras, ¿no? [...] Como que la gente se harta de que aquí para meter la luz, ¡juta! tuvieron que andar en marchas, tuvieron que andar en este [...] ese tipo de cosas que ya nadie quiere aventarse la bronca. [...] cuando uno sabe que eso es un [...] una obligación del gobierno, ¿no? [...] Pero pus, o sea [...] no sé de qué otra manera se podría hacer, pues que no tengas que estar molestando a la gente para que tu colonia tenga beneficios (Santiago, 33 años, entrevista 11).

La provisión de servicios emerge así como un “favor” de los cacicazgos locales, “propietarios” del territorio y de extensas e intrincadas redes clientelares —que abarcan desde los terrenos para las escuelas y el transporte público, hasta el comercio ambulante, el agua, el drenaje y el pavimento—, en las cuales los residentes deben involucrarse so pena de quedarse sin el servicio si no lo hacen. Baste recordar que la

localidad estudiada ha sido gobernada por el mismo partido (el PRI) por más de cuarenta años, sin posibilidad alguna de alternancia. Asistir a una marcha para que les coloquen el drenaje; dar el “voto” para que se pavimente la calle; ir al acto del “candidato” para que “les” instalen el agua. En suma, en estos espacios no hay ciudadanos ni derechos, sino individuos, familias y hogares con profundas privaciones, que intentan —aunque muchas veces sin éxito— resolver sus problemas cotidianos a través de estas redes clientelares.

### **La experiencia urbana de la *no-ciudad***

La experiencia del lugar en estas áreas de pobreza concentrada nos remite no sólo al barrio, al espacio local más inmediato, sino al modo mismo en que se “vive” la ciudad y su significado para los residentes de estas periferias relegadas. El acceso a los servicios más básicos en estos espacios, como señalan Duhau y Giglia (2008), es muy diferente a la experiencia de clase media de “mudarse” y “habitar” un departamento rentado, que ya está construido, donde funcionan la luz, el agua, el gas, el teléfono, etcétera, donde el acto de habitar se concreta casi sólo con la mudanza. La “autoconstrucción” en las periferias populares supone empezar nuevamente, como lo hicieron sus padres, de cero. El acceso a cada uno de los servicios es un proceso sumamente largo y costoso en términos monetarios, con pagos permanentes a “dudosos” cobradores (o acreedores) y atravesado por prácticas clientelares.

Sin duda, el aislamiento y la exclusión en estos contextos adquieren significados específicos. Ni ausencia de relaciones, en el primer caso, ni estar afuera, en el segundo. Lo que observamos en estos enclaves es el distanciamiento creciente, tanto en términos físicos como sociales, de lo que supone la vida “urbana”, de una ciudad entendida como un espacio en el que los extraños tienen probabilidad de conocerse, de encontrarse en su calidad de extraños, más allá de situaciones de poder (Sennett, 1978). Es un aislamiento que no supone ausencia de interacción con el vecino, sino desconfianza hacia éste; no es el

vecino a quien puedo confiarle mi casa o el cuidado de mis hijos ante una emergencia; es la ansiedad o el temor que se genera cuando creo que es mi propio vecino el que puede robarme. Se trata de una exclusión marcada por el “acceso”, en términos marcadamente desfavorables, a servicios precarios y de baja calidad que evidencian el trato de la sociedad y el gobierno a “sus” pobres.

Las experiencias, imágenes y representaciones del lugar difícilmente pueden ser entendidas si no se contextualizan en una estructura de oportunidades marcadamente restringida y restrictiva, donde lo relevante no es sólo el acceso a oportunidades sino la calidad de las mismas. En otros términos, la desconfianza entre los vecinos, la inseguridad y la violencia en los barrios periféricos, no puede comprenderse fuera de un contexto que relega a los pobres a los espacios más alejados y peor equipados de la ciudad; a empleos precarios y mal pagados, y a escuelas y hospitales de dudosos estándares y calidades. Frente a este escenario, culpar a “los pobres”, a “su” comportamiento y a “su” cultura por sus desfavorables condiciones de vida, evidencia no sólo el cinismo de los grupos dominantes y la justificación de sus privilegios, sino el desprecio por los más débiles. El siguiente capítulo se orienta, precisamente, al desmontaje de dicho discurso y a los estereotipos y representaciones que los sustentan.

## CAPÍTULO 4

# Las representaciones de la pobreza y la construcción de la otredad. Discursos, estigmas y fronteras morales

El concepto de pobreza no puede ser entendido fuera de los contextos socioeconómicos, históricos y culturales que moldean la experiencia, y de las representaciones y los discursos dominantes en torno a ésta.<sup>22</sup> Dicho concepto involucra no sólo a los pobres, sino a los diversos grupos sociales (privilegiados y desfavorecidos) y sus relaciones, así como a las políticas e instituciones que emergen en relación con la pobreza.

El análisis de las dimensiones culturales no se orienta a describir las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos, sino a comprender los modos particulares en que estas condiciones son problematizadas.<sup>23</sup>

Tradicionalmente, estas dimensiones han sido poco exploradas en los estudios sobre la pobreza, donde ha predominado una visión

<sup>22</sup> Una representación social es una visión funcional del mundo que permite al individuo o al grupo conferir sentido a sus conductas y entender la realidad a través de su propio sistema de referencias, y por lo mismo, adaptarse a dicha realidad y definir en ella un lugar para sí (Moscovici, 2000).

<sup>23</sup> Las dimensiones culturales hacen referencia a los diversos significados que personas y grupos construyen para interpretar sus experiencias de vida o crear fronteras simbólicas o morales entre categorías de personas o cosas, mediante las cuales se atribuye identidades a “otros” y a sí mismos (Charles, 2008).

parsoniana de la cultura como un conjunto unitario y coherente de normas y valores o como patrones de comportamiento imputables a un grupo social particular, ignorando las diferencias intragrupalas. Fue precisamente esta visión la que inspiró y popularizó el concepto de “cultura de la pobreza” acuñado por Oscar Lewis en 1970. Más allá de la discusión sobre si ésta fue o no la intencionalidad de su creador (Harvey y Reed, 1996), lo cierto es que el concepto alimentó estereotipos y estigmas sobre “los pobres” y “su” cultura que se extendieron en el sentido común, sustentando el discurso público sobre la pobreza, el diseño de numerosas políticas sociales y no pocos trabajos académicos.<sup>24</sup> Absorbidas por el pensamiento conservador, las tesis de “cultura de la pobreza” se constituyeron a partir de entonces en una herramienta para “culpar a la víctima” y atribuir a los pobres una “cultura de la desviación”, argumentos sistemáticamente utilizados para estigmatizar, aislar y negar asistencia a los pobres (O’Connor, 2001).

En el periodo reciente se ha avanzado hacia perspectivas más complejas que han contribuido a un resurgimiento de las dimensiones culturales en la agenda de investigación sobre la pobreza, brindando un panorama más sutil, heterogéneo y complejo sobre cómo los factores culturales moldean y son moldeados por la pobreza y la desigualdad (Harding, 2007; Lamont y Small, 2008; Reutter *et al.*, 2009; Small *et al.*, 2010; Young, 2010). En lugar de “tener una cultura”, los individuos existen en el contexto de, responden a, usan y crean símbolos culturales a través de los cuales dan sentido a sus vidas. La utilización de conceptos como los de marcos y repertorios culturales, narrativas, límites simbólicos y capital cultural contribuyen a una mejor com-

<sup>24</sup> Como resultado de sus investigaciones en México y Puerto Rico, Lewis desarrolló el concepto de “cultura de la pobreza” según el cual, las poblaciones marginadas desarrollan patrones de comportamiento particulares para enfrentar su situación (bajas aspiraciones, apatía política, indefensión, provincialismo y distanciamiento de los valores de la clase media, etcétera). Desde esta perspectiva, los pobres se orientan hacia el presente y la gratificación instantánea; prefieren la felicidad al trabajo; valoran más las redes familiares que las consideraciones morales sobre lo correcto e incorrecto; tienen relaciones sexuales con múltiples parejas durante el curso de vida, etcétera. Esta “cultura”, o más bien “subcultura” tiende a perpetuarse más allá del cambio en las condiciones estructurales, e impide a los pobres escapar de su situación de desventaja (Lewis, 1970).

preensión de cómo los pobres interpretan y responden a sus circunstancias, desmontando y haciendo evidentes los estereotipos en los que frecuentemente se inspiran numerosas políticas sociales (Bayón, 2013). Además de facilitar la comprensión de los significados que adquiere la pobreza en diversas dimensiones y espacios; la articulación de los niveles micro (relaciones entre significados, experiencias y toma de decisiones entre los pobres) y macro (supuestos culturales de políticas e instituciones), permite indagar en qué medida y de qué manera estos significados contribuyen a la reproducción de la desigualdad.

Lo anterior es particularmente relevante para desentrañar las formas y sentidos que asume la pobreza en sociedades como la mexicana, donde las desigualdades abismales y la privación extendida son problemas de larga data y ampliamente tolerados socialmente. Un primer acercamiento podría conducirnos a caracterizar a la pobreza urbana en México como una *pobreza integrada*,<sup>25</sup> la cual supone una experiencia menos problemática para quienes la padecen: puesto que los pobres “son muchos”, están “habitados” a vivir con múltiples privaciones, “sobreviven” con trabajos informales y cuentan con redes de apoyo familiares.

Sin embargo, las narrativas de los residentes de estas áreas, sus historias vividas y sus historias contadas, el análisis de experiencias y representaciones muestran una realidad más compleja, contradictoria y menos lineal, sobre todo en un contexto en que “los recursos” de los pobres no sólo son cada vez más escasos, sino menos efectivos. Son precisamente el carácter marcadamente desfavorable de su “integración”, los estereotipos negativos que pesan sobre ellos, junto a los

<sup>25</sup> Según Paugam (2007) pueden distinguirse tres tipos de ideales de pobreza: la pobreza integrada, la pobreza marginal y la pobreza descalificadora. Las diferencias en las representaciones sociales y las experiencias vividas se explicarían, básicamente, por los niveles de desarrollo económico y las características del mercado de trabajo; por la forma e intensidad de los vínculos sociales, y por la naturaleza del sistema de protección social. Desde esta perspectiva, en contraste con la pobreza descalificadora, la pobreza integrada se asocia más a la cuestión social referida a la pobreza en sentido tradicional que a la exclusión social.

estigmas y la discriminación que experimentan, los que hacen que la pobreza adquiera un carácter excluyente en estos contextos.

Según la encuesta “Lo que dicen los pobres”,<sup>26</sup> seis de cada diez entrevistados considera que en el país hay mexicanos de primera y de segunda; ocho de cada diez se considera tratado como ciudadano de segunda, y nueve de cada diez afirma que en este país se discrimina a los pobres, entre otros motivos, por la falta de dinero, de educación y por su forma de vestir; seis de cada diez han sentido personalmente vulnerados sus derechos por su situación económica, su nivel educativo y el barrio en que vive. Más de la mitad de los entrevistados considera que en el país *el que nace pobre, muere pobre*, lo que revela que la discriminación y el estigma van acompañados de escasas expectativas de mejoramiento futuro. Entre la población general, la Encuesta Nacional sobre Discriminación en México realizada en 2005 revela que uno de cada tres entrevistados considera que *los pobres son pobres porque no se esfuerzan lo suficiente*; dos de cada tres sienten desconfianza cuando una persona de aspecto pobre se acerca a ellos, y para la mitad el rechazo es la reacción más común si alguien de aspecto pobre se acerca.

Estas actitudes y percepciones son pinceladas que nos permiten una primera aproximación a cómo la sociedad mexicana se relaciona con la pobreza y sus pobres, a la par que contribuyen a contextualizar las representaciones que aquí se exploran. El análisis desarrollado en este capítulo se orienta a comprender cómo los propios pobres conviven con, responden, resisten y se adaptan a un discurso dominante que los estigmatiza y denigra, cotidiana y sistemáticamente. Se indagan los procesos y mecanismos sociales a través de los cuales los pobres son construidos como *los otros (othering)* y sus implicaciones para la experiencia de la pobreza y la convivencia social, explorando cómo las representaciones dominantes sobre la privación contribuyen a legitimar, consolidar y reproducir las distancias sociales.

<sup>26</sup> Realizada en 2003 por la Secretaría de Desarrollo Social a la población en condición de pobreza a nivel nacional.

## Desmontando los mitos, desmoralizando la pobreza

La pobreza no es sólo una construcción social, también es un concepto político. Las disputas en torno a su definición; las diversas explicaciones y representaciones de la misma; su atribución a causas individuales o estructurales, permiten descifrar las maneras en que los individuos y las sociedades se relacionan con la pobreza. El discurso público y las políticas resultantes del mismo son productos culturales, sujetos a las predilecciones, prejuicios, creencias, actitudes y orientaciones de las élites políticas sobre el trabajo, la responsabilidad, la agencia de los actores y su moral, entre otros, con base en los cuales se producen los debates políticos y se toman las decisiones. Las percepciones públicas de la pobreza tienen un papel clave en la legitimación de la desigualdad y en la delimitación de las fronteras de la intervención del Estado en la provisión de bienestar, en general, y de las políticas destinadas a los pobres, en particular.

La estigmatización de los pobres es más evidente en contextos donde predomina una visión de la pobreza atribuida a causas individuales, generadora de un discurso moralizador. Desde esta visión, los pobres son considerados “culpables” de su propia situación, de no hacer lo “necesario” por y para sí mismos, producto de una “cultura de la pobreza” y de situaciones anómicas que se transmiten intergeneracionalmente. La explicación de la “pereza” —*si no trabaja es porque no quiere, porque es un flojo*— remite a una idea moral basada en el deber y en la ética del trabajo. Los pobres son acusados de no hacer lo suficiente por ellos mismos, y el gobierno, por tanto, no tiene la obligación de ocuparse de ellos. En contraste, una explicación que hace énfasis en la dimensión social o en las causas estructurales de la pobreza, remite a una idea más global de la sociedad, destacando la posición desfavorable de los pobres en la estructura social, por lo que los poderes públicos tienen el deber de ayudarlos para lograr una mayor justicia social (Van Oorschot y Halman, 2000; Paugam, 2007; Reidpath *et al.*, 2005). Volviendo a Simmel (1986 [1908]): la generosidad de las políticas destinadas a los pobres depende del grado en que los pobres son culpados por su propia situación.



La cultura es el sujeto o el subtexto de los recurrentes debates sobre la pobreza; de la distinción entre los pobres “merecedores” y “no merecedores”; de la “dependencia” de los pobres de los programas sociales; de los discursos conservadores y moralizantes acerca de la responsabilidad individual, el trabajo duro, el esfuerzo y la familia (Lamont y Small, 2008). El discurso público de la pobreza emergente del fundamentalismo de mercado forma parte de una poderosa narrativa que equipara al Estado de bienestar y a la protección social con la decadencia moral, y al imperio del mercado con lo justo y adecuado. Se trata de un discurso fuertemente normativo, basado en ciertos supuestos teóricos —con pretensiones de universalidad— sobre el comportamiento (racional) de los actores (pobres), evidencias anecdóticas e interpretaciones *ad-hoc*, aunque carentes de evidencias empíricas sistemáticas y confiables (Van Oorschot, 2007; Harkness *et al.*, 2012)

En este contexto, el análisis de las dimensiones culturales no sólo es relevante, sino indispensable para desmontar y evidenciar un discurso dominante sobre la pobreza que se sustenta en la culpabilización y demonización de los pobres, a la par que revela el desprecio social hacia los más desfavorecidos. De esta manera, las razones que motivan el análisis no son sólo académicas, sino también políticas (Small *et al.*, 2010). Entre las razones académicas resalta la necesidad de comprender mejor por qué la gente responde a la pobreza del modo que lo hace, así como la posible heterogeneidad de dichas respuestas, desenmascarando los mitos sobre las orientaciones culturales de “los pobres” y las inconsistencias teóricas de la “cultura de la pobreza” a través una comprensión integral de las condiciones que producen y mantienen dicha pobreza.

En cuanto a las motivaciones políticas, es preciso evidenciar los mecanismos a través de los cuales el embate neoliberal contemporáneo *repauperizó* el discurso y el conocimiento de la pobreza, presentándola como un problema de moralidad individual; oscureciendo la naturaleza política y económica de la desigualdad, el deterioro salarial, la inseguridad laboral y el escaso dinamismo del mercado de trabajo (O’Connor, 2001). A partir de la década de 1990, el fundamentalismo de mercado

transformó radicalmente el modo de entender la pobreza, y se pasó de explicaciones estructurales que culpaban a la economía —ya que el mercado de trabajo es una institución fuera del control de los individuos—, a culpar a los propios pobres por su situación. Este proceso ha sido caracterizado como una narrativa de la conversión de *la pobreza a la perversidad* que, desde una visión neomalthusiana, recicla en el escenario contemporáneo la perspectiva de la perversidad de inicios del siglo XIX (Somers y Block, 2005). Esta narrativa sostiene que las políticas que intentan aliviar la pobreza generan “incentivos perversos” que hacen a los pobres tramposos, abusadores y dependientes de las mismas, exacerbando los males sociales que pretenden solucionar. Cuando no es posible eliminar dichas políticas —dirán los conversos—, es preciso limitar su elegibilidad, estigmatizando y castigando a quienes las reciben; esto, lejos de perjudicar a los pobres, los “ayudará” a escapar de su situación.

Una de las principales herencias de Malthus —plasmada en su *Ensayo sobre el principio de la población*, inicialmente publicado en 1798— es precisamente esta narrativa de la conversión de los pobres de una posición estructural a una elección de comportamiento. *Ser pobre* deja de ser concebido como una posición de clase en términos desfavorables (los *working poor*), para erigirse en una (despreciable) condición moral, desligada de las condiciones de empleo y asociada a la holgazanería, la vagancia y el vicio (*ibid.*). Se trata de una narrativa que, desde el siglo XIX en adelante, no sólo se orientó a deslegitimar y desacreditar las explicaciones estructurales de la pobreza, sino que, a través de nuevas definiciones de realidad y racionalidad, logró imponer un discurso de desprecio, culpabilización y estigmatización hacia los pobres, que tiende a resurgir con mayor virulencia en tiempos de crisis e inseguridad social y económica. Desde esta perspectiva, no se trata de eliminar la pobreza atacando las causas que la generan, sino de cambiar el comportamiento de los pobres, promoviendo su “auto-suficiencia” en el mercado de trabajo.<sup>27</sup> La nueva hegemonía ideológica

<sup>27</sup> Sommers y Block (2005) analizan esta narrativa en dos “revoluciones de los regímenes de bienestar” (*welfare revolutions*) que se producen con más de 150 años de diferencia:

estableció los límites del discurso político; el *problema* de la pobreza pasaron a ser los *pobres*: sus atributos, actitudes y desviaciones.

### ***Construyendo al otro: pobreza, estigmas y desigualdad***

Los límites simbólicos definen jerarquías, similitudes y diferencias entre grupos, trazando fronteras entre ellos y nosotros; revelan cómo los individuos caracterizan a los miembros de las distintas clases sociales, sus características, defectos o limitaciones, y pueden constituir tanto un producto como una fuente de desigualdad social. Estos límites permiten entender si los procesos de éxito o fracaso de determinados grupos, como *los pobres*, son atribuidos al contexto y a fuerzas externas, o a explicaciones de autculpabilización (Lamont y Molnár, 2002; Lamont y Small, 2008; Bail, 2008; Small *et al.*, 2010). La noción de límites nos remite al proceso de la sociabilidad, haciendo evidente tanto el funcionamiento de las estructuras y las instituciones, como los sistemas de clasificación que separan a *los pobres* de *nosotros*.

---

en un contexto preindustrial (Inglaterra la primera mitad del siglo XIX) y en una sociedad postindustrial (Estados Unidos a fines del siglo XX), ambas resultantes del triunfo del fundamentalismo de mercado, en momentos de profundas crisis económicas y aumento de las provisiones sociales. Se trata de la Nueva Ley de Pobres, aprobada en Inglaterra en 1834 —que demolió el sistema de bienestar preindustrial, reemplazándolo por uno radicalmente diferente que criminalizaba y estigmatizaba fuertemente a los pobres, y reducía la elegibilidad de las provisiones sociales— y la Personal Responsibility and Work Opportunities Reconciliation Act (PRWORA) de Estados Unidos en 1996 (destinada a hacer a los pobres más directamente “responsables” de las señales del mercado, y de donde emergieron las políticas de *workfare*), que en palabras del entonces presidente Clinton significó “the end of welfare as we know it” (el fin del bienestar tal como lo conocemos). Recordemos que en las últimas décadas, la culpabilización de los pobres a través del énfasis en la relación entre moral y política social, adquirió particular relevancia con las ideas comunitaristas de Bill Clinton y Tony Blair (líder del Partido Laborista y primer ministro británico entre 1997 y 2007), que promovían una “tercera vía” entre un Estado de bienestar demasiado liberal y un Estado demasiado colectivista, poniendo énfasis en la cohesión social, el espíritu de comunidad y los valores de la familia y el matrimonio; en este contexto se subraya la responsabilidad moral de los ciudadanos “dependientes”, receptores de programas sociales (Van Oorschot, 2007).

Quienes padecen privaciones suelen estar excluidos tanto de la discusión como del diseño de las políticas orientadas a “combatir” la pobreza. Los pobres pueden ser considerados desviados y peligrosos, apáticos y pasivos, o visualizados como luchadores heroicos que enfrentan cotidianamente carencias y privaciones; en todos los casos somos *nosotros* lo que deberíamos hacer algo por *ellos*. Sea como víctimas o villanos, *los pobres* tienden a ser construidos como *el otro*, responsables de su situación u objetos pasivos generadores de “preocupación” y carentes de agencia; son quienes deben ser ayudados o castigados, ignorados o estudiados, pero raramente tratados como ciudadanos iguales y con derechos (Beresford y Croft, 1995; Lister, 2004). La construcción de la otredad supone entonces un doble proceso de diferenciación y demarcación que traza una línea entre *nosotros* y *ellos*, que construye a *los pobres* como una fuente de contaminación moral, una amenaza, una carga económica o un objeto de lástima. Es un proceso que tiene lugar en diferentes niveles y espacios: desde las interacciones cotidianas con profesionales, funcionarios y empleados ligados a programas sociales, hasta los medios de comunicación, el sistema legal y el diseño de políticas, entre otros, donde no sólo se enmarca al pobre como *el otro*, sino que se normaliza e institucionaliza la legitimidad del estatus de *otro*.

De esta manera, el concepto de *othering* hace referencia a una estrategia de exclusión simbólica y moral que contribuye a culpar al *otro* de sus propios problemas y de los problemas de la sociedad, a la par que legitima *nuestros* privilegios y las desigualdades económicas que subyacen a la pobreza (Pickering, 2001; Lister, 2004). La construcción del pobre como *el otro*, resultante de la discriminación, los estereotipos y los prejuicios hacia los más desfavorecidos, es lo que Lott (2002) denomina *clasismo*, que supone un trato desfavorable, excluyente y estigmatizador hacia quienes pertenecen a las clases más bajas. El distanciamiento cognitivo (estigmatización y culpabilización de los pobres por su situación) junto a la discriminación interpersonal e institucional (asignando menor valor social a los grupos más desfavorecidos en empresas, hospitales, escuelas, burocracias estatales, etcétera), hacen que la preocupación “social” se centre en el “compor-

tamiento” de los pobres, “ignorando” los mecanismos económicos y sociales que generan y perpetúan la desigualdad, la pobreza y la exclusión social.

El estigma, como señala Goffman (1970), inhabilita al individuo para una plena aceptación social. En tanto que atributo negativo y desacreditador, emerge de la interacción y requiere de un lenguaje de relaciones: un atributo que estigmatiza a un individuo, confirma la normalidad en otro (*ibid.*). La estigmatización supone entonces una identidad social devaluada en un contexto social particular; el sujeto estigmatizado lo es a los ojos de otros. En efecto, el estigma es relacional y dependiente del contexto; no reside en la persona sino en el contexto social; es una construcción social y una representación colectiva donde se conjugan cinco elementos: el etiquetamiento, los estereotipos negativos, la separación (entre “nosotros”, el grupo que concentra los atributos positivos, y “ellos”, los indeseables, inferiores, vagos, inmorales, tramposos), la pérdida de estatus y la discriminación, en el marco de una relación de poder (Major y O’Brien, 2005; Link y Phelan, 2001). Es precisamente el acceso a recursos de poder (social, económico y político) lo que permite que la desaprobación, el rechazo, la exclusión y la discriminación de los sujetos estigmatizados se lleven a cabo, limitando su acceso a diversas oportunidades; el estigma emerge de y contribuye a profundizar la desigualdad en el acceso a recursos y oportunidades. Así, el estigma que pesa sobre los pobres y sus lugares está indisolublemente ligado a la desigualdad y contribuye a la aceptación y legitimación de la misma, con efectos fuertemente negativos sobre los sujetos estigmatizados.

### ***Aquí no hay pobres: fronteras morales y límites simbólicos en espacios de concentración de desventajas***

En su teoría de los sentimientos morales, Adam Smith (2005 [1790]) señala que las valoraciones morales sobre *los otros* suelen distorsionarse o corromperse fácilmente por diferencias de riqueza, generando estándares dobles: el mismo comportamiento es juzgado de manera

más favorable si lo realizan los sectores acomodados que si los realizan los pobres. Por ejemplo, las actitudes hacia el consumo de alcohol y el comportamiento violento de los jóvenes dependen mucho de su clase de pertenencia: mientras que en los jóvenes de los sectores populares se asocia con conductas delictivas y antisociales, en los de clase media y alta se visualiza como una conducta pasajera propia de la transición a la adultez. En otros términos, mientras que el estigma moral de clase afecta precisamente a los grupos más débiles, el privilegio moral se relaciona con las clases acomodadas (Sayer, 2002).<sup>28</sup>

Uno de Polanco,<sup>29</sup> simplemente de entrada va a decir: puros rateros o mal vivientes o lo que tú quieras. [Pensaría eso] por las formas de [...] que no tienen sus casas igual, nadie, no tienen limpio aquí, digamos, todavía hay basureros o [...] las calles mal [...] pensaría que somos rateros [...] pues sí, la forma de vestir o de caminar, ya sabes, que el rico siempre está más pulido, más vestido y todo eso [...] o sea que hay muchas cosas que cambian entre un rico y un pobre (Javier, 52 años, entrevista 10).

[En las colonias de más dinero] yo creo que tienen la peor imagen, ¿no? Porque pues que dicen, ahí vive la peor gente, ahí vive la gente que no tiene dinero, de bajos recursos, no tienen posibilidades de salir adelante. O sea, hay mucha diferencia entre allá y acá. [...] como yo vivo aquí, yo la veo de otra forma, ¿verdad? Yo digo que mi colonia pues es este [...] pues está bien, tiene todos los servicios, para mí no hay tanto [...] como ellos dicen, tanto ratero aquí. O sea, yo veo mucho mejor la colonia que ellos (Ana, 45 años, entrevista 19).

<sup>28</sup> Al analizar las actitudes respecto a la desigualdad económica en diferentes grupos socioeconómicos, Bamfield y Horton (2009) observan que en Gran Bretaña las actitudes hacia los sectores de menores ingresos suelen ser más negativas y punitivas que hacia los estratos más altos de la estructura social. Es mucho mayor la tendencia a adscribir responsabilidad individual y culpar por su comportamiento a los sectores más desfavorecidos que a los sectores acomodados. Las expectativas y criterios de evaluación son mucho más exigentes hacia los sectores más pobres, hacia quienes predominan estereotipos negativos.

<sup>29</sup> Es una de las áreas, en la zona poniente de la ciudad, donde residen los grupos privilegiados, ubicada en la delegación Miguel Hidalgo.

En un contexto en el que predominan los estereotipos negativos, no sorprende que pocos estén dispuestos a reconocerse como *pobres*. A diferencia de la definición de Townsend (1979), según la cual los pobres son quienes carecen de los recursos necesarios para lograr una participación plena en una sociedad particular, en las narrativas aquí analizadas, los pobres son quienes *no tienen nada*. La pobreza remite a la indigencia, al abandono y al aislamiento, a carencias absolutas y extremas (de alimento, vestido, calzado, vivienda, etcétera). La pobreza así entendida permite, a quienes padecen múltiples privaciones, distanciarse del *pobre*, ubicarlo en un estatus más bajo que el propio; el pobre es el *otro*, vive en *otro lugar* (otra colonia, otra calle, la parte alta o la parte baja del municipio); en suma, *carece* de lo que yo tengo. Esto es congruente con otras investigaciones sobre el tema, cuyos hallazgos cuestionan la existencia de una identidad homogénea de los pobres, como sostiene la cultura de la pobreza. A fin de distanciarse de quienes se encuentran en situaciones similares de desventaja, se construyen límites morales, resaltando como propias ciertas virtudes de las que los otros carecen.<sup>30</sup> Este distanciamiento, ciertamente, está atravesado por ambigüedades y contradicciones.

<sup>30</sup> En su investigación sobre trabajadores latinos y afroamericanos empleados en la industria de comida rápida en Harlem, Newman (1999) destaca que éstos se definen a sí mismos como “trabajadores” para distinguirse de los “desempleados pobres”, desarrollando una jerarquía de estatus anclada en la estructura social dominante y en la narrativa del “sueño americano”. Respecto a las construcciones sociales de las *welfare mothers* (madres que reciben asistencia pública en Estados Unidos) y cómo son internalizadas por las receptoras, Seccombe *et al.* (1998) observan que éstas construyen límites simbólicos en relación con *otras* madres en la misma situación: mientras que quienes se encuentran en una situación semejante son evaluadas desde una perspectiva individualista y estigmatizante, que reproduce los estereotipos dominantes (flojas, adictas a las drogas, despreocupadas por la educación de sus hijos, dependientes del *welfare*, tramposas), su propia situación es explicada desde una perspectiva estructural que resalta la precariedad y los bajos salarios de los empleos disponibles; la ausencia de centros de cuidado infantil accesibles, seguros y de calidad; la falta de apoyo del padre de sus hijos; el deficiente sistema de transporte público, etcétera. En la ciudad de Santiago de Chile, Márquez (2003) observa la forma en que en un barrio popular, conformado por viviendas de interés social, la estigmatización y la discriminación no provienen sólo de los márgenes externos a la comunidad, sino también de los propios vecinos, que construyen fronteras internas dependiendo del modo en que se adquirió la vivienda, si por ahorros propios y provenientes de barrios aledaños o

Pus [...] pobreza es no tener qué llevarse de comer a la boca, cómo vestirse ni cómo calzarse, ¿no?, o sea [...] bueno [...] ni tener casa, tener nomás algo provisional, eso es lo que siento que es la gente más, la gente más pobre, ¿no? [...] De este lado, en esta colonia [...] no hay mucha pobreza, tengo entendido que por allá arriba sí [...] o sea, exactamente no sé por dónde, pero sí dicen que es más [...] En la parte alta sí hay más pobreza, pero aquí yo siento que no son ricos, tampoco tan [...] estables, ¿no? son [...] ¿cómo dicen?, media baja, algo así, ¿no? (Virginia, 40 años, entrevista 3).

Es como yo le dije ese día a mi hijo, cuando me dijo: “mamá, no me trajeron nada los Reyes Magos”. Hijo, dale gracias a Dios que tienes un techo dónde vivir, tienes a tus papás juntos [...] debes echarle ganas. ¡Cuántos niños no tienen ni qué comer, ni un techo, no tienen donde vivir! O sea, sufren de todo, carecen de todo, no tienen a su mamá [...] andan en las calles, no tienen qué comer. Yo digo que la pobreza es eso, ¿no?

*Aquí en esta colonia, ¿hay mucha pobreza?*

Pues, ¿qué crees? Que aquí no, por allá arriba dicen que sí, ¿eh? Por allá arriba, nunca he ido, pero mi cuñado trae una pipa [...] y me dice que por allá arriba hay muchos niños pobres [...] No, aquí dice mi esposo que mi casa está bien [...] no es que estoy en un palacio [...] Vaya allá arriba, y hay harto niño bien pobrecito, sus casitas de cartón, los niños descalzos [...] no tienen de comer. Entonces, por allá arriba sí hay, ¿eh? Sí, pues también pertenece aquí, a Chimalhuacán [...] por allá, en las partes de allá abajo también hay. No, pero pus aquí no [...] yo aquí veo a muchos niños que sí tienen [...] o sea, sí tienen siquiera zapatos, tienen ropa [...] (Lupita, 41 años, entrevista 5).

---

por la ayuda del Estado y provenientes de campamentos (*ibid.*). En la ciudad de México, Moctezuma (2012) observa que los residentes de un amplio complejo de viviendas de interés social, procuran distanciarse de los residentes de colonias populares por la fachada de las viviendas: terminadas y pintadas en el complejo, en contraste con las casas autoconstruidas de las colonias populares que parecen estar siempre en proceso de construcción, cuyos residentes son visualizados como “conformistas” que “no quieren progresar”.



Una persona que tú digas que es pobre, es porque realmente no tienen para comer [...] digamos [...] ahora sí que una [...] una gente que no pueda hacer nada, ¿no? Esa sí que es una persona pobre, porque no puede a lo mejor salir adelante, tiene niños y [...] pues ya no, no puede hacer nada realmente (Pedro, 25 años, entrevista 7).

Paradójicamente, los residentes de estas periferias desfavorecidas no sólo son conscientes del estigma que pesa sobre ellos, sino que suelen compartir las representaciones colectivas de la pobreza en las que dicho estigma se sustenta. Los relatos no sólo incorporan el reconocimiento de la devaluación de que son objeto a la vista de los *otros* y de su vulnerabilidad a la discriminación (Crocker *et al.*, 1998), sino que involucran los estereotipos negativos y el desprecio hacia *los (otros) pobres*. La criminalización simbólica de los grupos más desfavorecidos es un proceso social dominante y tan difundido que hasta las propias víctimas de los estereotipos acaban por reproducirlos, aunque de manera ambigua (Caldeira, 2007). Los prejuicios y estereotipos de las clases medias y altas respecto a los pobres son internalizados por los mismos pobres: la pobreza es una cuestión de *actitud*, de *falta de voluntad*. El *pobre* es el tramposo, el que no se esfuerza, el que “no le echa suficientes ganas”, el *otro*. De esta manera se diluyen los componentes estructurales de la pobreza y la desigualdad, y ambas se legitiman enmascaradas por el efecto de naturalización (Bourdieu, 1999).

En Chimalhuacán no, no tanto [...] no, este, no, pobres no. O sea, sí hay gente que [...] es muy humilde, muy [...] pero pobre no, yo digo que no hay mucha [...] Sí hay [...] hay poca pobreza. Depende, es como yo le digo, depende de cómo uno quiera vivir, porque como le vuelvo a decir, vea a los niños que están [...] que en el Metro andan descalzos y todo, ¿qué tal si pueden llegar a su casa, y ahí viven bien? O sea, ¿uno cómo se da cuenta de la pobreza, cómo sabe uno que ellos son pobres? [...] ¿Qué tal si al rato sí están ellos mismos engañando a uno? (Graciela, 28 años, entrevista 8).

Pues yo siento que la [causa de la] pobreza es mucho lo que es la dejadez de la persona. Mucho, mucho la dejadez [...] una cosa

es ser pobre y otra cosa es ser sucio. Entonces [...] o sea, tú puedes ver a las personas que se dicen pobres, o sea que [...] que ves una pobreza así de casa de cartón y todo eso, o puedes ver a las personas sucias, su casa sucia, el niño sucio, encuerado, sin peinar, yo siento que eso [...] esa actitud de las personas este [...] de dejadez, dejadez que eso es lo que hace que la persona sea pobre. [...] Entonces, un gran defecto de aquí es la dejadez de la gente, de la gente, la [...] que pues digan, ay, pus ya así, ¿no?, que no tengan ese hábito de progresar (Carlos, 24 años, entrevista 30).

Pues aquí no hay mucha pobreza, porque a pesar de todo [...] los pocos trabajos que hay por aquí te dan para vivir. Muchos básicos, ¿no? Muchos buenos, muchos no. Yo siento que la misma pobreza se va viendo conforme a las personas de que no quieren trabajar. [...] Es lo que te digo, trabajos hay. Trabajos pa' todo, de albañilería, con el bicitaxi, en los colados, de barrendero, si quieres quedarte a lavar los trastes o lo que tú quieras, te dan trabajo. De una u otra forma puedes generar dinero (Martín, 28 años, entrevista 14).

El trabajo es concebido como cualquier actividad generadora de ingresos, como una fuente de sobrevivencia que no se asocia con una vida digna ni con la protección social característica de la sociedad salarial. La explicación de la pobreza por la pereza choca con una realidad ampliamente extendida, la del *trabajador pobre*, que aunque “le eche muchas ganas”, no deja de sufrir privaciones. En otros términos, el pobre no es tal por no trabajar lo suficiente, sino porque trabaja durante largas jornadas en empleos inestables y condiciones inseguras, con escasas oportunidades de mejoramiento y a cambio de muy bajos salarios.

Aunque poco extendida, la atribución de la pobreza a causas estructurales no está ausente entre los entrevistados. De los principales factores estructurales destaca, precisamente, el escaso potencial integrador del empleo para los trabajadores más desfavorecidos. La precariedad del trabajo, los bajos salarios y las escasas oportunidades de mejoramiento son los aspectos más relevantes en esta explicación de la pobreza.

Pues, yo creo que la principal causa de la pobreza es el desempleo, y los que tienen empleo están muy mal pagados, esa es la principal causa, que los sueldos están muy bajos. Por eso es que [...] cada quien agarra sus negocios por su propia cuenta [...] negocios propios, prefieren agarrar, este [...] trabajar en su casa, o ser albañiles [...] como mi esposo con la tabla roca, que irse a una empresa, porque están muy bajos, es el mínimo, el mínimo, es [...] empiezan con el mínimo. Y [...] dos, tres años y no hay aumento, cuatro o cinco años y no hay aumento, se desesperan y se salen del trabajo, y prefieren, este, buscarle por su propio [...] aunque sea chicles a vender o al tianguis, pero [...] prefieren. Esa es mi opinión (Silvia, 38 años, entrevista 9).

[Hay pobreza] porque la gente se ha dedicado a explotar al mismo ser humano, ¿no? [...] Porque el cuate que tiene dinero siempre quiere tener más, o sea, no se conforma con un [...] con lo que ya tiene, sino que quiere más y quiere más y quiere más. Entonces, está explotando a las demás personas, las está explotando, nunca ganan más ellos, él si tiene más, y tiene más y tiene más, y el que trabaja, el que hace el trabajo, ése pues se le deteriora su vida en ese trabajo y nunca tiene nada similar al que nada más explota, ¿no? (Santiago, 33 años, entrevista 11).

El establecimiento de fronteras respecto a *ellos, los pobres*, a la par que permite distanciarse del estigma, contribuye a legitimar la desigualdad, culpabilizando a los propios individuos de su situación. El trabajo, el modo de vestirse, la higiene personal, la limpieza, el aspecto exterior de la vivienda e, incluso, el modo de adquirirla, son marcadores que operan como límites simbólicos entre *los pobres* y los que no lo son tanto. Así, se construyen tipologías de pobres: los *pobres de afecto* y los *pobres de dinero*, pobres *buenos* y pobres *malos*; los que *trabajan* y los que *mendigan*.

O sea, eso sí se ve, creo que eso sí se ve, la diferencia de una persona que sea muy muy humilde, a una persona que no lo sea tanto [...] Creo que no debería tener relación una cosa con otra, ¿no? La limpieza con la pobreza [...] Pero sí, por ejemplo, me he dado cuenta que per-

sonas que tienen menos, como que hasta les da más flojera el quehacer, porque “¡ay, mi casa está bien feita!” o que “mi patio mejor ni lo barro, porque no tengo piso, entonces ahí que se quede la basura [...] También hay excepciones, ¿no? Hay gente que [...] tiene [...] que está muy pobre, muy humilde, y a nuestra casa tratamos de arreglarla un poquito [...] o en la ropa, que nos guste andar un poquito más limpios, cosas de ese tipo. Yo creo que ahí se ve más la diferencia, ¿no? (Marcela, 37 años, entrevista 26).

Hay veces que sí son pobres de dinero, es porque a la gente no le gusta trabajar, porque no le gusta buscar trabajo [...] salen a la calle rogándole a Dios no encontrar, ¿se puede decir así? [...] hay otros pobres, digamos, los niños pobres, porque les faltó amor de la familia, porque les faltó atención o [...] mucho anciano solo, quien no tiene quien lo vea, se me hace pobre de amor, pobre de afecto. Pero en cuestión de dinero, depende también de la gente, la gente floja se queja de que no tiene dinero, pero tampoco buscan qué hacer, o que [...] digamos en el metro, pidiendo limosna, señoras jóvenes pidiendo dinero con su niño, cuando hay veces que hay aunque sea de lavaplatos, aunque sea barriendo las casas, no sé, pero el chiste es sacar el dinero para darle de comer a los hijos, ¿no? que es lo principal, ¿no? [...] Y esas personas en lugar de causarme dolor, me causan, la verdad, a mí me causan vergüenza, para mí es una vergüenza estar pidiendo [...] que este [...] que los mandan [a los hijos] a hacer todo eso, pedir dinero, o [...] hasta robar, obtener dinero de cualquier manera, ¿no?, creo que eso sí es una vergüenza (Marina, 35 años, entrevista 4).

La vergüenza que siente Marina por quienes llama *pobres de dinero* —a los que considera *gente floja* a la que *no les gusta trabajar*— es una emoción socialmente construida que constituye un componente central de la experiencia de la pobreza en contextos socioeconómicos y culturales diversos, particularmente donde predomina una visión individual de la misma (Walker *et al.*, 2013). Estrechamente ligada a la experiencia de clase, la vergüenza resulta clave para el ejercicio de la dominación simbólica puesto que, como señala Sayer (2005), produce conformidad y orden social. Es el resultado de la internalización de

expectativas, normas e ideales sociales, que al constituirse en aspiraciones individuales operan como mecanismos de autodisciplina y autocastigo. Expresa el fracaso de un individuo o grupo para vivir de acuerdo con los modos valorados por otros; es una respuesta al desprecio, la burla o el rechazo de otros individuos reales o imaginados, en especial de aquellos cuyos valores y modos de vida son respetados y admirados. Nos remite a la dimensión subjetiva de la exclusión social, la cual se expresa en insatisfacción y malestar frente a situaciones en las que no se puede realizar aquello que se desea y aspira (Estivill, 2003).

### **La demonización de las periferias pobres: estigmas territoriales y aislamiento social**

Las representaciones de los sectores más desfavorecidos son casi siempre *espacializadas* y su valoración negativa suele traducirse en una patologización de sus espacios (barrios, escuelas, calles, etcétera). A través de *imágenes de lugar*, resultantes de la sobresimplificación, los estereotipos y el etiquetamiento, emergen estigmas asociados con *tipos de lugares* habitados por *tipos de gente* (Reay, 2004; Silbey, 1995; Watt, 2006). Los estigmas territoriales constituyen un elemento fundamental de la experiencia subjetiva de quienes residen en estos lugares, evidenciando la conjunción de desventajas asociadas al espacio social y al espacio físico. Así, la descalificación espacial emerge como la expresión territorializada de la descalificación social, ya que a los estigmas tradicionalmente adjudicados a la pobreza se superponen los estigmas territoriales (Wacquant, 2001; Paugam, 2007).

A través de imágenes simplistas y unilaterales, construidas mediática y políticamente, estos lugares y sus residentes suelen ser criminalizados y demonizados como la encarnación de todos los males y peligros sociales. El modo en que el problema de la pobreza es enmarcado afecta no sólo el modo en que la historia es contada, sino la forma en que el problema es percibido. En su análisis sobre cómo la televisión norteamericana contribuye a crear y consolidar estereotipos negativos sobre

la pobreza y los beneficiarios de programas sociales, Bullock *et al.* (2001) destacan que la privación es presentada mediáticamente de dos modos básicos: como un conjunto de comportamientos que amenazan el bienestar y la seguridad de la comunidad (relacionados con delitos, drogas y pandillas), o como los sufrimientos, padecimientos y carencias de los pobres. La imagen de los receptores de programas sociales responde a estereotipos clasistas, sexistas y racistas: se tiende a culpabilizar a los pobres por su situación y las referencias a dimensiones estructurales (mercado de trabajo, desigualdad, provisión de servicios, etcétera) son casi inexistentes; el eje no suele ser la eliminación de la pobreza ni sus causas, sino la dependencia de los programas sociales.

Al analizar un conjunto habitacional en la periferia de la ciudad de Buenos Aires, Kessler (2012) señala que si bien la estigmatización mediática no crea las desventajas del lugar, agrava los procesos de deterioro de las condiciones de vida en estos espacios y obstaculiza la acción colectiva para obtener mejoras. A su vez, refuerza internamente prejuicios preexistentes hacia subgrupos en los que se concentra el estigma —permeados por el racismo y la xenofobia hacia los residentes de países limítrofes— lo cual, a la par que permite a ciertos grupos distanciarse de los estereotipos negativos, agudiza el distanciamiento a nivel local (*ibid.*).

En nuestra localidad de estudio, el análisis de la construcción mediática de imágenes de lugar y estigmas territoriales, como se destacó previamente en el apartado metodológico, se realizó a través de la revisión de las notas aparecidas sobre Chimalhuacán en dos periódicos de cobertura nacional entre 1999 y 2011, periodo en el que se contabilizaron 265 notas (166 en *El Universal* y 99 en *La Jornada*). Casi la mitad (47.5%) hacía referencia a carencias, deficiencias o rezagos en la provisión de servicios e infraestructura urbana (provisión de agua, recolección de basura, drenaje, inundaciones y transporte); 24% se refería a problemas de inseguridad y violencia (feminicidios, violencia intrafamiliar, pandillas y corrupción policial), y 19% a conflictos entre grupos caciquiles y prácticas clientelares (denuncias de fraude electoral, enfrentamientos armados, fraccionamientos irregulares,

disputas por la provisión de servicios). En varios de estos artículos, las propias autoridades municipales (y en ocasiones los mismos periodistas) se refieren a Chimalhuacán como el municipio urbano *más* marginado del país (a pesar de que estas afirmaciones no se sostienen en las evidencias empíricas disponibles, tales como los diversos índices de marginación y niveles de pobreza), haciendo énfasis en los rezagos, el caos urbano, la descomposición social y la violencia. Es decir, los políticos locales, con frecuencia los propios presidentes municipales, contribuyen a construir, difundir y consolidar estereotipos negativos sobre el lugar. Dicha estrategia, básicamente orientada a obtener fondos públicos adicionales para el municipio, alimenta y consolida los estigmas y temores sociales en torno al lugar. Aunque la concentración espacial de desventajas ciertamente no es un “invento” de la prensa o los caciques locales, el tratamiento que se hace de éstas y la asociación de la pobreza con *todos* y los *peores* males sociales, hacen del lugar una zona prohibida, un área a evitar, un espacio vacío en el mapa mental de los sectores medios y altos, e incluso de los residentes de colonias populares cercanas. Así, los estigmas agudizan el temor de los de afuera hacia el lugar, denigran a sus habitantes y profundizan su aislamiento.<sup>31</sup>

Violencia, drogadicción, narcomenudeo, desintegración familiar y marginación social, son los jinetes del apocalipsis de Chimalhuacán [...] En el municipio se concentran todos los males de la pobreza: desempleo, inseguridad, analfabetismo, violencia extrema y problemas de salud.<sup>32</sup>

<sup>31</sup> Bauman (2009) se refiere a los espacios vacíos como los espacios vacíos de sentido, no visibles, donde no se negocian las diferencias porque no hay con quién negociar; son lugares “sobrantes” que expresan la falta de coincidencia entre la elegancia de la estructura y la desprolijidad del mundo, lugares en los que no entramos y en los que nos sentiríamos perdidos y vulnerables, sorprendidos, alarmados y un poco asustados ante la vista de otros seres humanos.

<sup>32</sup> *El Universal*, 31 de agosto de 2008.

Las representaciones sobre los modos de vida de los sectores más desfavorecidos y los lugares donde viven suelen oscurecer las causas de sus desventajas. Las características “culturales” de los sectores pobres tienden a ser causalmente fusionadas con las características económicas de la pobreza (Haylett, 2003). La escasa o nula referencia a los determinantes estructurales de los problemas sociales que se concentran en estas áreas, remiten a un discurso que asocia las privaciones materiales con carencias morales, que frecuentemente recaen sobre las familias “desintegradas”; nuevamente, culpando a la víctima. Así, los recursos educativos, el empleo y los niveles de ingreso suelen discutirse junto a —y sin ser distinguidos de— la estructura y la dinámica familiar, la crianza de los hijos y las actitudes de los jóvenes hacia la educación, el trabajo y el delito.

La estigmatización criminalizante de la pobreza en las áreas periféricas suele recaer en un grupo particularmente demonizado: los jóvenes. Ser joven y residente en los barrios periféricos (particularmente en el oriente de la ciudad de México) se traduce en ser “peligroso”, “violento”, “vago”, “ladrón”, “drogadicto”, “malviviente” y “asesino” en potencia (Reguillo, 2000; Saraví, 2009). Los siguientes extractos de notas periodísticas, aparecidos durante un periodo de siete años, tienen el mismo efecto: consolidar el estigma que pesa sobre “los jóvenes del oriente” —presentados como una masa homogénea e indiferenciada, cargada de atributos negativos— y la culpabilización recurrente a la “desintegración familiar” como causa única y fundamental de los problemas de los jóvenes, sin referencia alguna a constreñimientos estructurales.

Cerca de 100 de cada mil estudiantes de niveles primaria y secundaria, que habitan en municipios de gran marginación de la zona oriente, están en riesgo de presentar problemas de alcoholismo, drogadicción y vandalismo, a causa de la desintegración familiar [...] en centros educativos, ubicados en zonas marginadas de Nezahualcóyotl y Ecatepec, de cada mil alumnos, 50 de ellos padecen adicciones como alcoholismo y drogadicción, mientras que en localidades como Chimalhuacán



la cifra se triplica (según dirigente del grupo magisterial Nezahualcóyotl-Chimalhuacán).<sup>33</sup>

En la nota anterior no se hace mención alguna a la fuente de información en que se basa la dirigente del mencionado grupo magisterial; el método de obtención de datos; la confiabilidad de los mismos; a través de qué técnicas (estadísticas o de otro tipo) se establece la relación causal que atribuye el alcoholismo, la drogadicción y el vandalismo a la “desintegración familiar”; cómo se establecen los niveles de riesgo entre los jóvenes, el porcentaje de adicciones entre éstos, etcétera. Sin embargo, afirmaciones —o más bien, especulaciones— individuales, sin sustento empírico confiable, son presentadas como la “realidad”, una realidad alarmista, generadora de rechazos, temores y desprecios. Los jóvenes emergen como “presa fácil” de todos los males sociales, como “pandilleros” y “asesinos crueles”, en “noticias” que, frecuentemente, no escatiman el morbo.

A cambio de 500 pesos o una porción de droga sintética como las *pedras* o las *grapas*, bandas organizadas del Estado de México y Distrito Federal reclutan a jóvenes cuyas edades fluctúan entre los 14 y 20 años de edad, para robar automóviles que se venden a comercializadoras de autopartes [...] Los jóvenes, principalmente menores de edad, son resultado de familias desintegradas que ante la falta de oportunidades de estudiar y de trabajo, son presa fácil de la drogadicción y de la criminalidad [...].<sup>34</sup>

Para los pandilleros de Chimalhuacán y de municipios de la zona oriente del Edomex quedó atrás asesinar a sus víctimas con una roca sobre la cabeza. Ahora, los ejecutan hasta con armas de alto calibre [...] En la década de los 90 y aun en los primeros años de este siglo, las pandillas desfiguraban el rostro de sus oponentes con piedras, rocas y tubos hasta que no los reconocieran ni sus familiares, pero desde hace tres años, estiman las autoridades de Chimalhuacán, el municipio

<sup>33</sup> *El Universal*, 23 de septiembre de 2001.

<sup>34</sup> *El Universal*, 26 de marzo de 2006.

urbano más pobre del país, las bandas aniquilan a rivales con armas. [...] En la parte baja de Chimalhuacán ya hay niños de ocho años que se han incorporado a las gangas.<sup>35</sup>

El exagerado énfasis en la delincuencia y la violencia con que los medios presentan a estos barrios, construye una imagen universalmente negativa y estigmatizante que los asocia con todos los “horrores” de la vida urbana, exacerbando los temores de los sectores privilegiados (Gilbert, 2007). El estigma se construye fusionando y confundiendo las condiciones de la vivienda y el lugar con la gente que vive en ellos. Sus habitantes no son sólo visualizados como gente viviendo en condiciones precarias, sino como portadores de defectos personales y carencias morales (*ibid.*). En congruencia con otros estudios, los relatos evidencian la profunda violencia simbólica que se ejerce a través de los estigmas territoriales, puesto que sus residentes tienen un claro conocimiento de los mismos (Lupton, 2003; Reay, 2004; Warr, 2005; Saraví, 2009; Kessler, 2012).

Pues por lo que dicen en la noticias, han de pensar que la gente de Chimalhuacán es de lo peor, y tantito la apariencia que tiene la colonia, y tantito las noticias que le ponen su toque [...] se acaba de completar el cuadro (Francisco, 33 años, entrevista 16).

[Los de afuera] piensan que Chimalhuacán es un caos, ¿no? Piensan que es una zona conflictiva, de drogadicción. Lo tienen de lo peor [...] [Donde yo vivo] si les digo “vamos a Chimalhuacán”, me dicen: “No, no, las colonias [...] por allá, donde estás, matan a la gente” [...] “No, mira nomás, no sé por qué estás allá trabajando, si es una zona violenta”. Y no es cierto, la gente es [...] si uno sabe encontrarle sus situaciones, es gente noble, muy participativa (director de escuela primaria, 46 años, entrevista 32).

Pues yo siento que en las colonias de más dinero ellos han de pensar que la gente de Chimalhuacán es de lo peor; que hay mucha delin-

<sup>35</sup> *El Universal*, 4 de octubre de 2008.

cuencia, que hay mucha drogadicción; que hay mucho vandalismo, precisamente porque es gente de [...] más bajo nivel (Armando, 47 años, entrevista 13).

La internalización de actitudes y creencias negativas sobre uno mismo contribuye a erosionar la autoestima y a debilitar las aspiraciones, operando como una barrera para desarrollar y mantener diversas conexiones sociales fuera del barrio y en una variedad de circunstancias. Paralelamente, los estereotipos negativos acerca del lugar desalientan a quienes no residen allí a visitarlo, o a relacionarse con sus residentes, profundizando la homogeneidad de las redes sociales y el aislamiento de quienes residen en el lugar.

Los residentes de estos espacios experimentan profundas dificultades para desafiar estas imágenes de lugar y ubicarse fuera de las representaciones dominantes. En su investigación sobre las representaciones de las escuelas en áreas desfavorecidas, Reay (2004) observa que una de las estrategias desarrolladas por los estudiantes para contrarrestar los procesos de homogeneización y demonización, consiste en construir una imbricación de buenos y malos aspectos del lugar. En efecto, los estigmas generan percepciones contradictorias que oscilan entre las propias percepciones negativas sobre el lugar y la negación de los estereotipos, por considerarlos una representación injusta y desvalorizante de ellos mismos y de los residentes del lugar.

Desafortunadamente, por fuera sí tiene una imagen un poco deteriorada de Chimalhuacán. Y es triste, porque yo vivo aquí [...] Está exagerado ¿por qué? Por los medios de comunicación, por la gente que va y habla otras cosas, por las condiciones de vida que hay, por los caminos, por muchas cosas. Por ejemplo, la situación de los chimecos que atropellaron a [una mamá con su niño] [...] sí es algo muy delicado, pero generalmente la gente que vivimos aquí, lo exageramos [...] Son muchas cosas que, cuando tú las vives aquí y de repente lo escuchas afuera, pues dices con la pena, pero sí es cierto ¿no? (Marta, 26 años, entrevista 31).

La imagen que dan los medios [...] pienso que [...] pues [...] que [...] que mucho es cierto. No es malo, parece que es malo, pero también siento que sí es verdad. O sea, que sí hay mucha carencia aquí, muchas necesidades, y yo creo que también por eso se da la delincuencia, ¿no? El pandillerismo [...] no me gusta mucho que se vea así, lo que es Chimalhuacán, pero pues no tenemos otra alternativa (Marcela, 37 años, entrevista 26).

Cuando me [...] cuando estaba en Estados Unidos, y compré mi terreno aquí en Chimalhuacán, pasó lo de *La Loba*. No sé si tú viste que hubo muertos, ¡eh! Y ya todos los que sabían que ya había comprado el terreno, decían: “Híjole, allá compraste tu terreno, no, ese no vale nada, adónde te fuiste a vivir!” Y la realidad es que una tranquilidad aquí, no hemos visto que maten a nadie por aquí, ¿no? O sea, hay que vivir para darse cuenta realmente cómo es la colonia (Santiago, 33 años, entrevista 11).<sup>36</sup>

No sé [...] escuchan Chimalhuacán, y palabra que se les viene a la mente es pobreza [...] y amontonamiento, ¿no? (Diego, 29 años, entrevista 25).

### Descalificación, violencia simbólica y vida cotidiana

El análisis previo evidencia que la representación dominante de la pobreza que tiende a culpabilizar a los pobres de su situación, no sólo es internalizada por los propios pobres, sino que va acompañada de una marcada estigmatización y demonización de sus lugares. Los estigmas que pesan sobre la pobreza, los pobres y sus lugares suponen un proceso de persistente y cotidiana degradación simbólica. Los residentes de estos espacios son plenamente conscientes de los estereotipos negativos que se construyen sobre ellos y sus lugares:

<sup>36</sup> Se refiere al conflicto generado por los resultados de la elección del gobierno local de Chimalhuacán ocurrido en 2000, en el cual, con armas de fuego, piedras y palos, se enfrentaron dos grupos caciquiles pertenecientes al PRI; murieron 10 personas y más de 30 resultaron heridas. *La Loba*, apodo de la líder de una de esas organizaciones, fue culpada por el enfrentamiento y sentenciada a 50 años de prisión.

“bajo mundo”, “donde vive la peor gente”, “vivir en el basurero”. Los pobres son los que “no quieren trabajar”, los que “no tienen el hábito de progresar”, “los que no pueden salir adelante”. A la par del malestar emergente de una marcada concentración de desventajas objetivas, la estigmatización debilita la vida y la pertenencia comunitaria.

En una zona de pobreza homogénea, pensar en el pobre como *el otro* ciertamente no contribuye a establecer lazos comunitarios y solidaridad entre los más desfavorecidos. Desafiar los estigmas supone no ser como *ellos*; la cotidianidad de la pobreza convive así con la descalificación y la marginación social.

## Conclusiones.

### La construcción social de la pobreza y la legitimación de la desigualdad

*En el mundo ideal de las posibilidades “querer es poder” y una vez que se dio la señal de largada para la carrera “¡ay de los vencidos!” Las fronteras sociales son a la vez culturales y morales. La pareja de los explotadores y explotados se ve progresivamente sustituida por la de los vencedores y los vencidos, pero para que los primeros “merezcán” su éxito y gocen plenamente de él, es preciso que los segundos merezcán su fracaso. Se sustituye una moral fundada sobre la “dignidad de los trabajadores” por una moral de deportistas de alto nivel, con un profundo darwinismo social de fondo.*

FRANÇOIS DUBET (2011)

La pobreza, como se ha enfatizado a lo largo de este trabajo, no sólo es relativa sino que está construida socialmente; su sentido es el que le da la sociedad. Los pobres, señala Simmel, están sometidos a una exclusión singular: estar fuera de la sociedad es una forma específica de estar dentro (1986 [1908]). Desde una perspectiva sociológica, el desafío es explorar, de manera conjunta y relacional, las dimensiones

materiales y simbólicas; las desventajas acumuladas y las carencias de recursos; el espacio social y el espacio físico; las experiencias y las representaciones de la pobreza en contextos sociohistóricos y espaciales particulares. A lo largo de estas páginas nuestro objetivo ha sido precisamente indagar acerca de los modos y sentidos que asume *ser pobre* en un contexto específico: espacios urbanos de pobreza extendida de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, particularmente un área periférica de pobreza concentrada y persistente en el oriente de la ciudad.

Los espacios urbanos pueden ser entendidos como el resultado de las estrategias de poder, de discursos y luchas que se transmiten de forma materializada y simbólica a la vez (Harvey, 1996). En tiempos neoliberales, que en México ya suman más de tres décadas ininterrumpidas, tanto las dinámicas del mercado como las políticas públicas han conducido a que las áreas más desfavorecidas sean pobladas por los grupos más desfavorecidos. La combinación de políticas de vivienda privatizadoras y políticas sociales productivistas, el marcado deterioro de la inserción laboral de los trabajadores menos calificados y el creciente residualismo del Estado en la provisión de bienestar, así como la densificación espacial de desventajas, han ido a la par de una marcada estigmatización de ciertas áreas de la ciudad y de un discurso criminalizador de la pobreza.

Como se evidencia de manera paradigmática en la localidad estudiada y —como se destacó en el primer capítulo— de acuerdo con lo observado por diversos autores, tanto en la ciudad de México como en otras ciudades latinoamericanas, las periferias pobres paulatinamente han perdido la capacidad de integración de los sectores populares a la ciudad. Si bien la pobreza es un problema de larga data en las ciudades latinoamericanas, su carácter excluyente es un proceso más reciente, que, junto a la marcada precarización del empleo que impactó con mayor intensidad a los escalones más bajos del mercado de trabajo, se asocia con otros factores como la creciente presencia de las drogas en las periferias pobres y la malignidad que ha asumido la segregación en estas áreas.

## CONCLUSIONES

Se trata, pues, de una *integración excluyente* que “incorpora” a los sectores más desfavorecidos a una “ciudad” marcadamente precaria, donde las desventajas se densifican y la pobreza se institucionaliza en servicios de muy baja calidad, en el contexto de lo que Harvey (2005) denomina una redistribución estatal inversa. Es una integración que estigmatiza a los pobres y sus lugares en una sociedad mercantilizada, que nos conduce a interrogarnos por los modos en la que la sociedad piensa y se relaciona con *sus* pobres, cómo se procesa la desigualdad y a los desiguales.

La construcción del pobre como el *otro* y la creciente criminalización y demonización de la pobreza, los pobres y sus lugares, afectan profundamente la dignidad de quienes padecen privaciones y erosionan la convivencia social. Como se señaló anteriormente, la conciencia e internalización del estigma socavan la autoestima, generan vergüenza y debilitan los lazos comunitarios. El aislamiento de los pobres urbanos en estas áreas no supone ausencia de relaciones o redes sociales.

Se trata de un aislamiento tanto a nivel comunitario como de la sociedad mayor, en el que las redes basadas en la solidaridad y la reciprocidad se debilitan frente al temor y la desconfianza que se generan entre los mismos vecinos. Además de esta desconfianza que impregna la vida cotidiana en estos espacios, los pobres son parte de una sociedad que les teme, los discrimina y los excluye o, en otros términos, los integra en condiciones marcadamente desfavorables. Esto debilita las oportunidades de interacción no sólo con los vecinos, sino con la sociedad más amplia, con quienes residen fuera del espacio local más cercano.

La estigmatización no se alimenta solamente de las carencias y limitaciones que experimentan a diario los pobres en estas áreas, sino de la explicación dominante de sus causas, que tiende a recaer en los propios individuos que las padecen y en sus “comportamientos”. A través de imágenes simplistas y unilaterales, construidas mediática y políticamente, estos lugares y sus residentes suelen ser criminalizados y demonizados como la encarnación de todos los males y peligros sociales, donde las referencias a dimensiones estructurales (mercado de trabajo, desigualdad, ausencia de políticas redistributivas y de protección



social, limitaciones en la provisión de servicios, etcétera) son débiles o inexistentes. Emergen así imágenes negativas de *tipos de lugares*, habitados por *tipos de gente* que reside en ellos, fusionando y confundiendo las condiciones de la vivienda y el lugar con la gente que vive en ellos: los residentes de estas áreas no sólo viven en condiciones precarias, sino que son visualizados como portadores de defectos personales y carencias morales.

Así, aun en contextos de privación e informalidad extendidas, con una importante presencia de redes familiares, la pobreza adquiere un carácter excluyente, estigmatizante y discriminador. No es sólo una cuestión de qué tan extendida e intensa sea la pobreza, sino de qué tan tolerada y aceptada socialmente sea la desigualdad. El problema, por cierto, no se limita a la carencia de recursos y oportunidades, sino que involucra de manera clave la distribución de éstos, y a los grupos que tienden a acapararlos. La construcción del pobre como *el otro* legitima privilegios y justifica la desigualdad. En contextos de alta desigualdad, a la par de las brechas físicas generadas por la segregación espacial en las ciudades, emerge lo que Shapiro (2002) denomina “brechas de empatía”: quienes se ubican en un estrato social no pueden siquiera imaginar las condiciones en que vive el otro, o acceder a bienes similares. Así, por ejemplo, una empleada de servicio doméstico, un jardinero o un albañil que residen en la periferia pobre de la ciudad no pueden imaginarse —ni con los ingresos completos de toda una vida laboral— accediendo a algunos de los bienes de los que disfrutaban los hogares de los sectores acomodados para quienes trabajan (ropa, viajes, autos, casas, etcétera). Por su parte, quienes pertenecen a los sectores acomodados, no pueden concebir que su condición se deteriora a tal punto de que puedan “descender” a las condiciones de vida de los más desfavorecidos. Así, los modos de vida y aspiraciones de los sectores pobres y privilegiados corren por vías tan distintas y tan distantes que las desigualdades se legitiman y naturalizan, precisamente porque no se tocan, ni siquiera se acercan.

En el nuevo escenario los pobres son desterrados del universo de la empatía y la solidaridad (Bauman, 2000). Un factor determinante de la solidaridad social, y por ende promotor del reconocimiento mutuo

## CONCLUSIONES

y del sentimiento de empatía con *el otro*, es, como señala Barry (2002), la experiencia de instituciones comunes y, en términos más generales, la presencia de experiencias compartidas. Sin embargo, en la mayoría de las ciudades latinoamericanas —y no sólo en éstas— tales experiencias se han debilitado (donde alguna vez existieron), disminuido o desaparecido, frente a la constitución y cristalización de ámbitos diferenciados y homogéneos de sociabilidad (espacios residenciales, centros comerciales, escuelas, hospitales), donde los puntos de encuentro entre diversos sectores sociales son cada vez más escasos. Aquí el aislamiento y la exclusión adquieren significados propios en un contexto de distanciamiento creciente de la vida “urbana”, de la probabilidad de conocer y encontrarse con extraños en su calidad de tales, más allá de situaciones de poder (Sennett, 1978).

La problemática que aquí hemos analizado se inscribe en un contexto en el que la pobreza y la desigualdad constituyen problemas persistentes y de larga data. Las políticas supuestamente destinadas a los más desfavorecidos no sólo han sido limitadas y poco efectivas — como lo evidencian más de 50 millones de pobres que todavía hay en México—, sino que se sustentan en un discurso centrado en los *déficits personales* de quienes padecen pobreza, sin intenciones ni voluntad política de alterar la profunda inequidad en la distribución de recursos y oportunidades. La moralidad neoliberal no contempla la justicia social, sino que enfatiza la responsabilidad individual; no habla de redistribución, sino de la *re-educación de los pobres*, mediante enfoques estigmatizantes, punitivos y discriminatorios (Hodgetts *et al.*, 2014).

La pobreza en el contexto mexicano difícilmente puede entenderse si olvidamos que las últimas tres décadas se han caracterizado por la contención salarial; la pérdida dramática del poder adquisitivo; el escaso crecimiento económico; una raquítica generación de empleos —y de muy baja calidad—; servicios públicos con dramáticas deficiencias y brechas sociales que se constituyen en abismos.<sup>37</sup> Los

<sup>37</sup> Mientras que, en promedio, en los países de la OCDE el ingreso del 10% más rico es nueve veces el ingreso del 10% más pobre (una razón de nueve a uno), en México la

abismos, por cierto, no son sólo de ingresos sino de oportunidades de vida, de calidades de ciudadanía y de ciudades, de lugares y espacios, de redes y capitales.

Tomemos, a modo ilustrativo, dos ejemplos: la educación y las cárceles. Si bien en promedio uno de cada tres jóvenes mexicanos de 21 a 29 años cuenta con educación media superior o más, 80% de los jóvenes del quintil más rico alcanzan este nivel, mientras que sólo 13% de los jóvenes en el quintil más bajo lo logran (INEE, 2011). Sin embargo, la relación se invierte cuando observamos quiénes están en las cárceles. En la ciudad de México, 70% de la población carcelaria llegó ahí por cometer un robo simple, sin violencia; por robar comida, ropa o artículos personales en un negocio cerrado. Entre los seis productos más “robados” están el café, la leche y la carne; 20% robaron cosas por valor de 1000 pesos (menos de 80 dólares) y 42% por menos de 6 000 pesos (menos de 500 dólares); la mayoría de las personas detenidas no tiene dinero para pagar la fianza, por lo que permanecen encerradas entre seis meses y un año y medio.<sup>38</sup>

La menor presencia de jóvenes pobres en las escuelas y su notable sobrerrepresentación en las cárceles, nos habla, precisamente, de la respuesta punitiva a la pobreza antes mencionada, de los modos en que la sociedad mexicana se relaciona con *sus* pobres. Son las “cárceles de la miseria” de las que nos habla Wacquant (2000), expresión de la gestión policial y judicial de la pobreza que libera al Estado de sus responsabilidades en la génesis social y económica de la inseguridad para apelar a la responsabilidad individual; es el debilitamiento del Estado económico y social, frente a la emergencia y fortalecimiento del Estado penal; es la explosiva conjunción de una miseria aterradora y una riqueza insolente engendrada por el capitalismo neoliberal en las ciudades (*ibid.*).

Es en este contexto de desigualdades extremas y abismos de empatía en el que adquieren sentido las experiencias biográficas, así como

---

distancia es tres veces mayor: el ingreso promedio del decil más alto es 27 veces el ingreso promedio del decil más pobre (OECD, 2011).

<sup>38</sup> *El Universal*, 13 de octubre de 2013.

## CONCLUSIONES

las dimensiones espaciales y simbólicas de la pobreza analizadas en los diferentes capítulos, contribuyendo a una comprensión más profunda y compleja de los sentidos que adquiere *ser pobre* en la periferia de la ciudad de México, sentidos que probablemente son compartidos en otras periferias urbanas de América Latina.

Las historias vividas evidencian la importancia crucial del hogar de origen como marcador inicial de trayectorias signadas por la precariedad. A pesar del esfuerzo y la perseverancia de muchos de los entrevistados, los destinos de privación resultan muy difíciles de torcer ante los intrincados nudos de las redes de desventajas tejidas durante el curso de vida. Las narrativas de las carencias y obstáculos y de la lucha cotidiana por superarlos; de expectativas frustradas y (menos frecuentemente) logradas; de estigmas y exclusiones; de esfuerzos y frustraciones, constituyen evidencias empíricas que refutan, de manera contundente, el discurso moralizador dominante que culpabiliza a las víctimas y señala a los pobres como responsables de su suerte. Las experiencias familiares, educativas, laborales, migratorias y residenciales, muestran una estructura de oportunidades restringida y restrictiva que ofrece escasas posibilidades para escapar de la privación. Las instituciones públicas, lejos de contribuir a torcer los destinos de precariedad, agudizan brechas y desigualdades, y cruzar *al otro lado* emerge en los relatos como *la* (¿única?) vía de mejoramiento (temporal).

La experiencia del lugar nos permitió dar cuenta del modo en que se “vive” la ciudad y su significado para los residentes de estas periferias relegadas y cada vez más lejanas. Como se expresa en las narrativas, la experiencia urbana supone estar lejos de “la” (verdadera) ciudad, el “Distrito”; “todo es mejor allá”, nos reiteran los relatos. La lejanía no sólo es distancia (y largas horas de traslado para llegar al “centro”); es el “polvo en los zapatos”, la basura en las calles; es vivir en un lugar que, para los de *afuera* (en general familiares y amigos que viven en otros municipios), “se ve bien feo”. La “autoconstrucción” en las periferias populares supone empezar —nuevamente, como lo hicieron sus padres— de cero. El acceso a cada uno de los servicios como luz, agua, gas, drenaje, pavimento, etcétera, es un proceso sumamente largo y costoso que emerge como una “concesión”, un “apoyo a la

comunidad” por parte de los caciques locales que controlan el territorio, desde el acceso “informal” a terrenos, transporte público y comercio, a la provisión de agua, drenaje, luz, etcétera.

La desconfianza entre los vecinos, la inseguridad y la violencia en estos barrios, no puede comprenderse sin tener sus dimensiones estructurales. La vida de los grupos más desfavorecidos se desarrolla en espacios de relegación: habitan las áreas periféricas más alejadas y peor equipadas de la ciudad; “acceden” a trabajos precarios con salarios muy bajos; asisten a escuelas y hospitales de dudosos estándares y calidades. El trabajo etnográfico evidencia una realidad que ciertamente contrasta y refuta el darwinismo social que impregna el discurso culpabilizador de la pobreza. Dicho discurso no sólo es internalizado por los propios pobres, sino que va acompañado de una marcada estigmatización y demonización de sus lugares, degradando simbólicamente a sus residentes, conscientes de los estereotipos negativos que pesan sobre ellos y sus espacios: “bajo mundo”, “donde vive la peor gente”, “vivir en el basurero”. Los pobres son los que “no quieren trabajar”, los que “no tienen el hábito de progresar”, “los que no pueden salir adelante”. La internalización del estigma y la necesidad de distanciarse de éste, corroe y debilita la vida y la pertenencia comunitaria. Desafiar los estigmas supone no ser como *ellos, los pobres, los otros*; la cotidianidad de la pobreza convive así con la descalificación y la marginación social.

Las políticas destinadas a los más desfavorecidos deben ser pensadas en sus dimensiones materiales y simbólico-relacionales, y como políticas de redistribución, reconocimiento y respeto, capaces de combatir tanto las injusticias socioeconómicas como simbólico-relacionales (Lister, 2004). Puesto que el trabajo remunerado —al menos para los más desfavorecidos— está lejos de constituir un pasaporte que garantice escapar de situaciones de desventaja, urge una redistribución (real y efectiva) de recursos de quienes tienen mucho más de lo que necesitan hacia quienes tienen menos de lo que necesitan para vivir con dignidad. Quienes padecen desventajas merecen ser reconocidos y tratados como seres humanos y ciudadanos con derechos que deben ser respetados y garantizados (*ibid.*). Como de manera clara y directa

## CONCLUSIONES

señalan Wilkinson y Pickett (2009), la mejor manera de reducir los perjuicios causados por los altos niveles de desigualdad es, precisamente, reducir la desigualdad.

Ya no se puede seguir desviando la mirada, está en juego la convivencia social misma. Sólo a través de la redistribución de la insultante concentración de la riqueza y la opulencia, del achicamiento de las brechas generadoras de mundos aislados, podrá “combatirse” de manera efectiva la pobreza. Es preciso evidenciar y desenmascarar el cinismo de un discurso dominante que responsabiliza (culpa) a los propios pobres de sus carencias, y reemplazarlo por un discurso (y una realidad) de derechos; sobre todo, el derecho a una vida digna y a ser tratados como semejantes.



## Bibliografía

- AGUILAR, Adrián Guillermo y Pablo Mateos (2011). “Diferenciación sociodemográfica del espacio urbano de la Ciudad de México”. *EURE* 37 (110): 5-30.
- AGUILERA, Michael Bernabé (2002). “The Impact of Social Capital on Labor Force Participation: Evidence from the 2000 Social Capital Benchmark Survey”. *Social Science Quarterly* 83 (3): 853-874.
- ARRIAGADA, Camilo, y Jorge Rodríguez (2003). *Segregación residencial en áreas metropolitanas de América latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de política*, Serie Población y Desarrollo núm. 47. Santiago de Chile: CEPAL/CELADE/UNFPA.
- AUYERO, Javier (2001a). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- (2001b). “Introducción”. En *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, compilado por L. Wacquant. Buenos Aires: Manantial.
- BAIL, Christopher (2008). “The Configuration of Symbolic Boundaries against Immigrants in Europe”. *American Sociological Review*, vol. 73: 37-59.
- BAMFIELD, Louise y Tim Horton (2009). *Understanding Attitudes to Tackling Economic Inequality*. York: Joseph Rowntree Foundation.



- BARRY, Bryan (2002). "Social Exclusion, Social Isolation, and the Distribution of Income". En *Understanding Social Exclusion*, compilado por J. Hills; J. Le Grand, y D. Pichaud. Londres: Oxford University Press.
- BAUMAN, Zigmunt (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Madrid: Gedisa.
- (2006). *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia.
- (2009). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BAYÓN, María Cristina (2009). "Oportunidades desiguales, desventajas heredadas: las dimensiones subjetivas de la privación en México". *Revista Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad* xv, 44: 163-198.
- (2012). "El 'lugar' de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la Ciudad de México". *Revista Mexicana de Sociología* 74 (1): 133-166.
- (2013). "Hacia una sociología de la pobreza: la relevancia de las dimensiones culturales". *Estudios Sociológicos* 91: 87-112.
- y Gonzalo Saraví (2013). "The Cultural Dimensions of Urban Fragmentation: Segregation, Sociability and Inequality in Mexico City". *Latin American Perspectives* 2, Issue 189, vol. 40: 35-52.
- y Marta Mier y Terán (2010). *Familia y vulnerabilidad en México. Realidades y percepciones. Cuaderno de Investigación* 42. México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- BEBBINGTON, Anthony (2005). "Estrategias de vida y estrategias de intervención: el capital social y los programas de superación de la pobreza". En *Aprender de la experiencia. El capital social en la superación de la pobreza*, compilado por Irma Arriagada, 21-46. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2005.
- BERESFORD, Peter y Suzy Croft (1995). "It's Your Problem, Too! Challenging the Exclusion of Poor People from Poverty Discourse". *Critical Social Policy*, vol. 15: 75-95

## BIBLIOGRAFÍA

- BLANDEN, Jo y Steve Gibbons (2006). *The Persistence of Poverty across Generations: a View from Two British Cohorts*. Bristol: The Policy Press.
- BOURDIEU, Pierre (1979 [1972]). *Algeria 1960: The Disenchantment of the World, the Sense of Honour, the Kabyle House or the World Reversed*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI Editores.
- (1999). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- y Jean-Claude Passeron (1970). *La reproduction*. París: Minuit.
- y Jean-Claude Passeron (2003 [1969]). *Los herederos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- BOURDIN, Alain (2007). *La metrópolis de los individuos*. México: Lupus Inquisitor/Universidad Iberoamericana Puebla.
- BRAMLEY, Glen y Tania Ford (2000). “Social Exclusion and Lack of Access to Services: Evidence from the 1999 PSE Survey of Britain”, Working Paper núm. 14, Joseph Rowntree Foundation.
- BYNNER, John; Peter Elias; Abigail McKnight; Huiqi Pan, y Gaëlle Pierre (2002). *Young People’s Changing Routes to Independence*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- BRUNER, Jerome (1987). “Life as Narrative”. *Social Research* 1, vol. 54: 11-31.
- BULLOCK, Heather; Karen Fraser, y Wendy Williams (2001). “Media Images of the Poor”. *Journal of Social Studies* 2, vol. 57: 229-246.
- BURCHARDT, Tania; Julian Le Grand, y David Pichaud (2002). “Introduction”. En *Understanding Social Exclusion*, compilado por John Hills; Julien Le Grand, y David Pichaud. Oxford: Oxford University Press.
- BOURGOIS, Philippe (2010). *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- BURTON, Linda; Townsend Price-Spratlen, y Margaret Spencer (1997). “On Ways of Thinking About and Measuring Neighborhoods: Implications for Studying Context and Developmental Outcomes for Children”. En *Neighborhood Poverty: Context and Con-*

- sequences for Children*, coordinado por Greg J. Duncan, Jeanne Brooks-Gunn y Lawrence Aber. Nueva York: Russell Sage.
- CALDEIRA, Teresa (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.
- CAMPBELL, Catherine y Pamela Gillies (2001). "Conceptualizing 'Social Capital' for Health Promotion in Small Local Communities: A Micro-qualitative Study". *Journal of Community and Applied Social Psychology* 11(5): 329-346.
- CASTEL, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- CATTELL, Vicky (2001). "Poor People, Poor Places, and Poor Health: The Mediating Role of Social Networks and Social Capital". *Social Science and Medicine* 52: 1501-1516.
- CHACÓN, Gina (2007). "Explorando la desigualdad: el acceso a los servicios de salud en México". Tesis de maestría en Estudios Políticos y Sociales, Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- CHAMBERLAYNE, Prue; Michael Rustin, y Tom Wengraf, compiladores (2001). *Biography and Social Exclusion in Europe. Experiences and Life journeys*. Bristol: The Policy Press.
- CHARLES, María (2008). "Culture and Inequality. Identity, Ideology and Difference in 'Postscriptive Society'". *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 619: 41-58.
- CHARLES, Nickie y Emma James (2003). "Gender and Work Orientations in Conditions of Job Insecurity". *British Journal of Sociology*, vol. 54 (2): 239-257.
- CHASKIN, Robert J. (1997). "Perspectives on Neighborhood and Community: A Review of the Literature". *Social Service Review* 71(4): 521-547.
- CONSEJO NACIONAL DE EVALUACIÓN DE LA POLÍTICA DE DESARROLLO SOCIAL (2007). *Mapas de pobreza por ingresos y rezago social 2005*. México: Coneval.
- CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN (2005). *Indicadores socioeconómicos y grado de marginación Estado de México*. México: Conapo.

## BIBLIOGRAFÍA

- CORAK, Miles (2006). "Do Poor Children Become Poor Adults? Lessons from a Cross Country Comparison of Generational Earnings Mobility". *IZA Discussion Paper*, núm. 1993.
- CREEGAN, Chris (2008). "Opportunity and Aspiration: two Sides of the Same Coin?". En *The Social Evils Series*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- CROCKER, Jennifer; Brenda Major, y Claude Steele (1998). "Social Stigma". En *The Handbook of Social Psychology*, vol. 2, 4a. edición, coordinado por Daniel T. Gilbert, Susan Fiske y Garden Lindzey, 608-630. Boston: McGraw-Hill.
- DEWILDE, Caroline (2003). "A Life-Course Perspective on Social Exclusion and Poverty". *The British Journal of Sociology* 54 (1): 109-128.
- DIPRETE, Thomas A. y Gregory M. Eirich (2006). "Cumulative Advantage as a Mechanism for Inequality: A Review of Theoretical and Empirical Developments". *Annual Review of Sociology*, vol. 32: 271-297.
- DORLING, Daniel (2011). *Injustice. Why Social Inequality Persists*. Bristol: The Policy Press.
- DUBET, François (2001). "As Desigualdades Multiplicadas". *Revista Brasileira de Educação* 17: 5-19
- (2005). *La escuela de las oportunidades. ¿Qué es una escuela justa?* Barcelona: Gedisa.
- (2010 [1994]). *Sociología de la experiencia*. Madrid: Editorial Complutense, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- (2011). *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- y Danilo Martuccelli (2000). *¿En qué sociedad vivimos?* Buenos Aires: Losada.
- DUHAU, Emilio (2003). "División social del espacio metropolitano y movilidad residencial". *Papeles de Población* 36 (abril-junio): 161-210.
- (2008). "División social del espacio y exclusión social". En *Pobreza, desigualdad y exclusión en la ciudad del siglo XXI*, compilado por Rolando Cordera, Patricia Ramírez Kuri y Alicia

- Ziccardi, 199-211. México: Siglo XXI Editores, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, Seminario de la Cuestión Social.
- y Ángela Giglia (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI Editores, UAM-Azcapotzalco.
- ECKSTEIN, Susan (1990). "Urbanization Revisited: Inner-City Slum of Hope, Squatter Settlement of Despair". *World Development* 18 (2): 165-181.
- ELIAS, Norbert y John Scotson (1994). *The Established and the Outsiders*. Londres: Sage Publications.
- ERICKSON, Bonni (1996). "Culture, Class and Connections". *American Journal of Sociology* 102: 217-251.
- ESCOBAR Latapí, Agustín (2008). "Pobreza y migración internacional en el México rural: un enfoque antropológico". En *Pobreza y migración internacional*, coordinado por Agustín Escobar Latapí, 39-84. México: CIESAS.
- ESPING-Andersen, Gosta (2002). "Toward the Good Society, Once Again?" En *Why We Need a New Welfare State*, coordinado por Gosta Esping-Andersen; Duncan Gallie; Anton Hemerijck, y John Myles, 1-25. Oxford: Oxford University Press.
- ESTÍVILL, Jordi (2003). *Panorama de la lucha contra la exclusión social. Conceptos y estrategias*. Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.
- FARIA, Vilmar (1995). "Social Exclusion and Latin American Analysis on Poverty and Deprivation". En *Social Exclusion: Rethoric, Reality, Responses*, compilado por Gary Rodgers et al., 117-128. Ginebra: Internacional Institute for Labor Studies (ILO).
- FITOUSSI, Jean-Paul y Pierre Rosanvallon (1997). *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires: Manantial.
- FORREST, Ray (2004). "Who Cares about Neighbourhoods?" *Economic & Social Research Council, Centre for Neighbourhood Research, University of Glasgow University of Bristol, CNR, Paper 26*.
- GARCÍA, Brígida y Orlandina de Oliveira (2006). *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*. México: El Colegio de México.

## BIBLIOGRAFÍA

- GARRET, Patricia; Nicholas Ng'andu, y John Ferron (1994). "Poverty Experiences of Young Children and the Quality of their Home Environments". *Child Development* 65: 331-345.
- GILBERT, Alan (2007). "The Return of the Slum: Does Language Matter?" *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 314: 697-713.
- GLASER, Barney y Anselm Strauss (1967). *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine.
- GOFFMAN, Erving (1970). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes (1994). *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*. Oxford: Blackwell.
- \_\_\_\_\_ (2001). "From the Resources of Poverty to the Poverty of Resources? The Erosion of a Survival Model". *Latin American Perspectives* 28 (4): 72-100.
- GRANOVETTER, Mark S. (1973). "The Strength of Weak Ties". *American Journal of Sociology* 78 (6): 1360-1380.
- GUTMANN, Matthew (1996). *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City*. Oakland, Ca.: University of California Press .
- HARDING, David (2007). "Cultural Context, Sexual Behavior, and Romantic Relationships in Disadvantaged Neighborhoods". *American Sociological Review*, vol. 72: 341-364
- HARKNESS, Susan; Paul Gregg, y Lindsey MacMillan (2012). *Poverty: the Role of Institutions, Behavior and Culture*. York: Joseph Rowntree Foundation
- HARRIS, Scott (2006). "Social Constructionism and Social Inequality". *Journal of Contemporary Ethnography* 37 (3): 223-235.
- HARVEY, David (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Cambridge y Oxford: Blackwell.
- \_\_\_\_\_ (2005). *Spaces of Neoliberalization: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- \_\_\_\_\_ y Michael Reed (1996). "The Culture of Poverty: An Ideological Analysis". *Sociological Perspectives* 4, vol. 39: 465-495.
- HAYLETT, Chris (2003). "Culture, Class and Urban Policy: Reconsidering Equality". *Antipode* 35 (1): 55-73.

- HIERNAUX, Daniel (1999). "Los frutos amargos de la globalización: expansión y reestructuración metropolitana de la Ciudad de México". *EURE* 76, vol. 25: 57-78.
- HIRSCH, Donald (2007). "Experiences of Poverty and Educational Disadvantage". *Round-up, Reviewing the Evidence*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- HOBcraft, John (1998). "Intergenerational and Life-Course Transmission of Social Exclusion: Influences of Child Poverty, Family Disruption, and Contact with the Police". *CASE* paper 15, London School of Economics, Centre for the Analysis of Social Exclusion.
- HODGETTS, Darrin; Kerry Chamberlain; Shiloh Groot, y Yardena Tankel (2014). "Urban Poverty, Structural Violence and Welfare Provision for 100 Families in Auckland". *Urban Studies*, vol. 51 (10): 2036-2051.
- HORGAN, Goretti (2007). *The Impact of Poverty on Young Children's Experience of School*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- HURSTON, Aletha; Vonnice McLloyd y Cynthia Garcia Coll (1994). "Children and Poverty: Issues in Contemporary Research". *Child Development* 65: 275-282.
- JANOSCHKA, Michael (2002). "El nuevo modelo de ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización". *EURE* 28 (85): 11-29.
- JENKINS, Richard (1996). *Social Identity*. Londres: Routledge.
- JONES, Gill (2002). *The Youth Divide: Diverging Paths to Adulthood*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- KAZTMAN, Rubén (coord.) (1999). *Activos y estructura de oportunidades: estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*. Montevideo: CEPAL.
- (2002). "Convergencias y divergencias: exploración sobre los efectos de las nuevas modalidades de crecimiento sobre la estructura social de cuatro áreas metropolitanas en América Latina". En *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*, coordinado por Rubén Katzman y Guillermo Wormald. Montevideo: Cebra.

## BIBLIOGRAFÍA

- \_\_\_\_\_ y Guillermo Wormald (coords.) (2002). *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*. Montevideo: Cebra.
- KESSLER, Gabriel (2012). "Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular". *Espacios en Blanco* 22: 165-197.
- KOTHARI, Uma, y David Hulme (2004). *Narratives, Stories and Tales: Understanding Poverty Dynamics through Life Histories*. University of Manchester, Manchester: Economic and Social Research Council (ESRC)-Global Poverty Research Group and Institute.
- LAMONT, Michèle (1992). *Money, Morals, and Manners. The Culture of the French and the American Upper-Middle Class*. Oakland, Ca: The University of Chicago Press.
- \_\_\_\_\_ y Anette Lareau (1988). "Cultural Capital: Allusions, Gaps and Glissandos in Recent Theoretical Developments". *Sociological Theory*, vol. 6: 153-168.
- \_\_\_\_\_ y Virág Molnár (2002). "The Study of Boundaries in Social Sciences". *Annual Review of Sociology*, vol. 28: 167-195.
- \_\_\_\_\_ y Mario Small (2008). "How Culture Matters: Enriching our Understandings of Poverty". En *The Colors of Poverty: Why Racial and Ethnic Disparities Persist*, coordinado por Ann Chih Lin y David Harris, 76-102. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- LAREAU, Annette (2003). *Unequal Childhoods: Class, Race and Family Life*. Berkeley: University of California Press.
- LEPIANKA, Dorota; John Gelissen; Wim van Oorschot (2010). "Popular Explanations of Poverty in Europe. Effects of Contextual and Individual Characteristics across 28 European Countries". *Acta Sociológica* 1, vol. 53: 53-72.
- LEWIS, Oscar (1970). "The Culture of Poverty". *Anthropological Essays*. Nueva York: Random House.
- LINK, Bruce y Jo Phelan (2001). "Conceptualizing Stigma". *Annual Review of Sociology*, vol. 27: 363-385.
- LISTER, Ruth (2004). *Poverty*. Cambridge: Polity Press.



- LOMNITZ, Larissa (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI Editores.
- LOTT, Bemice (2002). "Cognitive and Behavioral Distancing From the Poor". *American Psychologist*, vol. 57 (2): 100-110.
- LUPTON, Ruth (2003). *Poverty Street. The Dynamics of Neighbourhood Decline and Renewal*. Bristol: Policy Press, Universidad de Bristol.
- y Ann Power (2004). *What We Know About Neighbourhood Change: A Literature Review*. CASE Report 27 London School of Economics: Centre for the Analysis of Social Exclusion.
- LUTRELL, W. (1997). *Schoolsmart and Motherwise: Working-class Women's Identity and Schooling*. Nueva York: Routledge.
- MACDONALD, Robert; Tracy Shildrick; Colin Webster, y Donald Simpson (2005). "Growing Up in Poor Neighbourhoods: The Significance of Class and Place in the Extended Transitions of 'Socially Excluded' Young Adults". *Sociology*, vol. 39 (5): 873-891.
- MAJOR, Brenda y Laurie T. O'Brien (2005). "The Social Psychology of Stigma". *Annual Review of Psychology* 56: 393-421.
- MALTHUS, Thomas (1998 [1788]). *Ensayo sobre el principio de la población*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MÁRQUEZ, Francisca (2003). "Identidad y fronteras urbanas en Santiago de Chile". *Psicología. Revista Belo Horizonte* 14, vol. 10: 35-51.
- MASSEY, Douglas (1996). "The Age of Extremes: Concentrated Affluence and Poverty in the Twenty-First Century". *Demography* 33: 395-412.
- MERKLEN, Denis (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- MERTON, Robert (1968). "The Mathew Effect in Science. The Reward and Communication Systems of Science are Considered". *Science* (159): 56-63.
- MILLS, C. Wright (1961). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

## BIBLIOGRAFÍA

- MOCTEZUMA, Vicente (2012). “Espejismos de la vivienda social, segregación espacial e integración social en la ciudad de México”. Tesis de maestría en Antropología Social. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- MOSCOVICI, Serge (2000). *Social Representations: Explorations in Social Psychology*. Cambridge: Polity Press.
- MOSER, Caroline (1998). “The Asset Vulnerability Framework: Re-assessing Urban Poverty Reduction Strategies”. *World Development* 1, vol. 26: 1-19.
- MURIE, Alan y Sako Musterd (2004). “Social Exclusion and Opportunity Structures in European Cities and Neighbourhoods”. *Urban Studies* 8, vol. 41: 1441-1459.
- NEWMAN, Katherine (1999). *No Shame in My Game. The Working Poor in the Inner City*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- O’CONNOR, Alice (2001). *Poverty Knowledge: Social Science, Social Policy, and the Poor in the Twentieth Century U.S. History*. Princeton: Princeton University Press.
- ORGANISATION FOR ECONOMIC COOPERATION AND DEVELOPMENT (2004). *Mexico City*. OECD Territorial Reviews. París: OECD.
- PARKES, Allison; Ade Kearns y Rowland Atkinson (2002). *The Determinants of Neighbourhood Dissatisfaction*. Economic and Social Research Council, Centre for Neighbourhood Research, University of Glasgow, University of Bristol, CNR Paper 1.
- PAUGAM, Serge (1991). *La disqualification sociale. Essai sur la nouvelle pauvreté*. París: PUF.
- (1995). “The Spiral of Precariousness: a Multidimensional Approach to the Process of Social Disqualification in France”. *Beyond the Threshold: The Measurement and Analysis of Social Exclusion*, coordinado por Graham Room, 29-72. Bristol: The Policy Press.
- (2007). *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid: Alianza Editorial.
- PEACKOCK, Marian; Paul Bissel, y Jenny Owen (2014). “Shaming Encounters. Reflections on Contemporary Understandings of Social Inequality and Health”. *Sociology* 48 (2): 387-402 .

- PEARLMAN, Janice (2006). "The Methamorphosis of Marginality: Four Generations in the Favelas of Rio de Janeiro". *The Annals of The American Academy of Political and Social Science* 606: 144-177.
- PEREIRA LEAO, G. (2006). "Experiences of Inequality: the Meanings of Schooling Envisaged by Poor Youths". *Educação e Pesquisa* 32 (1):31-48.
- PICKERING, Michael (2001). *Stereotyping. The Politics of Representation*. Nueva York: Palgrave.
- PORTES, Alejandro; Bryan Roberts, y Alejandro Grimson (coords.) (2005). *Ciudades latinoamericanas. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. Buenos Aires: Prometeo.
- \_\_\_\_\_ y Bryan Roberts (2005). "Coping with the Free Market City. Collective Action in Six Latin American Cities at the End of the Twentieth Century". *Latin American Research Review* 41 (2): 57-82.
- POWER, Ann (2000). "Poor Areas and Social Exclusion". En *Social Exclusion and the Future of Cities*, coordinado por Ann Power y William Julius Wilson. CASE Paper núm. 35, London School of Economics.
- PRÈVÔT-Schapira, Marie-France (2002). "Buenos Aires en los años'90: metropolización y desigualdades". *EURE* 85, vol. 28: 31-50.
- QUANE, James y William Julius Wilson (2012). "Critical Commentary. Making the Connection Between the Socialisation and the Social Isolation of the Inner-city Poor". *Urban Studies* 49 (14): 2977-2987.
- REAY, Diane (2004). "'Mostly Roughts and Toughs': Social Class, Race, and Representations in Inner City Schooling". *Sociology* 8 (5): 1005-1023 .
- REGUILLO, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- REIDPATH, Daniel; Kit Chan; Sandra Gifford, y Pascale Alloty. "He Hath the French Pox': Stigma, Social Value and Social Exclusion". *Sociology of Health and Illness* 21 (4): 466-489.

## BIBLIOGRAFÍA

- REUTTER, Linda *et al.* (2009). “‘Who Do They Think We are, Anyway?’ Perceptions of and Responses to Poverty Stigma”. *Qualitative Health Research* 3, vol.19: 297-311.
- RICHARDSON, Liz y Katharine Mumford (2002). “Community, Neighbourhood and Social Infrastructure”. En *Understanding Social Exclusion*, coordinado por John Hills; Julien Le Grand y David Piachaud, 202-225. Oxford, Oxford: University Press.
- ROBERTS, Bryan (2004). “From Marginality to Social Exclusion: From *Laissez Faire* to Pervasive Engagement”. En “From the Marginality in the 1960s to the ‘New Poverty’ of Today: A LARR Research Forum”, coordinado por Mercedes González de la Rocha; Janice Pearlman; Elizabeth Jelin; Helen Safa; Bryan Roberts y Peter Ward. *Latin American Research Review* 39 (1): 195-197.
- (2005). “Introduction: Rethinking Development in Latin America”. En *Rethinking Development in Latin America*, compilado por Charles Woods y Bryan Roberts, 1-23. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.
- (2006). “La estructuración de la pobreza”. En *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, coordinado por Gonzalo Saraví, 201-231. Buenos Aires: Prometeo.
- RUBALCAVA, Rosa María y Martha Schteingart (2012). *Ciudades divididas. Desigualdad y segregación social en México*. México: CEDDU, El Colegio de México.
- RUSTIN, Michael, y Prue Chamberlayne (2002). “Introduction: from Biography to Social Policy”. En *Biography and Social Exclusion in Europe: Experiences and Life Journeys*, coordinado por Prue Chamberlayne; Michael Rustin y Tom Wengraf, 1-22. Bristol: The Policy Press.
- SABATINI, Francisco; Gonzalo Cáceres, y Jorge Cerda (2001). “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción”. *EURE* 27 (82): 21-42.

- SAMPSON, Robert (2009). "Analytic Approaches to Disorder". *British Journal of Sociology* 1, vol. 6: pp. 83-93.
- SARAVÍ, Gonzalo (2004). "Segregación urbana y espacio público. Los jóvenes y la calle en enclaves de pobreza estructural". *Revista de la CEPAL* 83: 33-48.
- (coord.) (2006). *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: Centro de Investigaciones Superiores en Antropología Social.
- SAYER, Andrew (2002). "What are You Worth? Why Class is an Embarrassing Subject"? *Sociological Research Online* 3, vol.7. Disponible en: <<http://www.socresonline.org.uk/7/3/sayer.html>, última consulta 8 de diciembre de 2010>.
- (2005). "Class, Moral Worth and Recognition". *Sociology* 39 (5): 947-963.
- SCHOON, Ingrid y John Bynner (2003). "Risk and Resilience in the Life Course: Implications for interventions and Social Policies". *Journal of Youth Studies* 6 (1):21-31.
- SCOTT, John (1994). *Poverty and Wealth. Citizenship, Deprivation and Privilege*. Nueva York: Longman.
- SECCOMBE, K.; Delores A. James, y Kimberly Battle Waters (1998). "They Think You Ain't Much of Nothing': The Social Construction of the Welfare Mother". *Journal of Marriage and Family* 4, vol. 60: 849-865.
- SELBY, Henry; Arthur D. Murphy, y Stephen A. Lorenzen (1990). *The Mexican Urban Household. Organizing for Self-Defense*. Austin: University of Texas Press.
- SEN, Amartya (1995). *Inequality Reexamined*. Cambridge. Mass.: Harvard University Press.
- (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.
- (2000). "Social Exclusion: Concept, Application, and Scrutiny". *Social Development Papers* 1, Asian Development Bank.

## BIBLIOGRAFÍA

- SENNET, Richard (1978). *El declive del hombre público*. Madrid: Editorial Península.
- SHANTZ, Jeffrey (2009). "Biographical Sociology: Struggles over an Emergent Sociological Practice". *Auto/Biography Studies* 1, vol. 24: 113-128.
- SHAPIRO, Ian (2002). "Why the Poor Don't Soak the Rich?" *Daedalus* 1, vol. 131: 18-128.
- SILBEY, David (1995). *Geographies of Exclusion*. Londres: Routledge.
- SIMMEL, George (1986 [1908]). "El pobre". En *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*, tomo 2, coordinado por George Simmel. Madrid: Alianza Editorial.
- SMALL, Mario; David Harding, y Michèle Lamont (2010). "Reconsidering Culture and Poverty". *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 629: 6-27.
- SMITH, Adam (2005 [1790]). *The Theory of Moral Sentiments*. São Paulo: Meta Libri.
- SOMERS, Margaret y Fred Block (2005). "From Poverty to Perversity: Ideas, Markets, and Institutions over 200 Years of Welfare Debate". *American Sociological Review*, vol. 70: 260-287.
- SOUTHERTON, Dale (2002). "Boundaries of 'Us' and 'Them': Class, Mobility and Identification in a New Town". *Sociology* 36 (1): 171-193.
- SUTHERLAND, William *et al.* (2013). "100 Questions: Identifying Research Priorities for Poverty Prevention and Reduction". *Journal of Poverty and Social Justice*, vol. 21 (3): 189-205.
- THOMSON, Rachel *et al.* (2002). "Critical Moments: Choice, Chance and Opportunity in Young People's Narratives of Transition". *Sociology* 2, vol. 36: 335-354.
- TOWNSEND, Peter (1979). *Poverty in the United Kingdom*. Harmondsworth: Penguin.
- \_\_\_\_\_ (1993). *The International Analysis of Poverty*. Nueva York: Harvester Wheatsheaf.
- VAN OORSHOT, Wim (2007). "Culture and Social Policy: a Developing Field of Study". *International Journal of Social Welfare* 16: 129-139.

- y Loek Halman (2000). “Blame or Fate, Individual or Social? An International Comparison of Popular Explanations of Poverty”. *European Societies* 2(1): 1-28.
- VRANKEN, Jan (2009). “Prologue. From the Social to the Spatial: Stepping-Stones on My Way to Conceptual Framework”. En *Between the Social and the Spatial. Exploring the Multiple Dimensions of Poverty and Social Exclusion*, coordinado por Katrien de Booser; Carolyne Dewilde; Daniel Dierckx y J. Friedrichs. Surrey: Ashgate.
- WACQUANT, Loïc (1999). “The Zone”. En *La miseria del mundo*, coordinado por Pierre Bourdieu. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2000). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.
- (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- WALKER, Robert *et al.* (2013). “Poverty in Global Perspective: Is Shame a Common Denominator?” *Social Policy* 42 (2): 215-233.
- WARR, Deborah (2005). “Social Networks in a ‘Discredited’ Neighbourhood”. *Journal of Sociology* 4 (13): 258-308.
- WATT, Paul (2006). “Respectability, Roughness and ‘Race’: Neighborhood Place Images and the Making of Working-Class Distinctions in London”. *International Journal of Urban and Regional Research* 30 (4): 776-797.
- WILKINSON, Richard y Kate Pickett (2009). *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Madrid: Turner Publicaciones.
- YOUNG, Alford (2010). “New Life for an Old Concept: Frame Analysis and the reinvigoration of Studies in Culture and Poverty”. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 629: 53-73.
- ZAVELLA, Patricia (2011). *I’m Neither Here nor There: Mexicans’ Quotidian Struggles with Migration and Poverty*. Durham: Duke University Press.

## Índice de cuadros

<b>Cuadro 1</b>	
Perfil de los entrevistados.....	29
<b>Cuadro 2</b>	
Indicadores seleccionados de Chimalhuacán, Nezahualcóyotl, Iztapalapa y el Distrito Federal, 2000-2010.....	44



## Índice de mapas

### Mapa 1

Pobreza multidimensional por municipio.  
Zona Metropolitana de la Ciudad de México, 2010  
(porcentaje de personas)..... 40

### Mapa 2

Índice de rezago social por municipio.  
Zona Metropolitana de la Ciudad de México, 2010 ..... 41

### Mapa 3

Población no pobre y no vulnerable por municipio.  
Zona Metropolitana de la Ciudad de México, 2010 ..... 42



*La integración excluyente.*  
*Experiencias, discursos y representaciones de*  
*la pobreza urbana en México,*  
editado por el Instituto de Investigaciones Sociales  
de la Universidad Nacional Autónoma de México  
en coedición con Bonilla Artigas Editores, S. A. de C. V.,  
se terminó de imprimir en agosto de 2015  
en los talleres de Ediciones MyM S.R. L. de C.V.  
Conrado Pelayo No. 33, Col. Miguel Hidalgo,  
C. P. 13200, Tláhuac, D. F.  
La edición consta de 500 ejemplares impresos  
mediante offset en papel bond ahuesado de 75 gramos  
y la portada en cartulina couché de 280 gr.  
En su composición se utilizó la tipografía  
Arno Pro (9, 11.5 y 16 pts.)